

Stephan Lessenich

# LA SOCIEDAD DE LA EXTERNALIZACIÓN

Herder

Stephan Lessenich

# La sociedad de la externalización

Traducción de  
ALBERTO CIRIA

**Herder**

Esta obra ha recibido una ayuda del grupo de investigación «Sociedades del poscrecimiento», de la Universidad de Jena.

*Título original:* Neben uns die Sintflut. Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis

*Traducción:* Alberto Ciria

*Diseño de la cubierta:* Dani Sanchis

*Edición digital:* José Toribio Barba

© 2016, Carl Hanser Verlag, München, a través de la Agencia Ute Körner

© 2019, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN digital: 978-84-254-4220-9

1.<sup>a</sup> edición digital, 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

# Índice

## 1. A NUESTRO LADO EL DILUVIO

- Crónica de una catástrofe anunciada o el Río Doce está en todas partes
- La desigualdad en el bienestar global o me gustaría ser un perro
- Externalización, o de la «buena vida» a expensas de otros

## 2. EXTERNALIZACIÓN: DESIGUALDAD SOCIAL CONSIDERADA EN SUS CORRELACIONES

- Dinámica capitalista... y su precio
- La externalización considerada sociológicamente: vivir por encima de las posibilidades de otros
- Estructuras, mecanismos y prácticas de la externalización
- La externalización considerada psicoanalíticamente: el velo del no querer saber

## 3. VIVE Y DEJA MORIR: LA EXTERNALIZACIÓN COMO INTERCAMBIO DESIGUAL

- La inversión del imperativo categórico
- La maldición de la soja o qué nos importan los granos
- Más allá de la soja: extractos del diario de la sociedad de la externalización
- Los sucios serán los limpios: la paradoja económica global
- El mundo en el capitaloceno: el endeudamiento ecológico del norte global
- El estilo de vida imperial: ¿hay una vida correcta en la falsa?
- «Es el capitalismo, imbéciles»: querer saber o no querer saber, esta es aquí la cuestión
- «Diseño o desastre»... ¿o pese a todo democracia?
- *Post scriptum*

## 4. DENTRO CONTRA FUERA: EXTERNALIZACIÓN COMO MONOPOLIO DE MOVILIDAD

- La globalización demediada
- Yupi ya ya yupi: ¿nos salimos de la sociedad de la externalización...?

• ¿... y entramos en la sociedad de la externalización? El poder de los pasaportes

• Derechos de ciudadanía y democracia del carbón: el barco a vapor está lleno

• ¿Nada que perder salvo sus cadenas de valor añadido? El trabajo en la externalización

• Arriba el telón: la sociedad de la externalización, ¿desvelada?

• *Post scriptum*

#### 5. TENEMOS QUE HABLAR: IMAGINARSE QUE EL PROBLEMA NO EXISTE ES COSA DE AYER

• ¿Desigualdad? ¿Qué desigualdad?

• Los campos de batalla del capitalismo global

• La sociedad de la externalización contraataca... a sí misma

• Vivir en el ojo del huracán: no hay nada bueno, a no ser que uno lo haga

• Epílogo: el Río Dulce antes de la catástrofe

#### AGRADECIMIENTOS

#### BIBLIOGRAFÍA

Es una condición generalizada de los imperios ejercer influencia sobre amplias franjas del planeta sin que la población del imperio tenga conciencia de este impacto..., de hecho, sin tener siquiera conocimiento de la existencia de muchos de los lugares afectados.<sup>1</sup>

Rob Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor* (2011)

---

<sup>1</sup> Traducción del original inglés (cf. Nixon, 2011, p. 35): «It is a pervasive condition of empires that they affect great swathes of the planet without the empire's populace being aware of that impact—indeed, without being aware that many of the affected places even exist». Agradezco la cita de Nixon a Anna Landherr.

# 1. A nuestro lado el diluvio\*

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder.<sup>1</sup>

Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (1971)

Crónica de una catástrofe anunciada<sup>2</sup> o el Río Doce está en todas partes

Mariana, 5 de noviembre de 2015:<sup>3</sup> en la ciudad minera situada en el estado federal brasileño de Minas Gerais se rompen los diques de dos presas de contención donde se recogen las aguas residuales de una mina de hierro. Sesenta millones de metros cúbicos de lodo con alto contenido de metal pesado —un volumen que llenaría veinticinco mil piscinas olímpicas— se vierten sobre la comunidad colindante de Bento Rodrigues y en el curso fluvial del Río Doce. Según Samarco Mineração S. A., la empresa que gestiona la mina, los lodos residuales, tras verterse de la presa a causa de un pequeño terremoto, sepultan los pueblos de montaña adyacentes y parte de sus habitantes, convirtiendo el antiguo «Río Dulce», en las tres cuartas partes de sus 853 kilómetros de longitud, en una corriente tóxica de residuos de hierro, plomo, mercurio, zinc, arsénico y níquel. Como consecuencia de ello, unas doscientas cincuenta mil personas se quedan súbitamente sin suministro de agua potable. Al cabo de catorce días, la marea roja alcanza la costa atlántica y se vierte en el mar, dejando tras de sí un ecosistema devastado. Pocas semanas después, la presidenta brasileña Dilma Rousseff habla en la cumbre climática de París de la peor catástrofe medioambiental en la historia de su país.

Por muy impresionantes que sean las imágenes de paisajes inundados de lodo y de animales muertos, del río muerto y su desembocadura que se va tiñendo de una suciedad roja, lo más acongojante de cuanto sucedió en el

Río Doce no es su singularidad, sino justamente su perversa normalidad, pues el Río Doce está en todas partes. Tanto en sus causas como en su gestión, en la previsibilidad tanto de esta «catástrofe» como de las reacciones ante ella, este caso es representativo de la situación global dominante. No solo simboliza un orden mundial económico y ecológico en el que las oportunidades y los riesgos de «desarrollo» social están sistemáticamente repartidos de modo desigual, sino que además remite, de forma directamente paradigmática, al *business as usual* en política local, regional y mundial en la gestión de los costes del modelo de sociedad industrial y capitalista.

Lo que sucedió en el Río Doce fue una catástrofe completamente normal, y una catástrofe anunciada. Una catástrofe como las que se vienen produciendo reiteradamente desde hace muchos años, de modo igual o similar, en Brasil o en otros lugares de los países de este mundo ricos en materias primas. Como estrategia económica en la división global del trabajo, a estos países no les queda otro remedio que apostar por la explotación de sus recursos naturales, y eso lo hacen de una manera intensiva, y si hace falta sin contemplaciones. Sin embargo, este «lo hacen» enseguida queda autorizado, pues no pocas veces este negocio más o menos lucrativo —en función de los precios del mercado internacional— es adjudicado a consorcios transnacionales. Con casi cuatrocientos millones de toneladas extraídas (dato de 2011), Brasil es el tercer productor mundial de mena de hierro, después de China y Australia.<sup>4</sup> Vale S. A., anteriormente llamada Companhia Vale do Rio Doce, que inicialmente fue estatal y en 1997 se privatizó, es junto con el consorcio británico-australiano Rio Tinto Group y el consorcio BHP Billiton una de las tres mayores empresas mineras del mundo; con un porcentaje de mercado del 35 por ciento, es el mayor exportador mundial de mena de hierro. Junto con BHP Billiton, Vale es, a través de su filial Samarco, la propietaria de la mina en Mariana.

En un primer momento Samarco notificó que el lodo vertido a causa de la ruptura de los diques no era tóxico y que constaba principalmente de agua y sílice. Esta declaración enseguida resultó ser tan falsa como la explicación de que la causa de la catástrofe habían sido unos seísmos. Uno sospecha que las causas hay que buscarlas más bien en los típicos atributos de la gestión administrativa en los llamados «países del tercer mundo», es decir, en la corrupción, el clientelismo y la falta de controles, pues esto es exactamente lo que cabe observar a primera vista en el suceso: las presas de lodos



residuales que reventaron mostraban fallos de seguridad conocidos desde hacía tiempo, que la fiscalía competente había criticado ya en 2013. Al mismo tiempo las autoridades señalaron también el agudo riesgo que eso suponía para el pueblo de Bento Rodrigues, y que no había ningún tipo de medidas de seguridad para sus habitantes. Según se dijo, los informes de las inspecciones de seguridad que había exigido el estado federal de Minas Gerais —la mayor área de extracción minera de Brasil— en el caso de Samarco no habían sido elaborados por peritos independientes, sino por empleados de la propia empresa. Casi al mismo tiempo que se producía la ruptura de la presa, una comisión del Senado, que es la Cámara Alta en el Congreso Nacional de Brasil, en el que el *lobby* de la minería siempre puede contar con el apoyo político, votaba a favor de una «mayor flexibilidad» en las inspecciones estatales de las empresas que gestionaban las minas.

Por tanto, ¿es todo una cuestión de estatalidad subdesarrollada, de instituciones que fallan, de una cultura política «no occidental»? Según se mire. La otra cara de la crónica de una «catástrofe» anunciada es que el volumen de agua que contenían las presas ahora reventadas había aumentado enormemente hacía solo poco tiempo. A pesar de (o precisamente a causa de) la caída de los precios del mercado internacional que se había producido recientemente, los dos grandes consorcios habían incrementado la cantidad extraída de la mina de Samarco hasta treinta millones y medio de toneladas, casi un 40 por ciento más que el año anterior: una estrategia de inundar el mercado que en Mariana provocó un fuerte incremento de los escombros mineros y, como consecuencia de ello, la inundación de los alrededores. La tercera presa de contención de la mina de hierro en Mariana, que es la más grande y que de momento sigue intacta, muestra unas peligrosas grietas en su dique. Y estas son solo tres de un total de cuatrocientas cincuenta presas que solo en Minas Gerais retienen las aguas residuales de la minería y la industria. Aproximadamente una docena de estos embalses tóxicos amenazan el río Paraíba do Sul y por tanto, de forma mediata, el suministro de agua potable de la región metropolitana de Río de Janeiro, con sus diez millones de habitantes.

Mientras que los sucesos en el Río Doce son, por tanto, una catástrofe para la naturaleza (y para las personas que viven en ella y de ella), no fue una catástrofe por motivos naturales. Sus motivos de fondo son cualquier cosa menos «naturales»: radican en cómo está establecido el sistema económico

mundial, en los modelos de desarrollo de los países ricos en materias primas que quedan definidos por aquel sistema, en las estrategias de mercado mundial de los consorcios transnacionales, en el hambre de recursos de los Estados industriales ricos y en las prácticas de consumo y los estilos de vida de sus habitantes. Lo que sucedió en Mariana, Minas Gerais, Brasil, y lo que sucede ahí todos los días más allá de las desgracias y catástrofes de las que se hacen eco los medios, no es una cuestión de las circunstancias locales, o en todo caso no únicamente o solo marginalmente —en el sentido más literal del término—. Lo que desde nuestro punto de vista sucede en la «periferia» del mundo, en las regiones externas del capitalismo global, remite de vuelta al epicentro del suceso o, dicho más exactamente, a las situaciones sociales en aquellas regiones que se consideran a sí mismas el ombligo del mundo, y que aprovechan su posición de poder en el sistema económico y político mundial para establecer las reglas de juego a las que se tienen que atener otros y cuyas consecuencias se padecen en otras partes.

Una de estas reglas de juego, quizá incluso la primera de todas, es que después de «incidentes» como los de Mariana se retome lo más rápidamente posible la rutina diaria. No solo en esos países, donde por motivos obvios resulta difícil organizar la resistencia contra la industria minera: la gente de Minas Gerais quiera que no depende de ella. Cuatro de cada cinco hogares en Mariana dependen materialmente de la mina. Si la cerraran, podrían cerrar ya directamente todo el lugar, como dijo el alcalde Duarte Júnior. Tras la «catástrofe», la gente de ahí salió reiteradamente a la calle a protestar... desde luego no contra la empresa gestora de la mina, sino para que volvieran a abrir la mina lo antes posible. Al mismo tiempo, por supuesto, aparecieron enseguida «expertos» que avisaron del cese de alarma o que previnieron de una inoportuna histeria medioambiental. Paulo Rosman, profesor de ingeniería de costas en la Universidad de Río de Janeiro y autor de una valoración del impacto elaborada a toda prisa por encargo del ministerio brasileño del medio ambiente, aunque declaró el Río Doce como «momentáneamente muerto», calculó sin embargo que el «período de restablecimiento» de la naturaleza en el lugar de la ruptura del dique sería solo de un año, y declaró los efectos en la zona de la desembocadura del río como «desdeñables». La situación ahí se depuraría al cabo de pocos meses, las lluvias torrenciales que se esperan para esta estación «lavarían» por así decirlo el Río Doce: «un proceso totalmente natural».

Esta manera de blanquear la desagradable situación, a su vez, es totalmente del gusto no solo de los consorcios mineros multinacionales que operan en ese lugar, sino también del público en las sociedades altamente industrializadas de Europa y Norteamérica, ya que en estos países la gente está plenamente involucrada en el complejo de causas de la catástrofe brasileña. Ellos —y por tanto «nosotros»— son parte de la calamitosa situación, y no solo en Brasil o en Sudamérica. Somos nosotros quienes apoyamos la explotación global y a gran escala de las fuentes de recursos, así como las contaminaciones medioambientales, las condiciones laborales y las condiciones de vida que aquella explotación conlleva en los países productores de materias primas.

Tomemos por ejemplo el mineral de aluminio bauxita,<sup>5</sup> del que hay yacimientos en muchos países del cinturón tropical. En 2008 Brasil era, después de Australia y China y por delante de Guinea, el tercer mayor productor mundial de bauxita. En todos los países con importantes yacimientos la explotación se ha incrementado fuertemente en la pasada década: por ejemplo, de 2006 a 2014 la empresa minera Rio Tinto incrementó la extracción mundial de dieciséis a cuarenta y dos millones de toneladas (y paralelamente a eso incrementó la extracción de mena de hierro de 133 a 234 millones de toneladas). La roca de bauxita se descubrió y se explotó en Europa ya en el siglo XIX, pero los yacimientos en las regiones del hemisferio sur son incomparablemente mayores y más valiosos desde el punto de vista de las técnicas de producción. Prácticamente toda la explotación de bauxita se emplea para la fabricación de aluminio, que a su vez se emplea para la producción de numerosos bienes de uso cotidiano y extracotidiano en los países que aprovechan las materias primas. Por ejemplo en las cápsulas de café esmeradamente medidas en porciones y de fácil uso.

Para producir el aluminio que se emplea para la cápsula de café se necesita una aplicación de energía extremadamente grande: para obtener un kilogramo de la materia prima bauxita se necesitan catorce kilovatios hora, que desprenden aproximadamente ocho kilogramos de dióxido de carbono. No hace falta observarla bajo esta luz para que resulte escandalosa la marcha triunfal de la cápsula de aluminio,<sup>6</sup> que cuenta con el apoyo mercadotécnico de un atractivo y elegante actor conocido en todo el mundo: únicamente en Alemania se vaciaron en 2014 dos mil millones de cápsulas de café, que hasta hace pocos años eran totalmente desconocidas. Tendencia en alza. Según los

cálculos del sector, la filial suiza de Nestlé Nespresso vende actualmente a nivel mundial por lo menos ocho mil millones de unidades al año: con un peso de un gramo por cápsula resulta ya una montaña de ocho millones de kilogramos de residuos de aluminio. Insistimos: en un año y solo de la basura que se forma con las cápsulas de aluminio. Y encima aún elogian a Nespresso por emplear cápsulas sin mezcla de variedades y que, por tanto, resultan más fáciles de reciclar: la competencia corona adicionalmente con una tapa de aluminio sus latitas de plástico bastante más pesadas. Así que el eslogan publicitario de la empresa, «Nespresso. What else?», también está plenamente justificado desde el punto de vista de la política medioambiental.

Pero seamos honestos y dejémonos de ironías. Que no se nos deshaga en la boca el «incomparable placer cafetero» («descubra nuestras veintitrés variedades», «entrega rápida» con la «Nespresso Mobile App»), sino el regusto amargo de las relaciones de producción y de consumo actuales. Para la breve pausa en mitad del trabajo en un hogar europeo medio se talan zonas de extracción de bauxita en la selva tropical brasileña. Para nuestro placer cafetero al final de una deliciosa cena que sin embargo fue algo pesada se saquean recursos minerales, se destruyen hábitats naturales y se llenan depósitos y vertederos de basura tóxica «en algún lugar de África». Para estimularse para el siguiente momento de plusvalía económica se consume rápidamente otro café en las oficinas administrativas de empresas que operan globalmente, pues las ruedas no deben detenerse, sino que tienen que mantenerse en movimiento: las ruedas de la producción de nuestro bienestar, bajo las que caen otros —¿qué se le va a hacer?— en lugares muy lejanos.

Y eso que hasta ahora únicamente nos hemos fijado en la punta del iceberg de la moda europea y norteamericana de la cápsula de café: ni siquiera hemos hablado de las condiciones laborales en los centros de producción de la minería brasileña; ni de que los residuos tóxicos no solo se generan con la producción de materias primas en el cinturón tropical de este mundo, sino que si hace falta vuelven a regresar ahí como exportación de basura desde las regiones ricas del mundo; ni de las condiciones sociales, económicas y ecológicas del cultivo de café, de su cosecha y transporte a los centros mundiales de consumo de café. Y la cadena del valor añadido del café, el mundo de la producción y el consumo de la pequeña cápsula de café, no es a su vez más que la punta de otro iceberg, todavía mucho mayor, de un gigantesco proceso global de permanente redistribución de ganancias y

pérdidas. Da igual si nos fijamos en la producción de algodón o en el cultivo de soja, en la contagiosa fiebre de los todoterrenos deportivos o de los *smartphones*: el «Río Doce» está en todas partes.

Diciéndolo más exactamente: la inundación de gigantescas zonas con residuos tóxicos procedentes de la extracción de recursos naturales que van destinados al norte global podría haber sucedido en todas partes... en todas partes del sur global. En este mundo hay innumerables «Ríos Doce», y no es casual que la mayoría de las veces fluyan por sus campos meridionales. O más bien ya han dejado de fluir ahí, ya que de alguna manera el norte les ha absorbido el agua..., como sucede con el Río Doce..., que entre tanto se ha transformado en una densa y gelatinosa masa roja. Narrar la historia de la «catástrofe» del Río Doce significa tener que narrar ya *dos* historias: las historias entrelazadas, acopladas y que se entrecruzan de la desdicha de unos... y la dicha de otros.

Justamente en esta doble historia nos tenemos que fijar aquí. Se trata de ver las conexiones, de captar las dependencias, las estructuras de relaciones globales y las repercusiones recíprocas. Se trata de la otra cara de la modernidad occidental,<sup>7</sup> de su «cara oscura», de su consolidación en las estructuras y los mecanismos de dominación colonial sobre el resto del mundo. Se trata de la producción de riqueza a costa de otros y del disfrute del bienestar a expensas de otros, de la externalización de los costes y las cargas del «progreso». Y se trata aún de una historia más, de una *tercera* historia: el rechazo del conocimiento de esta doble historia, la represión que lo expulsa de nuestra conciencia, su eliminación de los relatos sociales de «éxitos» individuales y colectivos. Quien hable en nuestros países sobre nuestra prosperidad no debería guardar silencio sobre la miseria que los hombres padecen en otras partes, una miseria vinculada y entretejida con aquel bienestar, con el que guarda incluso una relación causal. Pero esto es justamente lo que sucede de continuo.

## La desigualdad en el bienestar global o me gustaría ser un perro

La vida a costa de terceros se puede examinar también desde una perspectiva distinta de estadística social. Lo que a primera vista puede parecer la visión más abstracta, enseguida resulta ser tan plástica como las imágenes del rojo

infierno brasileño de vertidos tóxicos. La organización humanitaria internacional Oxfam presentó puntualmente en el Foro Económico Mundial celebrado en Davos en 2015<sup>8</sup> unos impresionantes datos sobre la desigualdad social a nivel mundial. Según su estudio, prosiguiendo con la reciente tendencia de agravamiento de la desigualdad global del nivel de bienestar, en 2016 el uno por ciento más rico de la población mundial acumulaba tanta riqueza como el 99 por ciento restante: un pequeño grupo de adinerados y el enorme resto de los demás disponen a partes iguales de la prosperidad mundial. El eslogan de protesta de Ocupa Wall Street que se creó en 2011 («Nosotros somos el 99 por ciento») queda, por tanto, consagrado estadísticamente a escala mundial. A primera vista aún parece ser más impresionante el diagnóstico de Oxfam de que las ochenta personas más ricas del globo disponen de la misma cantidad de recursos materiales que toda la mitad más pobre de la población mundial en su conjunto.

Ochenta frente a tres mil quinientos millones: esta proporción cuantitativa podrá parecer muy absurda, pero al mismo tiempo estos datos amenazan con ser igual de engañosos para la opinión pública interesada, o con decir justamente lo que tal opinión pública quiere escuchar, pues sugieren la interpretación de que el problema de la desigualdad social global se debe sobre todo a un círculo extremadamente pequeño de superricos, y que su solución está en manos de una política que cargue de impuestos como Dios manda a estas pocas docenas de multimillonarios (si es que no ya directamente en manos de los mismos que más ganan en el mundo, siguiendo el modelo de los generosos magnates Bill Gates o Mark Zuckerberg). Sin duda es totalmente escandalosa la polarización de la riqueza que queda reflejada en los datos que aporta Oxfam. Y poco hay que objetar a una política fiscal coordinada internacionalmente, por ejemplo frente a transacciones financieras globales, como la que recientemente ha exigido la nueva estrella del cielo de los economistas,<sup>2</sup> Thomas Piketty..., salvo que es sumamente improbable que se pueda imponer políticamente y llevar a cabo administrativamente.

Pero el núcleo del problema es mucho más profundo —por desgracia, cabría decir—. Pues el diagnóstico social «Tenerlo todo y querer aún más», que es el elocuente título del susodicho estudio sobre la riqueza (*Wealth: Having It All and Wanting More*), en modo alguno describe solo las circunstancias vitales, los intereses y los objetivos operativos de los «diez mil

de arriba» de este mundo. Tenerlo todo y querer aún más: eso no es solo el programa de la praxis vital de aquellos *happy few* del extremo superior de la distribución social de la riqueza, a los que el ciudadano europeo medio y el consumidor corriente podrían señalar con el dedo de una aguda conciencia moral y con tajantes exigencias de redistribución. En el fondo es también al mismo tiempo una descripción bastante certera de los modos de vida, los estados emocionales y los deseos de futuro de amplias mayorías sociales en los países ricos del mundo. Tenerlo todo y querer aún más no es una actitud privilegiada de «los de arriba». Conservar el propio bienestar privando de él a los demás es el lema vital tácito e inconfesado de las sociedades «avanzadas» del norte global, y su mentira vital colectiva es negar ante sí mismos la dominancia de este principio de distribución y los mecanismos de su aseguramiento. Mirando a escala mundial la distribución de la riqueza por naciones, nosotros, los europeos medios, estamos «arriba de todo», y a gusto apartamos olímpicamente la vista de la situación de «ahí abajo».

Eso resulta totalmente comprensible. Y no ya solo porque también «en casa» hay unas desigualdades considerables, que últimamente siguen aumentando y que resultan más patentes para nosotros y para la percepción que tenemos de lo que nos parece verdadero, sino también porque si lanzáramos una mirada más allá de la distribución del bienestar por naciones descubriríamos aberraciones. Quien eche un vistazo aunque solo sea estadístico, en números secos, a las enormes diferencias de ingresos entre las regiones más ricas y las más pobres del mundo,<sup>10</sup> «en realidad» ya no puede seguir comportándose como antes. Una escala de las desigualdades mundiales, tal como la que los sociólogos estadounidenses Roberto Korzeniewicz y Timothy Moran calcularon para el año 2007, muestra que prácticamente todos los grupos de ingresos en los países europeos se pueden incluir en el 20 por ciento más rico de la población mundial: en Noruega, incluso el diez por ciento con menores ingresos aún forma parte del diez por ciento más rico del mundo. A la inversa, grandes partes de África del sur y, por ejemplo, también el 80 por ciento de los casi cien millones de personas que componen la población etíope pertenecen al diez por ciento más pobre del mundo.

Para recalcarlo una vez más: aquí no se trata de minimizar o incluso negar las desigualdades sociales de dimensiones más o menos aberrantes que existen dentro de todos los países de este mundo. Hay pobreza en Europa igual que

hay ricos en Etiopía. La contraposición entre las condiciones en las sociedades del norte global —que en conjunto son ricas, tienen un alto nivel medio de vida, amplios márgenes de elección del estilo de vida y gran consumo de recursos— y las condiciones de vida en las sociedades del sur global —que por media son incomparablemente más pobres y por tanto también tienen menos oportunidades y contaminan menos— no debe hacer olvidar las desigualdades internas en ambas partes. Pero sí que debe sensibilizar para percibir por ejemplo que el tratado de Piketty sobre *El capital en el siglo XXI* —que ha sido muy elogiado y que en Alemania ha sido bastante discutido— defiende un enfoque bastante unilateral: Piketty muestra que en los países más ricos del mundo hay ricos que recientemente se están enriqueciendo aún más y que —en contra de lo que supone la ideología del rendimiento que reina en estas sociedades— agradecen su posición y el mantenimiento de ella no tanto a sus propios esfuerzos cuanto, sobre todo, al aprovechamiento del capital heredado. Por el contrario, lo que el estudio del economista francés no tematiza es el hecho de que también a escala mundial se ha establecido una estructura bastante similar.

Si uno no se fija solo —como hace Piketty—<sup>11</sup> en las dinámicas de desigualdad social interna en los Estados Unidos, en Gran Bretaña y en Francia, mirando de reojo a Japón y a Alemania, sino que amplía la mirada al modelo estructural de las desigualdades globales entre sociedades distintas, entonces también aquí se vuelve a encontrar el diez por ciento más rico que cada vez se enriquece más a costa del resto. En cierta manera, de este diez por ciento más rico forman parte los cinco países mencionados *como totalidad*, y su posición colectiva en el extremo superior de la distribución mundial de la riqueza no se debe —y menos aún exclusivamente— a la «aplicación» de sus ciudadanos ni a la «productividad» de su economía, sino sobre todo también a su posición estratégica en la economía mundial y al aprovechamiento de su «capital»: un capital que tal posición conlleva y que ha sido heredado históricamente. A escala mundial, la desigualdad entre los países ricos y los pobres es aún mayor que la desigualdad entre las personas más ricas y las más pobres dentro de los países con mayores desigualdades internas del mundo, es decir, es aún más extrema que, por ejemplo, en Brasil. En consonancia con esto, la relativa desigualdad de oportunidades que resulta de la suerte o la desgracia de haber nacido en Europa o en Brasil, en caso de duda, es mayor que aquel desigual reparto de oportunidades que la lotería de



la vida<sup>12</sup> reserva para los recién nacidos dentro de la sociedad europea o brasileña.

Así pues, lo que muy gustosamente se oculta en nuestras latitudes y lo que jamás percibirá una mirada que se fije en la riqueza de personas aisladas o que se concentre en las desigualdades sociales internas es la circunstancia de que los patrones de distribución que de tal modo resultan visibles se enmarcan en una coyuntura global y más amplia de desigualdades. Una coyuntura que, sin embargo, claramente es invisible... y que debe seguir siéndolo. En su obra *Unveiling Inequality* (que en castellano se traduciría como *Poniendo al descubierto la desigualdad*), Korzeniewicz y Moran hacen la chanza estadística de construir una sociedad ficticia a la que pertenecen exclusivamente los perros mantenidos en los hogares estadounidenses.<sup>13</sup> Ponen los gastos medios que tuvieron los hogares en 2008 para el mantenimiento de los perros como «ingresos per cápita» de esta sociedad inventada, y he aquí que «Perrolandia» (*dogland*) se sitúa a escala mundial entre los países de ingresos medios, por encima de Estados como Paraguay o Egipto, y mejor situados que el 40 por ciento de la población mundial. Qué suerte ser un perro..., al menos en los Estados Unidos.

Este pequeño juego estadístico les sirve a los autores solo como ilustración de las insospechadas dimensiones que alcanzan las desigualdades sociales globales. Pero la repentina riqueza de los ladrones unidos de América ilustra en gran medida la plausibilidad del hecho de que tampoco *queremos* saber nada de estas desigualdades extremas. Ni menos aún de que nuestra riqueza —cuyo reflejo es al fin y al cabo la posición relativa de la virtual república canina en la escala de ingresos— no solo se contrapone a la pobreza imperante en amplias partes del resto del mundo, sino que también está correlacionada con ella: es decir que nuestro relativo bienestar solo se puede entender en *correlación* con los ingresos menores, los márgenes de acción más reducidos y las oportunidades vitales más escasas de la gran mayoría de la población mundial. Las posiciones dentro de la estructura global de la desigualdad guardan entre sí una relación funcional: a uno le va «bien» o mejor *porque* al otro le va «mal» o al menos no tan bien.

Pero al parecer bajo ningún concepto se quiere correr la voz de que esto es así. Si uno se fija en los debates públicos que se hacen en las regiones ricas del mundo, entonces parece que las vinculaciones entre «nuestra» riqueza —por muy desigualmente repartida que pueda estar—, por un lado, y las

condiciones laborales, vitales y de supervivencia fuera de los centros económicos y políticos mundiales, por otro lado, siguen siendo aún «información secreta» de grupos marxistas, de organizaciones de política de desarrollo y del papa Francisco I. Y también hay muchos y —al menos subjetivamente— buenos motivos para que no queramos saber nada de estas correlaciones: las correlaciones entre riqueza y pobreza, bienestar y privación, seguridad e inseguridad, múltiples oportunidades y falta de perspectivas, pues quien advierte y reconoce estas correlaciones no podrá menos que dudar de la legitimidad de las desigualdades que aquellas generan. O al menos se verá en la aguda necesidad de encontrar una justificación para su propia posición privilegiada.

Así pues, no querer darse cuenta de esto resulta tan obvio como el miedo a las consecuencias que acarrearía un cambio en la situación de desigualdad global. Nosotros, los ciudadanos prósperos de la sociedad mundial, tenemos indudablemente más que perder que solo nuestras cadenas.<sup>14</sup> Que secretamente tengamos miedo a perder lo nuestro revela que estamos enterados de las condiciones globales en las que se basa y de las que depende por completo nuestro estilo de vida. Y que prefiramos reprimir este conocimiento, que no queramos enterarnos de que vivimos a expensas de otros o que prefiramos «olvidar enseguida» ocasionales asomos de correspondiente malestar son cosas que no sorprenden a los analistas sociales. Pues bien, este libro va dirigido justamente contra ese olvido.

## Externalización, o de la «buena vida» a expensas de otros

En este libro hay que formular con toda precisión la correlación que se entabla cuando la vida de unos es a expensas de otros. Hasta aquí hemos esbozado esa correlación y al menos hemos señalado de momento toda su complejidad. O mejor dicho, hay que formular *un* concepto de esa correlación: el de externalización. «Externalizar» designa el proceso en el que algo se traslada de dentro hacia afuera. Lo que habitualmente se atribuye a organizaciones, por ejemplo a empresas que no quieren hacerse cargo de los daños medioambientales que ellas causan y que sacan provecho de transferir esos costes a terceras partes ajenas, también se puede extrapolar a unidades sociales mayores: las sociedades ricas y altamente industrializadas de este

mundo deslocalizan los efectos negativos de su actividad trasladándolos a países y personas en regiones del mundo más pobres y menos «desarrolladas». Las naciones industriales ricas no solo aceptan sistemáticamente estas repercusiones negativas, sino que más bien cuentan con ellas, y ellas les salen rentables, pues toda la estrategia de desarrollo socioeconómico de la sociedad industrial europea y norteamericana se basa —y se basó desde el comienzo— en el principio del desarrollo a expensas de otros. En este sentido, externalización significa explotación de recursos ajenos, transferencia de los costes a personas ajenas, acaparamiento de las ganancias en el interior, fomento del ascenso propio a base de obstaculizar (e incluso llegando a impedir) el progreso de otros.

Desde luego, la externalización no es meramente una estrategia «social» abstracta, ni en modo alguno es solo el efecto de una lógica sistemática que, por así decirlo, va procesando por sí misma sin concurso de agentes. Sin duda la externalización designa aquella lógica con la que funciona el sistema capitalista mundial, pero es ejercida por agentes sociales que existen realmente. Y quienes la ejercen no son únicamente grandes consorcios y gobernantes, ni son solo élites económicas y políticos poderosos. Sino que también es ejercida con la aprobación tácita y la participación activa de amplias mayorías sociales. «Nosotros», los ciudadanos y las ciudadanas del mundo que se declara a sí mismo «occidental», vivimos en sociedades externalizadoras, o en la gran sociedad externalizadora del norte global. Vivimos en la sociedad externalizadora, la vivimos... y vivimos bien así. Vivimos bien porque otros viven peor. Vivimos bien porque vivimos *de* otros, de lo que otros tienen que realizar y sufrir, hacer y padecer, sostener y soportar. Esta es la división internacional del trabajo que el escritor uruguayo Eduardo Galeano<sup>15</sup> examinó críticamente hará ya pronto medio siglo: nosotros nos hemos especializado en ganar... y hemos condenado a otros a perder.

Vivimos en una sociedad que se establece y reproduce por vía de la externalización —a costa y a expensas de otros— y que solo es capaz de estabilizarse y reproducirse de esta manera. Esta forma de organización social, este modo de desarrollo social, no es en modo alguno nuevo. En este sentido, «sociedad de la externalización» no es un diagnóstico de la época en sentido estricto, como sí lo es por ejemplo el diagnóstico que Ulrich Beck hizo de la «sociedad del riesgo»,<sup>16</sup> que debe caracterizar esencialmente las

nuevas condiciones de vida en la modernidad de posguerra asociadas con el auge de grandes tecnologías industriales. Por el contrario, la sociedad de la externalización no existe solo desde ayer ni anteayer, y en cuanto tal no es la figura actual y más reciente de la civilización moderna. «Externalización» no es tanto una fórmula de diagnóstico de la época cuanto una fórmula de análisis estructural. «Sociedad de la externalización» es más un concepto genérico que un concepto del presente, pues la formación moderna de la sociedad capitalista fue siempre y desde el comienzo una sociedad de la externalización... aunque jamás lo haya reconocido. Las sociedades capitalistas son sociedades externalizadoras, aunque con figuras históricamente cambiantes, con mecanismos que siempre se van modificando y en coyunturas globales que constantemente se transforman.

No obstante, esta constante transformación de la sociedad de la externalización, la larga historia de la constitución y reproducción del capitalismo del bienestar occidental o septentrional a costa y a expensas del sur global es lo que, pese a todo, le da también al concepto —que se ha acuñado hoy y que se ajusta al presente— un matiz de diagnóstico de la época, pues el modelo estructural y procesual social de la externalización ha ganado nuevos contornos en el transcurso del último cuarto de siglo, con la implosión del socialismo estatal y la propagación global del modelo capitalista de producción y de consumo, de trabajo y de vida. En principio, desde entonces ya no queda ningún «afuera» de la sociedad mundial adonde se pueda externalizar. Por tanto, ha aumentado estructuralmente la probabilidad de que los costes sociales y ecológicos del capitalismo industrial del bienestar no se generen simplemente en alguna otra parte distinta, muy lejos de quienes son los causantes y sacan provecho, sino que, pese a todo, también repercutan sobre ellos —es decir, sobre nosotros mismos—. Y no hace falta mucha imaginación, sino que basta con observar y analizar, para suponer que ya en el futuro inmediato estos efectos de retroalimentación se incrementarán enormemente.

Así pues, aquí se confirma de nuevo lo que había quedado claro hacía mucho tiempo: que tras el triunfo del capitalismo en la competencia global de sistemas no se ha producido el proclamado «final de la historia». El final del «socialismo real» no ha hecho sino inaugurar una nueva fase del desarrollo histórico del capitalismo global. El «mundo unificado» se hace ahora realidad. Se hace realidad en forma de una externalización

radicalizada... y en forma de dificultades cada vez mayores para que los costes externalizados se puedan seguir manteniendo efectivamente como externos, aunque no nos queramos enterar realmente de esto. Es típico que el capitalismo del bienestar exija su tributo más allá de sus fronteras. Pero ahora parece que poco a poco el imperio es contraatacado, que las consecuencias de la externalización en cierta manera retornan a casa. En noviembre de 2015 Wolfgang Schäuble opinaba certeramente que Alemania tiene una imprevista «cita con la realidad de la globalización»,<sup>17</sup> en vista de la «crisis de refugiados» que se produjo ahí. La mayoría de los alemanes esperan que esta cita no llegue a resultar demasiado agobiante. Y el presidente del Parlamento alemán y anterior ministro de economía es uno de esos que aún suponen que es posible quedarse únicamente con las ventajas de la globalización para la economía y la sociedad alemanas, manteniendo apartados de ellas los inconvenientes. Pero justamente esta idea resultará ser una conclusión errónea y un caso típico —y posiblemente trágico— de *wishful thinking* o ilusión vana.

Al fin y al cabo, resulta perfectamente comprensible que en las sociedades externalizadoras haya amplias mayorías sociales que tengan miedo a perder lo que tienen. Por eso quieren que todo siga siendo como hasta ahora... y que los otros se sigan quedando donde están. Por eso, el conocimiento de los presupuestos en que se basa aquel aberrante privilegio social que ahora podríamos perder se barre bajo la alfombra o se tira a la calle, es decir, se externaliza igualmente, y se delega a la ciencia y a círculos de expertos para que se quede ahí bien guardado y no acabe teniendo consecuencias sociales. Por eso uno se aferra a la utopía de un «efecto ascensor» global<sup>18</sup> generado por un crecimiento económico, a raíz del cual también son favorecidos los pobres y los paupérrimos de este mundo sin que con ello se toque seriamente ni tenga que cuestionarse el privilegio relativo de las sociedades prósperas. O a la ilusión de un capitalismo «verde»,<sup>19</sup> que supuestamente pudiera desacoplar el crecimiento del consumo de recursos y que esté en condiciones de reconciliar el estilo de vida colectivo de una modernidad expansiva<sup>20</sup> con los límites materiales de la capacidad de aguante del planeta Tierra.

Por muy tentadoras que puedan ser estas visiones de futuro, mucho más probable es que vaya a suceder de otro modo, y mucha gente en los centros de prosperidad capitalistas también lo percibe así. Muchos se huelen que, a la

larga y en general, el capitalismo global no produce ningún efecto ascensor, sino que más bien es un gran juego de suma cero en el que las ganancias de unos son las pérdidas de otros, y que curiosamente siempre se encuentran los mismos en uno u otro lado,<sup>21</sup> en el lado de los vencedores o en el de los perdedores. De alguna manera alguno se empieza a dar cuenta, ya sea visitando las regiones de pobreza de este mundo o en un momento de reflexión tras el telediario, que eso de la «buena vida» a expensas de otros no podrá seguir así eternamente: la fabulosa riqueza de unos pocos y la penuria vital y existencial de muchos; un desinhibido consumo de recursos en una parte del mundo y sus consecuencias destructivas, por no decir mortales en el resto del globo; la despreocupación exhibida a diario en los niveles superiores de la jerarquía social mundial y la permanente preocupación por la supervivencia en los niveles inferiores.

Este libro pretende expresar y estimular este malestar que por el momento es aún subliminal, pero que —así lo suponemos— cada vez se va propagando más, a causa de la sociedad de la externalización y del precio que hay que pagar por ella. Para evitar todo malentendido: aquí no se afirma ningún «análisis total» de la situación mundial. Con el diagnóstico de la externalización no se puede ni se debe explicar «todo», pero con él sí que se nombra una dimensión central para la comprensión de modelos de desigualdad de la sociedad mundial tanto históricos como actuales. Y asimismo insistimos de entrada en que el discurso sobre la sociedad de la externalización no marca el siguiente acto de la larga historia del eurocentrismo académico e intelectual, un acto que esta vez se escenifica como autoinculpación consciente de su culpa: la «modernidad europea» ya no tiene aquí de nuevo la sartén por el mango, ni desde el punto de vista del análisis social ni desde el de la ética de la responsabilidad, ni menos aún desde la agitación política. Todo lo contrario: la referencia a la realidad social de la sociedad de la externalización no hace sino volver comprensible lo que desde hace décadas, por no decir siglos,<sup>22</sup> se viene diciendo y pensando, desvelando y manifestando y resultando problemático y escandaloso en el sur global. Pero hasta ahora estas reacciones variadas y a las que se suman muchas voces, locales en muchos sitios y transnacionales, científicas y políticas, no han encontrado eco, o al menos en nuestras latitudes no han tenido un impacto amplio. Si este libro pudiera contribuir a cambiar esto, entonces habría cumplido su objetivo.

*A rising tide lifts all boats*, una marea alta levanta todos los barcos:<sup>23</sup> este lema del progreso y este mantra tranquilizador para la sociedad capitalista del bienestar que a comienzos de los sesenta popularizó el tan querido presidente estadounidense John Kennedy ha perdido hoy toda credibilidad. Al fin y al cabo, últimamente el capitalismo del bienestar ya no ha podido atenuar las desigualdades sociales internas, sino que ha tendido a agravarlas. Y mirándolo desde el punto de vista de la sociedad global realmente ha desbordado el planeta en el siglo XX: con superabundancia en unos sitios y con inundaciones en otros. Estas mareas altas no vienen *tras* nosotros: el diluvio ya está aquí, justo *al lado* de nosotros. El que quiera puede verlo, entre otros sitios, en Mariana y en el Río Doce. O consultarlo aquí.

---

\* El título original alemán alude a una célebre frase de Luis XV: «Después de mí, el diluvio». (*N. del E.*)

<sup>1</sup> Esta es la famosa frase que encabeza la obra del periodista y escritor uruguayo Eduardo Galeano (2015, p. 15), que ha sido muy leída.

<sup>2</sup> A partir del título de la famosa novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez *Crónica de una muerte anunciada*, publicada en 1981.

<sup>3</sup> Sobre los sucesos en el Río Doce que se reconstruyen en las páginas siguientes, las causas de la «catástrofe» y el desarrollo sucesivo de los acontecimientos, cf. sobre todo [wsj.com](http://www.wsj.com) del 5 de noviembre de 2015, [theguardian.com](http://www.theguardian.com) del 13 de noviembre, 16 de noviembre y 22 al 28 de noviembre de 2015, [g1.globo.com](http://www.g1.globo.com) del 5 de noviembre de 2015 y los artículos de fechas posteriores, [nationalgeographic.com.es](http://www.nationalgeographic.com.es) del 7 de octubre de 2016, [elobservador.com.uy](http://www.elobservador.com.uy) del 23 de noviembre de 2015, [elpais.com](http://www.elpais.com) del 31 de diciembre de 2015, [elmundo.es](http://www.elmundo.es) del 4 de diciembre de 2015, [brasil.elpais.com](http://www.brasil.elpais.com) del 6 de noviembre de 2015, [lavanguardia.com](http://www.lavanguardia.com) del 6 de noviembre de 2015.

<sup>4</sup> Sobre la lista de los mayores productores mundiales de mena de hierro y sobre las mencionadas empresas mineras, cf. las correspondientes entradas en [wikipedia.org](http://www.wikipedia.org) o las páginas web de las empresas.

<sup>5</sup> Sobre las reservas, extracción y empleo de este mineral, cf. la correspondiente entrada en [wikipedia.org](http://www.wikipedia.org); sobre la explotación de bauxita y mena de hierro por parte de la empresa Rio Tinto, cf. los datos en [statista.com](http://www.statista.com).

<sup>6</sup> Sobre los datos de consumo en Alemania y las cifras de ventas de la empresa Nestlé, cf. [welt.de](http://www.welt.de) del 8 de enero de 2014. Los eslóganes publicitarios de la empresa se encuentran en [nespresso.com](http://www.nespresso.com). Sobre los datos de consumo de cápsulas de café en España, cf. [lavanguardia.com](http://www.lavanguardia.com) del 2 de marzo de 2018.

<sup>7</sup> Cf. Mignolo, 2011.

<sup>8</sup> Cf. Oxfam, 2015, también consultable en [oxfam.org/es](http://www.oxfam.org/es).

<sup>9</sup> Cf. Piketty, 2014.

<sup>10</sup> Cf. Korzeniewicz y Moran, 2009 (sobre todo el capítulo 5).

<sup>11</sup> Cf. Sobre esta crítica, cf. Moran, 2015.

<sup>12</sup> Cf. sobre esto Shachar, 2009.

<sup>13</sup> Sobre esta chanza estadística, cf. el capítulo introductorio en Korzeniewicz y Moran, 2009.

<sup>14</sup> A diferencia de los «proletarios de todos los países» a raíz de una revolución en la situación social

dominante a mediados del siglo XIX, según el pasaje final del *Manifiesto comunista*, cf. Marx y Engels, 1959.

15 Cf. la cita de encabezamiento de este capítulo, cf. Galeano, 2015.

16 Cf. Beck, 1986.

17 Cf. [spiegel.de](http://spiegel.de) del 12 de noviembre de 2015. El mismo texto se encuentra en [bundesfinanzministerium.de](http://bundesfinanzministerium.de) del 4 de febrero de 2016.

18 La imagen es de Ulrich Beck (cf. Beck, 1986, capítulo III), elaborada a propósito del aumento generalizado de bienestar en las sociedades europeas de posguerra.

19 Pero así es, por ejemplo, como se concibe el «crecimiento inteligente» en Fücks, 2013.

20 Sobre este concepto y sobre el concepto contrario de una «modernidad reductiva», cf. Sommer y Welzer, 2014.

21 Sobre este modelo, cf. el impresionante trabajo de Boltanski, 2008.

22 Por citar solo dos ejemplos de la bibliografía más reciente, cf. Qujiano, 2010, o Sanyal, 2007; como recopilación sistemática de perspectivas «descolonizadoras», cf. también Boatcă, 2015.

23 Kennedy pronunció esta frase en un discurso en septiembre de 1960, es decir, todavía antes de ser elegido presidente; cf. el texto en [presidency.ucsb.edu](http://presidency.ucsb.edu).



## 2. Externalización: desigualdad social considerada en sus correlaciones

Esta manera [...] constituye el bienestar relativo y, en caso contrario, el malestar relativo.<sup>1</sup>  
Johann Jakob Hottinger, *Theophrast's Characterschilderungen* (1821)

### Dinámica capitalista... y su precio

La «sociedad de la externalización» no es un fenómeno del siglo XXI. La externalización se viene practicando socialmente ya desde que existe el capitalismo global, el cual a su vez no existe solo desde la caída del Muro de Berlín y el hundimiento de la Unión Soviética. La proclamación que se hizo entonces de la época de la globalización y del mundo capitalista «único», que desde entonces quedó del todo completo, fue objetada de inmediato por las ciencias sociales con el conocimiento de que ya en tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial había un capitalismo globalizado.<sup>2</sup> En las décadas comprendidas entre 1870 y 1914, la internacionalización de los flujos de comercio y capital fue incluso aún más marcada que a finales del siglo XX, tras el fin de la Guerra Fría y de la «competencia de los sistemas».

Pero incluso esta perspectiva temporal se queda demasiado corta cuando se trata de la historia del capitalismo global. Como sistema económico, el capitalismo buscó desde sus comienzos la expansión, la ampliación de su ámbito de aplicación, el traspaso de fronteras.<sup>3</sup> Y esto no solo en el sentido de la lógica sistemática *abstracta* que es propia de él: según ella, hay que generar incesantemente beneficios que, a su vez, hay que reinvertir rentablemente para mantener en marcha la circulación de capital, es decir, para mantener el juego de producción y reinversión de ganancias también en el siguiente período, o sea, a una escala aún mayor. Pero esta lógica de una reproducción económica sobre una base constantemente ampliada y que hay

que ampliar tiene, a su vez, una dimensión material y, sobre todo, también territorial totalmente *concreta*: para poder existir a la larga, el capitalismo tiene que extender su campo de acción cada vez más, a ámbitos, campos y espacios sociales siempre nuevos. La gestión económica según el principio de la inversión rentable de capital lleva incorporada una pretensión de universalización, e incluso una coerción de totalización: «el mundo entero» tiende a convertirse en su territorio, «todo» se convierte básicamente para él en objeto de aprovechamiento económico y, en último término, «todos» son arrastrados por el remolino del mundo mercantil capitalista.

Las estrategias de mercado de las empresas que operan a nivel mundial y — como reverso de la medalla— las políticas locales estatales, tal como se practican por todo el mundo y como se pueden deducir por lo que leemos a diario en la sección financiera de los periódicos, constituyen solo la modalidad actual, aunque de nuevo impuesta a la fuerza de esta tendencia expansiva planteada sistemáticamente: por lo general, el mercado de ventas local se queda demasiado pequeño tanto para las empresas industriales, como para las comerciales y las de servicios; partes de la cadena de valor añadido se externalizan a todo tipo de países tan pronto como los costes de producción y sobre todo la mano de obra son más baratos que en la ubicación propia o anterior, y solo mientras sigan siendo más baratos. En los nuevos «mercados emergentes» (*emerging markets*) que sucesivamente se van abriendo en este mundo se concentran los viajeros de inversiones globales... hasta que de pronto descubren otros espacios de inversión a corto plazo más atractivos. Después de Taiwán le tocó a Vietnam, ahora está empezando Cuba, e incluso Corea del Norte podría constatar próximamente (dejando de lado las pruebas de misiles) que no se pueden eludir las (sucesivas) intervenciones de apertura de mercados como billete de entrada al sistema capitalista mundial.

Este sistema capitalista mundial no es nuevo en cuanto tal:<sup>4</sup> existe desde hace ya unos quinientos años en formas que han ido cambiando históricamente. No abarcó el mundo entero desde el comienzo, ni siquiera toda la parte del mundo que era conocida en cada época. Pero desde siempre se ha constituido como un sistema económico global por cuanto ligaba entre sí diversas regiones del mundo con funciones económicas heterogéneas y las ponía en relación mutua: regiones productoras con regiones de venta y consumo, áreas de obtención de materias primas con otras de elaboración y refinado, zonas industriales con agrarias, los centros de la propiedad del

capital con los de aplicación de mano de obra. O formulándolo más sencillamente y con la asequible terminología con la que los análisis del sistema mundial describen la distribución funcional y regional del mundo «unificado» del capitalismo moderno: los «centros» con las «periferias». El carácter sistemático de este acuerdo se basa en que sus elementos individuales están referidos recíprocamente unos a otros tanto en su forma como en su transformación: cómo se presenta el sistema capitalista mundial en sus periferias respectivas guarda una relación inmediata con su configuración específica en los centros (y a la inversa), y las modificaciones en un punto del sistema mundial también acarrearán siempre modificaciones en otras partes.

Ya Adam Smith,<sup>5</sup> uno de los fundadores de la economía nacional clásica, había señalado el principio según el cual se establece por primera vez el «bienestar de las naciones»: el del aprovechamiento estratégico de las situaciones relativamente más propicias. ¿Por qué unas regiones prosperan y otras, en cambio, no? ¿Por qué unas avanzan económicamente mientras que otras se quedan rezagadas? La respuesta de Smith que aduce las situaciones «relativamente» más propicias no se refiere únicamente a la mera circunstancia de que las condiciones básicas para el desarrollo del bienestar puedan ser en un lugar comparativamente mejores que en otro: clima más suave, que no se produzcan catástrofes naturales, convivencia más pacífica y, sobre todo, trabajadores más laboriosos, empresarios que arriesguen más o inventores más ingeniosos. El asunto se explica a menudo como si fuera así de simple, pero por lo general no lo es. Cuando Smith se refiere a la *relatividad* de la riqueza social, eso hay que entenderlo más bien en el sentido de una *correlación*: la coyuntura favorable para la producción de bienestar en un lugar guarda una relación reconocible y nombrable con una coyuntura menos propicia para el bienestar en otras partes, el ascenso de unos guarda relación con que otros se quedan con las ganas. O —así habría que precisarlo en este punto— con que su ascenso solo es posibilitado por el hecho de que otros se quedan atrás.

Sin embargo, cuando Smith describe este carácter en último término correlativo del bienestar social, inicialmente no toma como ejemplo las naciones, sino la conjunción del desarrollo urbano y el rural en el capitalismo temprano.<sup>6</sup> En su comercio económico con los alrededores, los urbanitas aprovecharon sistemáticamente la circunstancia de que contaban con condiciones de intercambio favorables: los *terms of trade* positivos para ellos,

como diríamos hoy. Una de las condiciones comerciales que favorecían a la sociedad urbana era sobre todo la desigualdad en el nivel de productividad entre el trabajo artesanal y el agrario: con la misma inversión de trabajo se podían producir bienes claramente más valiosos en la artesanía urbana que en la agricultura campesina, de modo que en el intercambio directo de sus mercancías los productores urbanos se encontraban estructuralmente en situación de ventaja. Ya el análisis de Smith muestra cómo de tal relación asimétrica entre las «importaciones» baratas de las sociedades urbanas y las más costosas de las sociedades agrarias (o entre las «exportaciones» más o menos costosas) pueden resultar a lo largo del tiempo, y a causa de diversos mecanismos sociales, vías de desarrollo económico desiguales: los urbanitas están en mejores condiciones de fusionarse hacia dentro y cerrarse hacia fuera, de coordinar y regular entre sí su actividad productiva y de protegerse de la competencia externa, de constituirse como una comunidad económica de intereses y de trasladar la presión de la competencia a los proveedores en los alrededores campesinos, por ejemplo pagando los precios más baratos posibles por la compra de bienes necesarios para la producción. A la larga, estas ventajas se acaban estabilizando y potenciando, generando así una coyuntura que podría designarse como un equilibrio del desequilibrio: la dinámica del incremento de la prosperidad urbana corre pareja con el estancamiento socioeconómico en el ámbito campesino.

Análisis del sistema mundial como los que vienen circulando desde los años setenta interpretan de forma consecuentemente global esta correlación local, es decir, las estructuras de intercambio desigual y las situaciones de desigualdad que de ahí resultan entre «centro» y «periferia», y siguen el desarrollo de este acuerdo de desigualdad durante largos períodos históricos. Según esos análisis, el sistema mundial moderno y capitalista surgió de la crisis económica y política del feudalismo europeo en el «largo» siglo XVI, que se extiende desde la conmoción del sistema urbano en el norte de Italia a fines del siglo XV hasta el final de la guerra de los Treinta Años con la Paz de Westfalia de 1648. El ascenso de Europa, vinculado a eso, hasta convertirse en centro político y económico del mundo de aquella época solo se puede entender desde el hecho de fondo de una jerarquización espacial que se debe al desigual intercambio con las periferias (desde el punto de vista del centro) globales de esa época. Y solo se puede entender si se tiene en cuenta un factor que a Adam Smith —y, junto con él, a todo el liberalismo

económico clásico y neoclásico— le parecía que no tenía ninguna relevancia o, como mucho, solo una relevancia menor: el nacimiento del Estado moderno y la intervención del poder estatal.

A comienzos del siglo XIX, el liberal británico experto en economía nacional David Ricardo, con su teoría de las «ventajas comparativas de costes»,<sup>7</sup> trató de eliminar incluso esa eventualidad de un desequilibrio evolutivo estructural resultante del libre intercambio de mercancías que había planteado Adam Smith, disolviéndola en una complacencia general. Según Ricardo, los países o las economías nacionales que entran en competencia en los mercados mundiales podían alcanzar en su conjunto la posición en el mercado óptima para todos ellos, especializándose inteligentemente en los respectivos sectores de producción donde son más capaces de competir y, por tanto, con una hábil división interestatal del trabajo, proporcionando así bienestar en todos los países. Sin embargo, lo que Ricardo no tuvo en cuenta con su modelo teórico de los efectos del libre comercio supuestamente beneficiosos para todos fueron, entre otras muchas cosas, las enormes diferencias de poder político dentro del sistema mundial de los Estados: aun suponiendo que se considere admisible la analogía con el mercado, aquí no sucede de ningún modo que todos los Estados sean agentes económicos con los mismos derechos y capaces de abrirles a «sus» respectivos capitales nacionales óptimas oportunidades de aprovechamiento en el libre juego de las estrategias económicas. Nada de eso: tanto entonces como ahora hubo y hay Estados más poderosos y otros menos poderosos (o incluso totalmente impotentes), unos con más acceso y otros con menos (o incluso con ninguno) a la configuración de las condiciones de intercambio en la economía mundial. Ya por aquel entonces, y también hoy, algunos países podían y pueden verse obligados a ajustar sus economías nacionales a un determinado modelo de producción y de valor añadido o a una determinada estructura de exportación e importación, y verse obligados a ello por países cuyas economías nacionales se benefician de los correspondientes posicionamientos y orientaciones de otros. Desde las «Leyes de los cereales» (*Corn Laws*) en la Gran Bretaña del siglo XIX hasta el reglamento del TTIP en nuestros días, a los agentes estatales más poderosos siempre les fue y les sigue siendo posible configurar en beneficio propio el régimen de comercio mundial, y esto por supuesto invocando siempre programáticamente el principio de «libre» comercio y de relaciones de intercambio económico «de

igual a igual».

Frente a esta ideología —así es como hay que llamarla— de un «intercambio igual» globalizado, el planteamiento del sistema mundial ofrece una interpretación alternativa de la dinámica capitalista a escala global. El sistema mundial moderno ha obedecido desde siempre a una *doble* lógica de expansión, tanto geoeconómica como geopolítica. Ya se habló de una dinámica del capitalismo que estaba planteada para ampliarse permanentemente y con la tendencia a expandirse globalmente.<sup>8</sup> Karl Marx la formuló con la famosa abreviatura D-M-D': en el proceso económico capitalista la mercancía (M) no desempeña en principio más que una función mediadora para el «auténtico» objetivo del sistema, que consiste en hacer del dinero (D) aún más dinero (D'). Es decir, se trata de multiplicar el capital invertido para la producción de mercancías, para luego volver a invertirlo en una producción de mercancías proseguida en un nivel ampliado (para a su vez obtener de ella —en cierto modo de M'— una posesión de capital nuevamente ampliada que hay que volver a invertir —D''—, y así sucesivamente). Sin embargo, este proceso de acumulación de capital económico, en el que a escala mundial se vinculan centros y periferias dividiéndose el trabajo, es solo un aspecto de la dinámica del desarrollo del sistema mundial. La otra dimensión, no menos constitutiva que la acumulación de capital, es la de la acumulación de poder político, pues ya a un nivel local, pero más aún a nivel global, ni el modelo de Smith o de Ricardo del aprovechamiento estratégico de las ventajas ni el concepto de Marx de la reproducción de capital son concebibles en un nivel constantemente ampliado sin la permanente intervención del poder político.

Las relaciones desiguales de intercambio económico no se generan solas, únicamente por una mecánica de mercado. Ni menos aún se conservan por sí mismas. La posibilidad de imponer y mantener a escala mundial relaciones de intercambio desiguales se basaba históricamente en el auge del Estado administrativo centralizado, en la expansión de los poderes europeos por territorios y poblaciones en el resto del mundo y, finalmente, en la aplicación del poder militar para asegurar la posición de los Estados europeos —y el bienestar de sus naciones— en el sistema mundial. Su historia se puede narrar como la de una alternancia cíclica de diversas hegemonías globales,<sup>9</sup> de su auge y su decadencia: desde la ciudad-Estado de Génova en el siglo XVII, pasando por las «potencias centrales» de los Países Bajos en el siglo XVIII

y de Reino Unido en el siglo XIX, hasta el poder continental de los Estados Unidos a partir de la Primera Guerra Mundial... y posiblemente de China en el siglo XXI. Pero a la historia global se adecúan historias bastante más complejas de relaciones multipolares de poder (por ejemplo entre los diversos Estados coloniales en el siglo XIX o las diversas potencias atómicas en el siglo XX), del surgimiento de economías «semiperiféricas» (como los llamados «Estados emergentes» tras la Segunda Guerra Mundial o últimamente los Estados «BRICS»),<sup>10</sup> además de constantes desplazamientos del poder en el sistema mundial que de ningún modo se atienen a las delimitaciones artificiales de épocas por siglos aislados.

Pero en cualquier caso hay que constatar que el sistema mundial moderno se caracteriza por una lógica de la expansión económica apoyada políticamente, cuyo «componente de poder» se ha expresado históricamente unas veces más manifiesta y palmariamente (como en los grandes tiempos del imperialismo y la dominación colonial europea) y otras veces menos (como desde mediados de los años noventa con el régimen de la Organización Mundial del Comercio, OMC).<sup>11</sup> De este modo ha establecido una geometría de centro y periferia que por un lado es bastante variable, mientras que por otro lado está muy fijamente ensamblada, una geometría que desde hace siglos y hasta el presente representa el corsé geopolítico para aquellos fenómenos que aquí nos interesan esencialmente: para estructuras de desigualdades correlativas, es decir, que guardan una relación mutua, para procesos de producción de riqueza e incremento del bienestar con ayuda, a costa y a expensas de terceros.

Pero si este sistema mundial opera sobre la base de una constante acumulación de poder político y de poder económico acoplados entre sí, entonces se sigue planteando aún la pregunta acerca de dónde saca el capitalismo global en realidad su tremenda dinámica, jamás vista y aparente «infinita». Aquella dinámica que desde siempre fascinó tanto a sus observadores e intérpretes, tanto si eran partidarios y defensores como críticos y detractores. No hay documento más impresionante de una celebración —aunque sea dubitativa— de la fuerza expansiva y revolucionaria del capitalismo que el *Manifiesto comunista*,<sup>12</sup> ni ninguna descripción más asombrada ni reverente de su incesante auge, de su desarrollo que continuamente rompe viejas cadenas y traspasa nuevas fronteras. «Pero siempre crecieron los mercados, siempre aumentó la

demanda»: así describen Marx y Engels la expansión capitalista. Entonces uno se pregunta: ¿cómo es eso posible?

Las ciencias sociales no tienen preparadas demasiadas buenas respuestas a esta pregunta. La mayoría de las veces se dan por satisfechas con la mera constatación de una dinámica «interna» del capitalismo, cuyo mecanismo sustancial, no obstante, queda sin averiguar. En la modalidad de la teoría de sistemas<sup>13</sup> que remite a que la gestión económica capitalista es propulsada por una «lógica propia», conduce por ejemplo al análisis de que el capitalismo se reproduce a través de pagos o a través de una comunicación social siempre nueva de demanda y necesidad de pago o de disposición y capacidad de pago, en la que ambos factores enlazan uno con otro alternativamente. Desde esta perspectiva, el sistema económico de las sociedades modernas es mantenido por eso que se suele llamar un impulso «autopoiético»: por consiguiente, el capitalismo vive «de sí mismo», se desarrolla «por sí mismo» y se incrementa «gracias a sí mismo».

Pero por muy certera que pueda ser la constatación de una lógica sistemática propia del capitalismo, igual de engañosa es la suposición de que el capitalismo —en una especie de proeza económica propia del barón de Münchhausen— puede sacarse a sí mismo de la ciénaga de eventuales crisis tirándose de la coleta y, por así decirlo, impulsarse constantemente por sí mismo a cotas cada vez más altas de desarrollo económico. El capitalismo no es un *perpetuum mobile* que, una vez puesto en marcha, sigue eternamente en movimiento sin necesidad de aplicar más energía. Como cualquier motor, también el de la acumulación capitalista tiene que encenderse siempre de nuevo. La maquinaria de aprovechamiento capitalista necesita el constante suministro de valores de todo tipo: trabajo, tierra y dinero; trabajo manual, intelectual y asistencial; biomasa, recursos minerales y combustibles. Exactamente esto es lo que vio Max Weber, que no es precisamente famoso por su análisis materialista, cuando a comienzos del siglo XX supuso que el motor cultural del capitalismo moderno —el estilo de vida ascético y racional del individuo sacado de las celdas monacales y llevado a la vida laboral— se mantendría en marcha «hasta que se hubiera consumido el último quintal de combustible fósil».<sup>14</sup>

Lo que sucede es justamente que el capitalismo *no* puede mantenerse por sí mismo. Vive de la existencia de un «afuera» que pueda anexionarse, se alimenta de todo tipo de formas —tanto materiales como inmateriales— de



«combustible» que se le suministra y sin el cual su fuego, presuntamente eterno, se extinguiría muy rápidamente. Los análisis sociológicos que siguen la tradición del materialismo histórico suponen básicamente que el capitalismo siempre tiene que procurarse «un terreno nuevo» —como se dice en el *Manifiesto comunista*—. Pero más exacto sería decir que siempre le tiene que ser proporcionado terreno nuevo. En el *Manifiesto* se trata en principio de nuevos territorios en sentido literal, que se le suministran para su explotación: con el descubrimiento y la colonización de América, con la conquista de los mercados de la India oriental y chino y, en general, con el creciente «intercambio con las colonias». Pero el constante proceso de «ocupación de tierras» capitalista se realiza también en sentido metafórico: continuamente se introducen nuevas categorías de personas como fuerza laboral en contextos mercantiles de valor añadido económico (por ejemplo, a nivel mundial ciento setenta millones de niños,<sup>15</sup> y en nuestros países próximamente también tendrán que volver a trabajar los ancianos); continuamente se vuelven económicamente aprovechables nuevas capacidades y propiedades de esta fuerza laboral (su saber, su conciencia, sus sentimientos); continuamente nuevas formas de vida (por ejemplo, material genético humano, animal y vegetal) se vuelven objeto disponible de la economía privada: todas las posibles —y al parecer también las imposibles— reservas de valor se capitalizan y manejan en mercados financieros.

Como hemos dicho, todo esto se viene realizando desde hace varios siglos. Pero al parecer también la lógica capitalista de expansión es capaz de ampliarse aún más, también ella misma parece estar sometida históricamente a una constante obligación de incrementarse. Si nos fijamos en la tendencia a la «financiarización»<sup>16</sup> del capitalismo global a la que se acaba de aludir, basta con pensar en las formas derivadas de inversión de capital, que siguen siendo usuales incluso tras la crisis de los años 2008–2009 y que en ocasiones se han incrementado hasta el absurdo. El capitalismo moderno y globalizado no conoce límites inmanentes. Se asemeja a unas permanentes rebajas de enero de los valores: su lema es «liquidación total». Hay que sacarlo todo: del suelo hay que sacar reservas, del trabajo hay que sacar rendimiento, del dinero hay que sacar futuro. Hay que liquidarlo todo, y hay que liquidarlo permanentemente, constantemente y hasta el último resto. Hay que liquidarlo todo para poder alimentar con ello el mecanismo de mercado y dar suministro a la explotación económica. Visto así, el capitalismo es un

gigantesco acuerdo de *incorporación* y del valor añadido económico posibilitado de tal modo. Esto por un lado.

Por otro lado, el capitalismo moderno y globalizado opera sobre la base de un acuerdo de *externalización* planteado igualmente a lo grande, concretamente de los inmensos costes de aquel mismo valor añadido económico. Esos costes se externalizan en amplia medida, pues cuando se genera un enorme bienestar también surge por todas partes eso que con palabras del escritor y crítico social británico John Ruskin podríamos llamar «precariedad».<sup>17</sup> Ruskin tenía a la vista el capitalismo industrial inglés de mediados del siglo XIX cuando contrapuso a la visión científica de Adam Smith de la «riqueza de las naciones» la realidad social de la «precariedad» de amplias partes de la nación. Él veía que ambos fenómenos de la buena vida aquí y el malvivir allá estaban internamente correlacionados. Y tenía razón: la dinámica capitalista, que tanto les gusta elogiar con frecuencia a muchos, tiene su premio y su precio. El premio que unos obtienen es la «bonanza», *wealth*. Pero el precio que otros tienen que pagar es la «precariedad», *illth*: simplemente se necesita un concepto opuesto —así fundamentaba Ruskin su neologismo *illth*, tan heterodoxo como difícil de pronunciar— para poner a la sociedad del bienestar frente al espejo y mostrarle su contrario, para abrirle los ojos a lo «distinto» de ella.

También el concepto algo abstruso de «externalización» es en cierta manera un constructo lingüístico, y tampoco es demasiado fácil de pronunciar. Pero expresa certeramente lo que a escala global se corresponde con el bienestar de las naciones, lo que constituye su lado oscuro y que, por tanto, gustosamente se tiende a ocultar: la precariedad de otras naciones.

La externalización considerada sociológicamente: vivir por encima de las posibilidades de otros

Hablar de «externalización» significa hablar en la jerga de los economistas. En principio eso no debería ser ningún inconveniente, en vista de la constante dominancia de argumentos financieros y de la racionalidad económica en el discurso público acerca de lo socialmente conveniente y posible, lo socialmente real y racional. El principio de la externalización es usual en las ciencias económicas desde hace ya mucho tiempo. Ahí es debatido bajo el

término clave de los «efectos externos»<sup>18</sup> o las «externalidades». La idea fundamental es sencilla: se trata de repercusiones de la actividad económica que no tienen ninguna relevancia en los cálculos del actuante a la hora de tomar una decisión. Los típicos actuantes que aparecen ahí son las empresas, que de oficio son los «sujetos económicos» más importantes en una economía de mercado. Pero básicamente cualquier agente mercantil puede provocar con su acción efectos externos.

El clásico ejemplo de efectos externos *negativos* de actividad empresarial viene del campo de la economía medioambiental. Una empresa, pongamos por caso una imprenta, además de un determinado bien —por ejemplo una edición de tantos miles de ejemplares de un libro sobre la «sociedad de la externalización»—, produce también efectos que no entran en su cálculo de costes y utilidad ni, por tanto, en el precio de mercado del producto. Por ejemplo, daños medioambientales: quizá las aguas residuales sean canalizadas sin depurar el río que bordea las instalaciones comerciales o el humo contaminante es emitido a la atmósfera sin ser filtrado. En consecuencia, se externalizan los costes que se generan para el mantenimiento de una planta depuradora o para el tratamiento de las enfermedades de las vías respiratorias de los vecinos: esos costes se generan en otra parte y tienen que ser asumidos por otros, si hace falta por la «sociedad» o por el «sector público». En cualquier caso, estos costes externalizados no son relevantes para la acción del productor: no tiene que asumirlos ni tiene que considerarlos para fijar el precio del bien producido. En nuestro ejemplo, la editorial que encarga la impresión puede vender este bien en cierta manera «por debajo de su precio», es decir, por debajo de los «auténticos» costes de producción, lo que a su vez debería alegrar al consumidor del libro, que al fin y al cabo tiene en sus manos mucha «sociedad de la externalización» por poco dinero.

Posiblemente esta empresa ficticia también emplee grandes cantidades de energía, cuya producción genera a su vez daños medioambientales que no fueron «cargados en el precio» y que, por tanto, la empresa impresora no necesita facturar como factor de coste, igual que sucede, por ejemplo, con los costes medioambientales de producción de papel y tinta de impresión o con el transporte de estos materiales a la empresa productora y con el transporte del producto a la empresa distribuidora. Y así sucesivamente. Sin seguir explicando esto aquí, debería haber quedado claro que se trata esencialmente de una actividad económica que es capaz de mirar *para otro*

*lado* totalmente o en parte para no ver los costes que ella misma genera, una actividad económica que por así decirlo es capaz de *ocultar* tales costes, de modo que no tienen que entrar en el cálculo económico de la actividad, sino que se pueden descargar sobre terceros no implicados, es decir que tienen que ser asumidos por otros agentes del mercado.

Las ciencias económicas no se han puesto de acuerdo sobre si tal coyuntura ha de considerarse un fracaso del mercado o del Estado. Unos diagnosticarían un mercado imperfecto y verían la solución del problema en una mayor transparencia en relación con los precios «reales» de bienes y servicios; otros, por el contrario, constatarían más bien la falta o la deficiencia de un marco regulador estatal, cuya imposición efectiva podría obligar a los respectivos causantes a hacer el cálculo con los costes «reales» de producción. Pero de un modo u otro queda claro que los efectos negativos externos de la actividad económica tienen que «internalizarse» en alguna parte o a cargo de algún agente: no desaparecen sin más, no se disuelven y no se pueden eliminar a base de definiciones, sino que tienen que recogerse en alguna parte y ser asumidos por alguien. En sentido estricto, la internalización efectiva de externalidades equivaldría a la validez del principio de «quien la hace la paga»: quien es responsable del surgimiento de efectos externos tiene que incluirlos también consecuentemente en los cálculos de su actividad (diciéndolo en términos económicos, en su función de utilidad). De lo contrario, la inevitable obligación de internalizar recae sobre otros, aunque la modalidad supuestamente más usual podría ser que los costes los asuman mediatamente las instituciones públicas y, por tanto, los contribuyentes.

Por muy aclarador que de hecho resulte el enfoque de las ciencias económicas —y por tanto el estrictamente económico o el de la economía de mercado— para entender el modelo estructural de procesos de externalización (y de la internalización que se vuelve necesaria con ello), tal perspectiva también se queda, no obstante, muy corta. Muy corta porque, en último término, se fija predominantemente en la microeconómica de las decisiones individuales. Pero también se queda demasiado corta —cuando este concepto se aplica a la macroeconomía— al concentrarse en un modelo de mercado de procesos sociales que siempre se da ya por supuesto y que en cada caso se considera realizado en mayor o menor medida: como si el mundo social funcionara por principios de mercado o tuviera que regirse por ellos. Con vistas a nuestros objetivos, por un lado, hay que ampliar este

planteamiento y, por otro lado, hay que rebasarlo, pues si se trata de estructuras y procesos de externalización (e internalización) a escala social mundial, entonces una fundamentación microeconómica del análisis resulta conveniente solo bajo determinadas condiciones. Y entonces, al mismo tiempo, la usual recurrencia a metáforas mercantiles, que la mirada analítica se fije exclusivamente en los agentes económicos y en los mecanismos y las relaciones de mercado tampoco nos lleva realmente muy lejos. Más bien se necesita expresa y sistemáticamente una perspectiva histórica en profundidad.

Como ya hemos señalado, la sociedad de la externalización es el efecto secundario histórico de un sistema mundial capitalista que se viene reproduciendo desde hace siglos bajo formas cambiantes. Pero ya su pasado colonial, que sigue siendo actual, muestra cómo este sistema mundial operó desde siempre deslocalizando la pobreza y la violencia de sus centros y trasladándolas a las periferias: desde los primeros procesos «civilizadores» de poblaciones indígenas en el doble continente americano hasta la actual guerra de drogas «mexicana», que supuestamente nos queda tan lejos y cuyas víctimas mueren desde luego para mantener el suministro básico social de estupefacientes en Europa y Norteamérica. Esta historia global de la externalización, la correlación global e histórica entre el «subdesarrollo» por un lado y el «superdesarrollo»<sup>19</sup> por otro —como los designó certeramente el sociólogo estadounidense C. Wright Mills hace ya más de medio siglo—, es inabordable con meros modelos económicos y con una analítica del mercado, por muy refinada que sea.

Para entender la moderna sociedad de la externalización, sus rasgos estructurales y las dinámicas de sus procesos resulta más conveniente una *sociologización consecuente* del análisis. Sin embargo, la sociología, a pesar de su «natural» cercanía como especialidad a la vida social y a los hechos sociales, no es precisamente famosa como ciencia popular ni menos aún como ciencia accesible y comprensible para todo el mundo: un prejuicio que posiblemente se acaba de reforzar con semejante formulación como la de la «sociologización consecuente del análisis». Sin embargo, es cierto que una mirada sociológica a aquellos fenómenos que deben quedar recogidos aquí bajo el concepto de sociedad de la externalización no solo remite a las estructuras y los mecanismos de externalización y ocultamiento de costes sociales que nos son conocidos a nosotros, que «de algún modo» somos todos, sino que sobre todo deja claro que la externalización tiene algo que

ver con la praxis social,<sup>20</sup> con la actividad cotidiana «totalmente normal» de los hombres «medios». La externalización es una cuestión de la actividad social —y justamente no solo económica—, y en cuanto tal es un fenómeno que nos incumbe a todos. Y nos incumbe a todos porque se trata de los costes sociales que nosotros mismos producimos día a día, porque la externalización y la sociedad de la externalización no serían concebibles sin nuestra propia participación.

¿Pero qué significa exactamente «sociologización»? En nuestro contexto significa en primer lugar subrayar el *componente correlativo* de la dinámica capitalista y de la desigualdad social. Vivimos en un mundo de correlaciones, tanto en lo pequeño como en lo grande. Guardamos múltiples relaciones con los demás, unas más estrechas y otras más lejanas. Cómo vivimos y qué somos se define a partir de estas relaciones sociales y no es concebible sin ellas. Lo que hacemos siempre repercute sobre otros, igual que lo que *no* hacemos. Unas veces son efectos más directos, otras veces solo mediatos, y otras veces apenas registrables. En suma, el mundo social es un mundo de correlaciones y de referencias recíprocas. Darse cuenta de esta circunstancia elemental y tomársela en serio al observar la sociedad es expresión de una perspectiva sociológica.

¿Pero qué se ve desde este enfoque?<sup>21</sup> Se ven interdependencias e interacciones: que las estructuras sociales solo se vuelven comprensibles en la *conexión* de sus elementos respectivos y que los desarrollos sociales solo resultan de la *conjunción* de diversos procesos parciales. Entonces se ve, por ejemplo, que el poder es correlativo, es decir que no representa una relación unilateral —uno tiene poder y otro no—, sino que las diversas posiciones de poder guardan una mutua relación: una persona es capaz de ejercer poder sobre otra en la medida en que y mientras esta otra persona «acepta» el poder de la primera, es decir, asume la relación específica de poder como tal, ya sea por propia voluntad, por necesidad o por obligación.

De modo similar, con las gafas de la sociología se puede advertir que no solo las estructuras sociales, sino también los procesos sociales tienen siempre dos caras. Por ejemplo, la dinámica capitalista surge del concurso de procesos de producción de riqueza y de producción de pobreza: una cosa va pareja con la otra. Aunque el crecimiento del bienestar y el aumento de la miseria son desarrollos opuestos, sin embargo ambos pertenecen a la realidad del sistema mundial capitalista. Si se observa el mundo sociológicamente, las

estructuras sociales se ven como entramados de relaciones y los desarrollos sociales como dinámicas de relaciones. Una cosa ya no se puede entender sin la otra. Por tanto, pensar sociológicamente significa no poder dejar de pensar lo otro, tener que reparar siempre en *ambas* cosas y en la relación interna *entre* ambas: entre el poder de unos y la impotencia de otros, el provecho aquí y el perjuicio allá, las oportunidades en este sitio y los riesgos en aquel otro, nuestra propia vida y la vida de los otros.

Todo esto suena aún lo suficientemente abstracto como para poder volver a meterlo tranquilamente en el cajón de los estereotipos sociológicos... y dejarlo ahí. Pero el objetivo de este libro es justamente refutar los estereotipos al uso. Este libro pretende mostrar cosas que, mirándolas sociológicamente, se pueden conjuntar porque de hecho van juntas. Pretende ilustrar qué relación recíproca guardan diversos entornos vitales, nuestro propio mundo social con los mundos sociales de otros y en otras partes. Pretende poner ambos términos, «nosotros» y «los otros», en una *relación* mutua. Esto a su vez suena mucho a terapia de pareja, y a este libro tampoco se le puede denegar una cierta vocación de terapia social, al igual que tampoco se le puede negar un cierto tono moralizante que aflorará de cuando en cuando y que, ciertamente, apenas se puede evitar a la luz de los hechos sociales —quizá a lo largo de la lectura el lector me dará e incluso tendrá que darme la razón—. Pero lo que ha de quedar en primer plano y en el centro debe ser el análisis: una sociología contemporánea de la sociedad de la externalización. Y una ilustración lo más plástica posible de las situaciones sociales de externalización, si no pretende solo cargar las tintas sino poder analizar con sutileza, necesita un marco conceptual. Antes que nada, aquí es importante construir ese marco. Así que el lector tendrá que tener todavía un poco de paciencia con lo relativo a la sociología viva.

## Estructuras, mecanismos y prácticas de la externalización

La externalización es en igual medida una estructura, un mecanismo y una praxis. Lo último es especialmente importante, y no solo analíticamente, pues, después de todo, las estructuras y los mecanismos sociales solo se vuelven vivos y eficientes gracias a la actividad práctica de los hombres. Entender la externalización como praxis social también es muy importante

porque solo tomándola así ella no aparece como algo abstracto, extraño o «marginal». La categoría de la praxis social saca a la luz nuestra propia actividad externalizante y a nosotros mismos como agentes, pero también sin ocultar que esta praxis se produce dentro de estructuras que no nos son accesibles sin más o que ni siquiera están a nuestra disposición, y se realiza a través de mecanismos en los que, por lo general, no podemos influir inmediatamente.

Conociendo aquellas estructuras y mecanismos que posibilitan la externalización, cobra un carácter más que meramente apelativo la constatación de que en nuestra praxis diaria nos dedicamos permanentemente a externalizar, es decir que somos sobre todo *nosotros mismos* quienes mantenemos en marcha la sociedad de la externalización. Esta constatación cobra una cualidad analítica: somos externalizadores activos no porque todos nosotros seamos malvados e interesados ni porque nos manejen externamente o a distancia (o quizá esto también, pero son otros los que tendrán que escribir libros sobre esto: teólogos, economistas, neurólogos). Más bien sucede que nosotros externalizamos porque *podemos*: porque las estructuras sociales nos posibilitan las condiciones de hacer eso, porque los mecanismos sociales nos lo permiten, porque la praxis general que nos rodea nos lo confirma. Pero en cierto sentido también externalizamos porque *no podemos dejar de hacerlo*: porque las estructuras sociales nos fuerzan a ello, porque los mecanismos sociales nos impelen a ello, porque las prácticas generalizadas de nuestro entorno social nos incitan a ello. Todos nosotros externalizamos porque vivimos en una sociedad de la externalización. En una sociedad en la que la ocasión hace al ladrón, en la que imperan unas coerciones ineludibles... y en la que nadie puede escabullirse. Una interpretación tal no pretende ni condenar ni disculpar nuestra actividad ni a nosotros mismos. Más bien pretende comprender mejor por qué externalizamos y qué es lo que hacemos en realidad cuando externalizamos, para sobre esa base poder reflexionar sobre posibles alternativas, y poder hacerlo con mayores expectativas de éxito que declarando llanamente nuestro comportamiento inmoral o patológico, determinado por intereses o por impulsos.

Estructuras, mecanismos, prácticas: estas son las categorías de explicación sociológica que hay que aplicar aquí. En correspondencia con esto, los conceptos centrales de una sociología de la sociedad de la externalización son



los de poder, explotación y *habitus*. En primer lugar, la externalización solo se puede entender sobre la base de *asimetrías de poder* estructurales en la sociedad mundial. En segundo lugar, en este contexto hay que comprender la externalización como un *mecanismo de explotación* pluridimensional y globalizado. Y en tercer lugar, en la práctica cotidiana ella opera en forma de un *habitus de externalización* específico que se debe a relaciones de explotación sostenidas por estructuras de poder y que a su vez las reproduce constantemente. Solo si consideramos conjuntamente estas tres dimensiones entenderemos mejor la sociedad de la externalización... y nuestra propia aportación a su persistencia.

En la *dimensión estructural*, el concepto de externalización rompe con aquella comprensión tradicional de la desigualdad social en el sentido de jerarquías de ingresos y fortunas en el marco social nacional, una comprensión que todavía está hondamente arraigada y sólidamente fundamentada no solo en nuestras cabezas, sino también en los análisis sociológicos. Aunque en las últimas décadas la investigación sociológica de la desigualdad se ha ampliado desarrollando numerosas categorías de desigualdad «horizontal» (género, raza, edad, etc.), así como su solapamiento o su reforzamiento recíproco,<sup>22</sup> volviéndose así más compleja en consonancia con el mundo social, sin embargo, sigue dominando la perspectiva «vertical» del «arriba y abajo» en la estructura de distribución social y nacional. Y hay buenos motivos para ello, pues sin duda las desigualdades respectivas siguen siendo enormes (y en el pasado reciente incluso han seguido tendiendo a aumentar). No obstante, en ambos casos, tanto en el de la perspectiva «vertical» como en el de la «horizontal», la mirada habitual a relaciones de distribución en una sociedad aislada restringe inadmisiblemente el campo visual sociológico. Las críticas al «nacionalismo metodológico»,<sup>23</sup> que desde hace al menos dos décadas vienen circulando en la investigación de la desigualdad (es decir, las críticas a que el interés de la investigación se centra en las relaciones interiores de un Estado nacional, en las desigualdades locales), hasta ahora no han perdido ninguna vigencia.

Frente a ello, el concepto de la sociedad de la externalización quiere ampliar consecuentemente el campo visual. La magnitud de referencia determinante pasa a ser aquí la situación de desigualdad social a nivel mundial. También a escala mundial hay una jerarquía de «arriba y abajo», que a grandes rasgos coincide con la polaridad global de «norte» y «sur»,<sup>24</sup> entre

los cuales, por otra parte, la desigualdad se ha desarrollado asumiendo dimensiones tales como no cabe encontrar en ninguna sociedad nacional del mundo.<sup>25</sup> Pero sobre todo, a nivel de la sociedad mundial, imperan también desigualdades «horizontales»; mirándolo más de cerca, el «arriba y abajo» global se presenta como un plexo estructural complejo y extendido a nivel mundial de posiciones interdependientes: toda posición que se asume en el sistema de desigualdad mundial debe considerarse en relación y en conexión con otras posiciones correspondientes en ese mismo sistema. Y solo *en cuanto tal*, como posicionamiento contextualizado y relacionado de esta manera, se puede entender en general una situación concreta de desigualdad.

Impulsada de forma decisiva por el sociólogo Reinhard Kreckel,<sup>26</sup> también la investigación de la desigualdad en países de habla alemana se ha apropiado en este sentido de las categorías de «centro» y «periferia», aunque hasta ahora realmente no han logrado imponerse en ese ámbito. Con el retículo analítico de centro y periferia la estructura de desigualdad global de «arriba y abajo» pasa a ser un campo de fuerzas asimétrico, y las *posiciones* en la estructura social mundial se vuelven visibles como *coyunturas* desiguales e interrelacionadas en su desigualdad: las condiciones de vida y de desarrollo, de trabajo y de producción, de movilidad y de consumo en un «lugar» de la estructura social mundial guardan relación con todo el manajo de condiciones de vida, desarrollo, etc., «en otras partes».

En este sentido, lo decisivo para un análisis de las desigualdades sociales globales —y por tanto para una sociología de la sociedad de la externalización— es la pregunta por el entramado estructural de las condiciones vitales. Eso significa sobre todo una cosa: las «situaciones internas» más o menos desiguales de las sociedades ricas en Europa o Norteamérica no se pueden entender sin su referencia a las condiciones «externas», es decir, a las «situaciones internas» en países de regiones del mundo más pobres. Es más: en sentido estricto, ya no hay «situaciones internas» sociales ni, por tanto, tampoco «situaciones externas» sociales (suponiendo que las haya habido alguna vez). Lo único que hay son asimétricas situaciones mundiales internas: un entorno vital global que está estructurado por desigualdades recíprocamente relacionadas, y ámbitos sociales locales cuyas estructuras de desigualdad están integradas en la sociedad mundial.

Desde esta perspectiva, la «punta del iceberg» —el entorno vital de las

sociedades ricas— es justamente eso: la parte visible para nosotros de una estructura social mundial que, por lo demás, nos resulta en amplia medida invisible. Que la punta queda por encima del agua porque debajo se encuentra la base desproporcionadamente mayor no es para nosotros ningún misterio físico, pero desde el punto de vista del análisis social y de la política social la remisión a este plexo estructural sigue pareciendo escandalosa. La teoría del imperialismo de Lenin,<sup>27</sup> escrita hace ya cien años, tenía claramente presente que un factor decisivo que permitía la vida relativamente privilegiada de la clase obrera asalariada en las metrópolis capitalistas eran las ganancias realmente fabulosas que se generaban con la dominación colonial extraeuropea y que eran reconducidas a las metrópolis europeas. ¿Pero quién lee aún hoy a Lenin? Suponiendo que alguien hable todavía hoy de «colonización», la mayoría de las veces ya no tendrá en mente la situación global de dominación y desigualdad, sino que, en lugar de eso, se referirá a lo que Habermas<sup>28</sup> denominaba la economización del entorno vital en los «centros» altamente industrializados del mundo. A la vez, los «entrañables» tiempos de la antigua colonización no son en absoluto cosa del pasado, sino que sus consecuencias son todavía perceptibles y también acuñan decisivamente la actual sociedad de la externalización.

Con esto llegamos a la segunda dimensión de la externalización: su *dimensión procesual*. La figura central que acuñó aquí el término clave fue el sociólogo e historiador estadounidense Charles Tilly,<sup>29</sup> que en su obra señaló reiteradamente el factor interactivo de la producción de desigualdades sociales. Tilly define en general la desigualdad como una relación entre personas o entre grupos de personas cuya interacción genera más ventajas para una parte que para la otra. Al mismo tiempo, en un sentido objetivo básicamente cualquier cosa posible puede convertirse en objeto de interacción: puede tratarse de bienes materiales o inmateriales, de trabajo o de diversión, de dinero o de amor. Lo decisivo para el análisis sociológico es más bien el hecho de que la desigualdad surge de la actividad mutuamente referida de hombres, y que de estas relaciones sociales acaba resultando con el curso del tiempo una dinámica propia que intensifica la desigualdad.

La asimetría característica de las relaciones de desigualdad entra en juego con las diversas posiciones sociales que asumen los agentes que interactúan entre sí: de entrada uno dispone de más que los otros, sobre todo de recursos más poderosos. Pero además, esta asimetría inicial se incrementa a raíz de una

interacción proseguida, por cuanto sus ventajas se van acumulando sistemáticamente en una de las partes de la relación, y siempre en la más poderosa. Finalmente, esta estructura de desigualdad que con el tiempo se produce y se ahonda es apoyada por categorizaciones sociales que en cada caso hace intervenir el agente más poderoso y que, justamente a causa de la ventajosa situación de poder que había dada o que se ha conseguido, se pueden imponer en cuanto tales. El caso típico son atribuciones binarias que se vinculan a ambas posiciones de la relación social y que parecen justificar la constante reproducción de la desigual estructura de poder: por ejemplo, distinciones categoriales entre civilizados y salvajes, blancos y negros, aplicados y vagos. Desde los conquistadores españoles en el sur, pasando por los colonizadores europeos en el norte del continente americano, hasta los emisarios de la zona euro en Grecia, son bien conocidas las correspondientes construcciones sociales que trazan las divisorias entre los beneficiados y los perjudicados en una relación social.

Al igual que la distinción entre hombres y mujeres, o las demarcaciones, asimetrías de poder y dinámicas de desigualdad en el reparto de tareas específicas de géneros que se vinculan a aquella distinción. No es casual que la crítica feminista<sup>30</sup> a la división y contraposición social de producción y reproducción, o de actividades «productivas» y «reproductivas», se pueda considerar la fuente central de un concepto sociológico de externalización. Y el modo de socialización del trabajo como trabajo remunerado según el «modelo del sostén masculino de la familia»,<sup>31</sup> que se ha venido practicando en los capitalismos altamente industrializados de la posguerra, representaba una coyuntura de externalización verdaderamente prototípica: que una gran parte de los hombres pudiera gozar de las llamadas «condiciones laborales normales» —duradera actividad remunerada a tiempo completo típica de los sectores «productivos»— se debía a la construcción social del «trabajo de reproducción» —es decir, tareas educativas, asistenciales y domésticas— como trabajo de apoyo que las mujeres tenían que aportar sin remuneración fuera del mercado laboral. Que papá pudiera dedicarse durante el día a la empresa<sup>32</sup> (y los sábados al ritual público del lavado del coche) se debía a una relación codificada por el derecho conyugal con mamá, que de lunes a domingo se dedicaba a los niños y a la cocina (y por tanto, de alguna manera, también a papá). Las actividades reproductivas se asignaban al género femenino, se dissociaban de los trabajos «masculinos» —los únicos

reconocidos como productivos—, se volvían invisibles en la economía doméstica, se devaluaban socialmente al no remunerarlas y, en cierta manera, eran apropiadas gratuitamente tanto por las empresas como por los asalariados. Como hemos dicho: una relación de externalización verdaderamente clásica que funciona mediante un mecanismo social que también es clásico, y que es el de la explotación.

Es de agradecer que Charles Tilly, en el marco de su interpretación correlacional de los procesos de producción de desigualdad, haya rehabilitado el concepto de «explotación», que por lo demás había desaparecido injustamente en el olvido sociológico.<sup>33</sup> Casi tan denostada como la teoría de Lenin del imperialismo, la teoría de Marx de la explotación se incluye como muy tarde desde el final del socialismo estatal y la proscripción general del ideario marxista entre los asuntos ya despachados. Pero Tilly extrapola el concepto de explotación de su fundamentación original en la teoría del valor del trabajo y lo declara un mecanismo primario de producción de desigualdad social: según eso, la explotación se produce siempre que los hombres disponen o pueden disponer de una fuente de recursos de tal modo que ella los capacita para hacer que otros hombres produzcan una plusvalía, de cuyo disfrute los propios productores quedan a su vez completa o parcialmente excluidos. Esta plusvalía no tiene por qué consistir en el trabajo o en el tiempo laboral que no se remunera al trabajador asalariado, sino que el empresario se la apropia como ganancia, es decir, como explotación en el sentido marxista. También se puede plasmar en otras formas de obtener una ventaja unilateralmente y sin indemnizar dentro de una relación social: como explotación de recursos minerales de otros países, del saber de otras culturas o de las situaciones apuradas de otros hombres.

Como un mecanismo complementario de desigualdad que conduce a la explotación, Tilly introduce además el del «acaparamiento de oportunidades» (*opportunity hoarding*).<sup>34</sup> Consiste en que la disposición de una fuente de recursos, que genera la posibilidad de explotación o de apropiación unilateral de la plusvalía, queda limitada a los miembros de un determinado grupo. Eso se corresponde con lo que Max Weber designaba como mecanismo de «cierre social»: <sup>35</sup> este mecanismo interviene siempre que un grupo delimitado del modo que sea, y que se separa de otros grupos cerrándose a ellos, se ve en condiciones de reservar exclusivamente para sus miembros una determinada fuente de recursos o la oportunidad de conseguir o de

apropiarse de una determinada fuente de recursos. Es decir, cierre social es aquel mecanismo que posibilita a los miembros de un grupo excluir a los que no son miembros de ese grupo de las oportunidades de explotación y monopolizar para sí las ganancias de la explotación.

La explotación y el cierre social representan conjuntamente el *modus operandi* de la sociedad de la externalización. El empleo del concepto de explotación desvinculado del valor del trabajo permite entender como situación de explotación social no solo la relación entre trabajo remunerado y capital, sino también las relaciones transversales y «horizontales» de apropiación de recursos y de exclusión de oportunidades. Por ejemplo, la relación, segregada por géneros, entre trabajo productivo y reproductivo, o la relación entre trabajadores en diversas regiones del mundo. Por ejemplo, en los tiempos del imperialismo europeo la clase trabajadora europea era de hecho la beneficiaria de la praxis de explotación del capital en las colonias extraeuropeas. El fortalecimiento de su política organizativa en la segunda mitad del siglo XIX hizo que las propias condiciones laborales tendieran a mejorar... a expensas no solo de los segmentos marginales desprotegidos del mercado laboral, sino sobre todo también del trabajo remunerado y forzoso en las periferias de la economía mundial, hacia donde fue expulsada la realidad social de la «pura explotación».<sup>36</sup>

Así pues, ya en aquella época el doble principio de acción de la externalización era: uno lo hace porque puede... y porque no le queda otro remedio. Los costes de la propia actividad se cargan sobre otros porque uno está en condiciones... o porque la sociedad propicia las condiciones para hacerlo. Se hace que terceros paguen el bienestar propio, porque uno se encuentra en una posición social que lo permite. Pero el ejemplo de la actividad externalizadora de la clase trabajadora asalariada europea en la época del imperialismo, que dentro de la propia sociedad era cualquier cosa menos la «clase dominante», remite al mismo tiempo al fenómeno complementario: en ocasiones, uno externaliza también porque tiene que hacerlo. Uno está metido en estructuras de dominación que incitan e incluso realmente fuerzan a cargar los costes sobre otros. Y uno está enredado en mecanismos de competencia que hacen que los efectos de la externalización se conviertan en el caso normal o que la externalización se convierta en la norma de acción.

Esto nos lleva finalmente a la tercera dimensión de la sociedad de la

externalización, que posiblemente sea la decisiva: la *dimensión práctica*. Y al concepto de *habitus*, que desarrolló el sociólogo francés Pierre Bourdieu.<sup>37</sup> Para Bourdieu, el *habitus* es un sistema de actitudes y orientaciones de la acción que típicamente guarda relación con la actitud de un hombre o un grupo de hombres en una estructura dada de posiciones sociales desiguales, y que influye típicamente en la actividad social de este hombre o de este grupo. Pero mientras que el *habitus* es por un lado la base de los proyectos intencionados de acción y de actos prácticos, por otro lado no es accesible para la conciencia del actuante. A la inversa se puede decir que, aunque su actuar habitual pueda ser preconsciente, siempre tiene pese a todo efectos sociales inmediatamente activos.

Por ejemplo, quien dentro de la estructura de desigualdad se encuentre en una situación desfavorecida tratará de abandonarla a cambio de una mejor y mostrará el correspondiente *habitus* de querer ascender, a no ser que la situación desfavorecida parezca tan inalterable y su superación tan imposible, o que la posición social de los grupos favorecidos parezca tan inalcanzable y tan intocable, que surja un *habitus* fatalista y el actuar ya solo trate de conseguir al menos lo más necesario para sobrevivir. Por otro lado, los favorecidos socialmente mirarán mucho por mantener su posición relativamente privilegiada, de modo que, por un lado, habitualmente tratarán de separarse de los menos favorecidos, mientras que, por otro lado, le tendrán echado el ojo al «arriba» o ahí donde en general se considere socialmente que se vive (aún) mejor o incluso totalmente mejor. A su vez ahí, en las regiones objetiva y subjetivamente privilegiadas de la estructura social, los *happy few* o los «felices escogidos» optarán por desarrollar, según prefieran, o bien el *habitus* de que todo eso es obvio, o bien un *habitus* de superioridad, posiblemente también de distanciamiento y arrogancia, que se expresará en la correspondiente actividad cotidiana: desde el manejo seguro de sí mismo y «natural» de la propia situación de privilegio hasta el exhibicionismo arrogante o la justificación ofensiva.

Pues bien, para una sociología de la sociedad de la externalización el paso analítico decisivo consiste en transferir el concepto de Bourdieu de *habitus*, pensándolo «intrasocialmente» en el sentido antes descrito, a la realidad social de estructuras de desigualdad en la sociedad mundial. En este contexto, las sociedades del norte global en su conjunto, al margen de sus múltiples diferencias internas en la estructura social, ocupan las posiciones

especialmente privilegiadas. Y en relación con estas posiciones se puede hablar de un *habitus* de externalización, de una praxis de *deslocalizar* los costes de sus estilos de vida cargándolos sobre terceros (una praxis que practican habitualmente tanto individuos como colectivos: grupos con el mismo estatus y medios sociales, comunidades nacionales y, finalmente, regiones enteras del mundo), y del *ocultamiento* simultáneo de este plexo estructural en su estilo de vida cotidiano. Y exactamente esta es una de las premisas centrales de este libro: lo que aquí se designa como sociedad de la externalización se mantiene concretamente gracias a un determinado *habitus* que los miembros de la sociedad de la externalización hacen ver como algo obvio y que determina su estilo de vida en la praxis cotidiana. Este *habitus* de externalización está vinculado a una específica posición individual o colectiva en la estructura de desigualdad de la sociedad mundial. Uno se tiene que poder permitir ese *habitus*, tiene que «rendir» para mantenerlo, gracias a su propio posicionamiento en el espacio social del capitalismo global: es una expresión, tan preconsciente como activa en la praxis y estructurante de relaciones, de una relativa posición privilegiada en el sistema mundial capitalista.

Con esto habríamos reunido el instrumental analítico para una dilucidación sociológica de la sociedad de la externalización: la externalización es una cuestión de poder, explotación y *habitus*. En la sociedad de la externalización el poder consiste en la oportunidad de descargar sobre otros los costes del estilo de vida propio, y esta oportunidad está estructuralmente repartida de manera desigual. Lo está porque determinados colectivos sociales han logrado apropiarse de las posibilidades de externalizar negándoselas al mismo tiempo a otros. Estos otros son explotados por las posiciones poderosas por cuanto tienen que cargar prioritariamente con los costes de la externalización mientras que quedan permanentemente excluidos de sus beneficios. La desigualdad del poder y la dinámica de explotación en la sociedad de la externalización se vuelven socialmente activas y se estabilizan socialmente gracias a un *habitus* específico de aquellos que operan explotando desde posiciones de poder: la externalización se convierte para ellos en una praxis social que perciben como posible, usual y legítima, y que por eso realizan como si fuera obvia.

De este modo, y esto es otro mecanismo de desigualdad que Tilly identificó, las prácticas se ajustan en cierta manera a las estructuras, los



actuales a sus condiciones de acción. De aquí resulta para la sociedad de la externalización una dinámica que se potencia a sí misma: las estructuras globales de poder posibilitan un *habitus* de deslocalización, desplazamiento y expulsión de los costes sociales del bienestar de los centros a las periferias, y este *habitus* contribuye a su vez decisivamente a que la relación de explotación social se consolide duraderamente a expensas de las últimas. Con esto de fondo, lo que a partir de la teoría económica de Joseph Schumpeter de la dinámica de desarrollo capitalista se conoce como «destrucción creadora»,<sup>38</sup> la idea de la expulsión y destrucción de «viejas» estructuras a favor de «nuevas», se puede reconocer como una narración de legitimación de la sociedad de la externalización tan sencilla como eficiente, pues ambos movimientos, la creación y la destrucción, si es necesario se disocian temporal, espacial y socialmente. La sociedad de la externalización es creadora y posibilitadora de bienestar para unos, mientras que para otros es destructiva e impide el bienestar.

### La externalización considerada psicoanalíticamente: el velo del no querer saber

Uno de los prejuicios favoritos de ese discurso social que se suele designar como «neoliberal», pero que quizá habría que llamar más certeramente «autoritario desde el bienestar», es que nosotros hemos vivido «por encima de nuestras posibilidades». Por lo general, los llamados sabios de las finanzas y los políticos de economía supuestamente conscientes de su responsabilidad lanzan este aparente autorreproche siempre a otros, concretamente a un público social al que le dan a entender que, con el tiempo, sus exigencias materiales han crecido desmesuradamente y amenazan la continuidad de la prosperidad económica de la comunidad. La conclusión que a modo de acto reflejo se extrae de este diagnóstico es siempre exigir a los miembros de esa comunidad que «se aprieten el cinturón»: esta es la habitual perífrasis de la exigencia política de que los trabajadores renuncien al sueldo y quienes reciben prestaciones sociales renuncien a la transferencia, es decir que los otros acaten restricciones al menos provisionalmente. En el repertorio del discurso que ha llegado a hacerse habitual está luego concluir con la agudeza de que son los cinturones apretados los que posibilitan un futuro de barrigas

que en general volverán a engordar: las fuerzas de crecimiento económico fomentadas por un rebajamiento de las exigencias sociales conducirán a la larga a un aumento del bienestar y a que, por tanto, vuelva a haber más para repartir «entre todos».

Por muy machaconamente que esta historia se venga contando públicamente desde hace ya tres o cuatro décadas, no por repetirla constantemente se vuelve más verdadera. No vivimos por encima de *nuestras* posibilidades. Y al poner así en cuestión el modo como la declaración se centra en «nosotros» no nos referimos solo a la circunstancia que se da típicamente en las sociedades nacionales de que, en ellas, los socialmente privilegiados exigen a todos los demás que hagan un esfuerzo y reduzcan gastos. Desde la perspectiva de la sociedad mundial resalta aún más claramente lo cuestionable de la perspectiva del «nosotros» que formulan las élites económicas y políticas, pues nosotros no vivimos de ningún modo por encima de *nuestras* posibilidades: vivimos por encima de las posibilidades *de otros*.

En sentido estricto, hay que decir en primer lugar que vivimos pasando por encima de la situación de otros. Midiéndolo en valores absolutos, a amplias mayorías sociales en nuestros países les va incomparablemente mejor que a amplias mayorías sociales a escala mundial. Pero esto es solo un aspecto. Las medidas absolutas son solo la manifestación visible de otro plexo más amplio y fundamental, pues sobre todo vivimos también *gracias a* la situación de otros. Esto es exactamente lo que describe la realidad social de la sociedad de la externalización: vive gracias a la situación de otros, gracias a su relación con otros. Las condiciones de vida de la sociedad de la externalización solo se producen por medio de las condiciones de vida de otros, su posición privilegiada se debe a la posición menos favorecida de otros en otras partes del mundo, y sus privilegios solo se pueden mantener sobre esta relación de desigualdad. En la sociedad de la externalización a la gente le va bien porque *otros* se aprietan el cinturón, porque *en otras partes* tienen que renunciar a cosas, de modo duradero y permanente, para que la sociedad de la externalización prospere no solo hoy, sino también mañana y en el futuro.

Pero seamos honestos: que esto es así difícilmente se podrá hacer pasar por un saber privilegiado de la sociología. Que el bienestar de las sociedades industriales occidentales es muy superior, a veces incluso vergonzosamente superior al de grandes partes del resto del mundo, lo sabe —como dice el

proverbio— hasta un niño. No en vano la Agencia Alemana de Prensa califica a Alemania de «nación donante»:39 nos lo podemos permitir, y conocemos la miseria que nos rodea. En 2015 los alemanes donaron siete mil millones de euros, más que nunca. El *World Giving Index* del mismo año sitúa a Alemania en el vigésimo puesto, y según el número absoluto de donantes, con treinta y cinco millones de personas, incluso en el noveno puesto entre 145 naciones. Análisis del mercado de donaciones como el de *betterplace lab* muestran que, en nuestros países, las personas mayores siguen siendo los donantes más importantes, aunque últimamente los jóvenes «han recuperado mucho terreno» y donan con mayor frecuencia y más que antes. Así que todo va bien, ¿no? ¿O al menos el mundo, también gracias a la ayuda europea, va camino de convertirse en un lugar mejor?

Más bien sucede lo contrario, y eso deberían saberlo muy bien las naciones donantes como las nuestras. O al menos *podrían* saberlo muy bien. Podrían saber que no solo les va simplemente mejor que a todas las naciones de este mundo que reciben donaciones, sino que su propio bienestar está correlacionado con las malas condiciones de vida en estas naciones. ¿Pero a quién le *interesa* saberlo? ¿A quién le interesa saber que la generosidad de la que tanto alardeamos se sostiene sobre el trabajo infantil en el otro extremo del mundo? ¿A quién le interesa saber por qué le va bien mientras le vaya bien? La sociedad de la externalización ha vivido desde siempre del trabajo y de los recursos de otros, de descargar sobre terceros los daños sociales y ecológicos. Además, y sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, en las sociedades democráticas de «Occidente» vive gracias a un «contrato social tácito»40 muy extendido, que Craig Calhoun, sociólogo estadounidense y director de la Escuela de Londres de Ciencias Económicas y Políticas, resume así: «Los ciudadanos toleran la desigualdad y la externalización de costes a largo plazo mientras el crecimiento vaya viento en popa». El crecimiento es el anclaje que da estabilidad a la sociedad de la externalización, debe seguir siempre hacia arriba, y mientras lo haga no se pregunta cómo es eso posible: la electricidad viene del enchufe, el sueldo de las negociaciones salariales y el índice de crecimiento anual de la actividad empresarial inversora. Y al final del año el presidente del gobierno o el jefe de Estado o ambos a la vez explican en sus mensajes televisivos que la cosa seguirá así también en el nuevo año... con tal de que todos se esfuercen un poco.

¿Pero cómo puede ser? ¿Cómo puede la sociedad de la externalización

desentenderse tan eficazmente de la lógica de la externalización en el concepto que tiene y en la imagen que da de sí misma? ¿Cómo puede perderse de vista lo distinto de la sociedad de la externalización y caer por debajo del umbral de percepción? Se ofrecen dos interpretaciones posibles. Una enlaza libremente con la metáfora conceptual de un «velo de la ignorancia»,<sup>41</sup> en la que se centran las reflexiones sobre teoría de la justicia del filósofo estadounidense John Rawls: en este experimento mental la gente no podría tener conocimiento de su propia posición de beneficiarios estructurales en el juego de distribución en la sociedad mundial, y en esta ignorancia aceptan el contrato social de las sociedades nacionales, según el cual el crecimiento económico aún reporta encima el máximo provecho posible a los menos favorecidos. Pero más plausible que esta hipótesis de un «no poder saber» extendido o incluso general parece la otra hipótesis de un «no querer saber» generalizado, según la cual el funcionamiento de la sociedad de la externalización también se basa esencialmente en el olvido individual y colectivo. Y no solo del pasado: a qué se debió que vivamos tan bien. Sino sobre todo también del presente: a qué se debe que siga siendo así.

La afirmación de que la sociedad de la externalización se ha envuelto en el velo del «no querer saber» para poder persistir como tal —a pesar de toda la penuria y miseria que la rodean— indica que el análisis sociológico de esta forma social tiene que completarse con una interpretación psicoanalítica. Como hemos visto, la sociedad de la externalización se asocia con un *habitus* específico que hace que la actividad externalizadora, tanto a nivel individual como colectivo, parezca conveniente, obvia y legítima. Pero esta estructuración de la acción, que en último término es preconsciente, no se puede entender sin las estructuras psíquicas individuales y colectivas con las que se vincula interiormente y a las que está sujeta funcionalmente. Deslocalización y descarga, represión y disociación, exoneración y desvío son prácticas no solo sociales, sino también psíquicas en y de la sociedad de la externalización. En lo que sigue hay que esbozarlas en cuanto tales, antes de poder aplicar la caja de herramientas analíticas bien surtida al desencantamiento de la sociedad de la externalización.

Externalización es un concepto asentado no solo en economía, sino también en psicología.<sup>42</sup> Sin embargo, ahí es bastante menos usual que el concepto opuesto de internalización, con el que se denomina la asimilación e interiorización por parte del sujeto de reglas, normas y valores sociales

(pero también de concepciones morales de terceros relevantes). En este contexto, se consideran formas internalizadoras de la gestión psíquica de problemas aquellas con las que los problemas se proyectan sobre sí mismo. Uno se examina a sí mismo o hace autocrítica buscando dentro de sí razones y soluciones, lo cual puede llevar en ciertos casos al retiro social y al aislamiento. La externalización representa entonces el mecanismo opuesto de la gestión de problemas: el factor o el motivo incriminatorio se desplaza en cierta manera hacia fuera y se atribuye a una instancia externa concreta o abstracta para mantener el equilibrio interior. En términos psicopatológicos se puede decir que el comportamiento externalizante puede provocar que, con la disociación de aspectos desagradables o insoportables de sí mismo, se desvíen al mundo externo conflictos que originalmente son interiores: una conducta defensiva que a menudo hace difícil que las personas ajenas a quienes de tal modo se pone a prueba puedan por su parte defenderse y distanciarse de la dinámica psíquica de la persona respectiva.

Hasta aquí las definiciones de manual de psicología. Ahora bien, si no se leen únicamente como la descripción de posibles mecanismos, motivaciones y perturbaciones psíquicas individuales, sino en el contexto del fenómeno social que aquí nos interesa, entonces la realidad de las prácticas sociales de externalización se desvela de modo totalmente distinto. Comienza a perfilarse entonces un cuadro psicológico de la sociedad de la externalización: la gestión de sus problemas opera en un sentido material, pero justamente también en el nivel del estado anímico social, en el modo de la deslocalización según el principio de la disociación y el desvío. Por un lado, los costes sociales y las cargas ecológicas del propio estilo de vida colectivo se desplazan al (supuesto) «afuera» social, donde otros tendrán que cargar con ellos. Por otro lado, en un acto de solvencia vinculado a ello y que duplica el movimiento de externalización, la presión psíquica causada por un conocimiento general —o al menos por el presentimiento— de las cargas que se imponen a los otros hombres y regiones del mundo se separa del estado anímico colectivo y se desplaza más allá de la percepción social. Este mecanismo tiene un efecto estabilizante hacia «dentro». Le corresponde una importancia en cierto modo psico-funcional para el mantenimiento del contrato social del capitalismo del bienestar. Pero para aquellos que son afectados por la praxis de deslocalización, que de este modo queda desdoblada o reduplicada, esto significa que no se ven confrontados con los

efectos de la sociedad de la externalización únicamente en forma de condiciones laborales indignas y destrucciones masivas del medio ambiente. Tienen que lidiar además con procesos de marginación simbólica y con experiencias de desprecio. El mecanismo de exoneración psíquica que hemos descrito corre parejo con prácticas de desplazamiento de las cargas y de inversión de la culpa, al proyectar la responsabilidad de los daños sobre los propios perjudicados: entonces las exigencias de indemnización por parte de los países poco contaminantes pero más castigados por el cambio climático se reinterpretan como estrategias de chantaje financiero «transparente», y a los muchachos refugiados de guerra les aconsejan «hacer de una vez algo útil» y luchar en su país de origen por la paz y la democracia, en lugar de buscar cobijo en nuestros países. Así pues, también con vistas al tratamiento psíquico de la propia actividad externalizante se puede decir que lo que se deslocaliza y disocia no desaparece sin más. No se limita a desaparecer ni queda resuelto sin más, sino que reaparece en otro lugar, donde otros tendrán que ocuparse de ello.

La praxis social de la donación que hemos mencionado antes es un ejemplo palmario de esta situación. Es público y notorio que el acto de donar en vista de la miseria ajena también sirve especialmente para quedarse uno tranquilo y no tener remordimientos de conciencia por su propio bienestar. Esto puede decirse también de las prácticas menos espontáneas y coyunturales de eso que se da en llamar una acción concienciada de los problemas, por ejemplo toda la gama de comportamientos «respetuosos con el medio ambiente» (aún habremos de volver sobre esto bajo el término clave «conciencia verde»). Pero lo que importa en la donación a menudo no es solo un efecto subjetivo de exculpación. La mayoría de las veces también conlleva un elemento de autorreproche: la praxis, que en realidad es «normal», de ayudar a los necesitados sin necesidad de hacer realmente recortes en el estilo de vida propio se magnifica convirtiéndola en una hazaña notable. Esto resulta especialmente manifiesto en el autoencumbramiento colectivo de uno de los países más ricos del mundo erigido en «nación donante»: haz el bien y que se entere todo el mundo, parece ser el lema. O más exactamente: que nadie se entere de que donar no duele al bolsillo, pero que todo el mundo sepa que da fe de la vena social de tanta gente. Además, hoy es más fácil que nunca estar con esta vena a la altura de los tiempos, pues —como se ha encargado de «remarcar

especialmente» la organización en red *betterplace lab*<sup>43</sup> en su análisis del mercado de donaciones de 2014— los indicadores de donaciones en línea se han desarrollado de manera «predominantemente positiva», y los pagos por PayPal y tarjeta de crédito reemplazan cada vez más los «entrañables cargos a cuenta de los viejos tiempos». Hemos aprendido que donar no cuesta casi nada, ni siquiera tiempo. ¡Y sin embargo es algo tan valioso!

Pero hacer donaciones para el «tercer mundo» —una construcción surgida del conflicto entre los sistemas norteamericano y soviético en la posguerra y que persiste obstinadamente hasta hoy— no es solo eso. En cierto sentido también es una praxis de dominación mental y emocional, si bien benevolente. Donar demuestra solicitud y generosidad, y además de transferencias y ayuda material transporta también una exigencia implícita de acción a los «terceros» beneficiados, a saber, la exigencia de mostrar agradecimiento. O lo que quizá sea aún más importante psicoanalíticamente: el acto de donar por caridad brinda al donante que magnifica su acción como una heroicidad la posibilidad de percibir la reacción del receptor como demostración de una tendencia al desagrado. Eso lo conocemos ya a nivel individual, cuando a los ojos de quien regala el que recibe el regalo no le hace la honra que merece: nada de alegría desbordante, nada de miradas radiantes, ni siquiera una expresión decente de gratitud. La proyección de la posición propia a la reacción de la parte contraria se produce de modo similar a nivel colectivo: para la percepción pública «aquellos» carecen de todo respeto por la ayuda que uno presta, y —esto tiene plena actualidad— el «refugiado (supuestamente) desagrado» tiene todas las cartas para convertirse en una figura social con connotaciones negativas.

Pero los mecanismos de externalización psíquica —mecanismos psíquicos de deslocalización y transferencia— que la propia actividad externalizadora pone en marcha para resolver los problemas psíquicos que ella misma causa van aún más allá. Bastante los conocemos ya tras décadas de discursos públicos sobre los efectos de las ayudas estatales al desarrollo. En este contexto, uno de los argumentos estándares es, por ejemplo, el convencimiento de que la ayuda financiera de los países donantes sistemáticamente «se queda por el camino» en los países receptores. Como motivo de esta problemática diagnosticada se aduce habitualmente todo un puñado de imputaciones que posibilitan entender a los otros no solo como distintos, sino como ineptos, como malvados o como criminales, según se

prefiera: como es sabido, «ahí abajo» gobiernan «élites corruptas» que se enriquecen a costa de los más pobres, una «indolencia administrativa que no se puede erradicar» y que ni siquiera la mejor voluntad donante es capaz de vencer, y en general una «mentalidad» simplemente incorregible y en vista de la cual toda ayuda es vana. De este modo se delega al otro la responsabilidad por el hecho de que no se produzcan cambios: por mucho que uno se esfuerce es inútil hacer nada, son así de incorregibles.

Este es también un patrón para todas aquellas narrativas del «subdesarrollo» que desde siempre han circulado en Occidente, y con las que nosotros transferimos nuestras propias nociones de cómo tienen que ser las sociedades y cómo tienen que funcionar las instituciones a aquellos países que, supuestamente, no están tan avanzados como nosotros. Un ejemplo reciente de esto es el debate científico y político sobre los llamados Estados fracasados o *failed states*.<sup>44</sup> Eso no se refiere, por ejemplo, al Estado libre de Sajonia, que tras el final del socialismo estatal no logró establecer un sistema policial y judicial que opere en la neutralidad política, y que evidentemente tampoco está en condiciones de proteger el cuerpo, la vida y la dignidad humana de todas las personas que habitan en su territorio, incluyendo a aquellas que no están naturalizadas en ese Estado. Obviamente eso se refiere a Estados (o a países que desde este punto de vista justamente no son Estados) como Siria, Afganistán o Eritrea, con cuyos problemas, insuficiencias e incapacidades que ellos mismos se crean resulta que ahora tenemos que lidiar nosotros. También sobre esto volveremos más adelante. De momento se trata únicamente de constatar que de la psicología social de la sociedad de la externalización también forma parte especialmente el sentimiento de superioridad de que los demás no lo saben hacer mejor, o al menos no tan bien como nosotros. En cierto modo, algo de verdad habrá en tales interpretaciones si resulta que unos siempre avanzan cada vez más mientras que los otros se quedan estancados y permanentemente rezagados. Primero que aprendan a ser como nosotros, y luego ya veremos.

Disociación y transferencia, represión y sublimación, rechazo y proyección: todos estos mecanismos constituyen el sustrato psicosocial de la vida en la sociedad de la externalización... y de su supervivencia. Además, están estrechamente conectados con la estructura psíquica del capitalismo moderno<sup>45</sup> y con su lógica de expansión aparentemente perpetua. La dinámica de acumulación que no quiere acabar —y que en cierta manera



tampoco debe acabar— del capitalismo moderno acierta a dar con el hondo anhelo humano de un futuro eterno. Con el carácter procesual del «seguir así» infinitamente el capitalismo absorbe las energías psíquicas de la gente y, jugando con el miedo al final que siente esa gente, la encadena a su forzoso programa de ilimitación: que la vida siempre siga así, tal como la vivimos. Al mismo tiempo, el pensamiento de que este anhelo existencial no se puede cumplir, ni en lo colectivo ni en lo individual, se reprime y se desaloja de la conciencia individual y colectiva, lo mismo que el conocimiento de que son las oportunidades vitales de otros aquellas a cuya cuenta se carga el propio seguro de vida. Y no ya las oportunidades vitales de generaciones futuras, de nuestros hijos y nietos, como le gusta afirmar a un discurso de sostenibilidad unilateral referido al futuro del mundo occidental del bienestar, sino las oportunidades vitales de muchos miles de millones de personas que ya viven hoy y que desde un «afuera» construido mantienen con vida la sociedad de la externalización.

Las consecuencias de nuestro estilo de vida no se sufrirán *después* de nosotros, sino que ya se sufren aquí y ahora, *a nuestro lado*. Y no es que no tengamos acceso al conocimiento reprimido de eso, todo lo contrario. En septiembre de 2014, el secretario general saliente de la OTAN Anders Fogh Rasmussen,<sup>46</sup> en vista de la guerra de Ucrania y del avance del «Estado islámico» en Iraq, en una reunión de jefes de Estado y de gobierno de la alianza defensiva expresó elocuentemente la conciencia de lo que las democracias ricas pueden perder: «Rodeada de un rosario de crisis, nuestra Alianza, nuestra comunidad transnacional, se presenta como una isla de seguridad, de estabilidad y de bienestar». Una isla de seguridad, de estabilidad y de bienestar, rodeada de un mar de competidores económicos, azotada por el oleaje de milicias terroristas y conflictos violentos, amenazada por una marea de poblaciones pobres dispuestas a emigrar (así es como hay que interpretar la imagen): semejante panorama podría atinar con toda exactitud con el estado anímico de la mayoría de las poblaciones de los países más influyentes de la región del Atlántico Norte, unas poblaciones que se sienten inseguras a causa de las crisis. Las ideas y las iniciativas para conservar el *statu quo* gozan consecuentemente de mucha popularidad entre los «isleños» que temen por el futuro de una vida de seguridad, estabilidad y bienestar. «En el sur vemos violencia, inseguridad, inestabilidad»: que siga así, es como se pueden entender las palabras del antiguo secretario general de la OTAN. Y

con ellas él podría haber expresado exactamente lo que piensa la sociedad de la externalización: que la violencia, la inseguridad y la inestabilidad se vayan adonde el viento da la vuelta, a los lugares «ex-céntricos» de la periferia global: gracias al aumento de las entregas transatlánticas de armas, a un régimen de control intensificado en las fronteras externas de la Unión Europea y a la constante invención de nuevos «países de procedencia seguros» entre sus «fracasados» Estados vecinos.

Pero como siempre sucede con todo lo reprimido, de algún modo regresa como lo oprimido, en algún momento contraataca como lo expulsado incluso al mayor genio de la represión. El truco psicológico colectivo de la sociedad de la externalización —«ojos que no ven, corazón que no siente»— no funciona eternamente. Y muchas cosas apuntan a que exactamente este es el rasgo característico de la fase de la historia global en la que nos encontramos en estos momentos y en la que desemboca actualmente el sistema mundial moderno: es la época del efecto bumerán en la sociedad mundial.<sup>47</sup> La sociedad de la externalización reclama su precio, y ya no solo a otros, sino a partir de ahora también a nosotros mismos. De alguna manera la sociedad de la externalización toma conciencia de sí misma al verse confrontada con sus propios efectos secundarios. Bajo unas condiciones modificadas de la globalización, especialmente también bajo condiciones radicalizadas por la tecnología de la información y de la movilidad, las «víctimas» de la sociedad de la externalización —amplias mayorías sociales en los países del sur global— se convierten en «autores del delito», en actuantes, en agentes del contramovimiento. Y esto incluso en el sentido más literal del término: al menos algunos de ellos se ponen en movimiento, emigran de las periferias a los centros y ahí exigen que se les devuelva el precio de la sociedad de la externalización.

Aquí se vuelve plástico lo que antes se dedujo teóricamente: ya no hay una «situación exterior» social, ni siquiera aunque constantemente se intente volver a construirla en las islas de la seguridad, la estabilidad y el bienestar. Solo de este modo, solo con esto de fondo se pueden entender las reacciones proteccionistas, represivas y racistas que actualmente provoca la confrontación en Alemania con las consecuencias de la propia praxis externalizante, desde el debilitamiento —promovido por varios partidos— del derecho al asilo hasta los hogares de refugiados que arden ya casi a diario: como intentos reaccionarios en sentido literal —retrógrados— de negar los signos de los

tiempos y de seguir ignorando también en adelante las realidades de la sociedad mundial. Los muchos pequeños beneficiarios —al igual que los pocos grandes— de la externalización sienten que ahora, «si no sucede nada» que pueda conservar la situación social, la buena vida se podría terminar pronto. O en todo caso una vida por encima de las posibilidades de los demás... y a costa de la situación de otros.

---

<sup>1</sup> Cf. Hottinger, 1821, p. 82: una traducción que Hottinger hizo al alemán de la caracterología que en el año 300 antes de Cristo llevó a cabo el filósofo griego Teofrasto de Ereso.

<sup>2</sup> Cf. sobre esto Hirst y Thompson, 1996.

<sup>3</sup> Cf. sobre esto el teorema del «acaparamiento de tierra» que se desarrolla en Dörre, 2009, siguiendo especialmente a Rosa Luxemburgo, Hannah Arendt y Burkart Lutz.

<sup>4</sup> Sobre este concepto cf. a modo de introducción Wallerstein, 2004.

<sup>5</sup> Cf. Smith, 2011.

<sup>6</sup> Cf. sobre esto también Korzeniewicz y Moran, 2009, pp. 79-81.

<sup>7</sup> Sobre este tema, cf. como texto clásico Ricardo, 2015, y como crítica reciente Zielcke, 2016.

<sup>8</sup> Como obra instructiva y fácilmente comprensible sobre este tema, cf. Fulcher, 2007.

<sup>9</sup> Cf. Arrighi, 1994.

<sup>10</sup> La abreviatura se refiere a los «países emergentes» Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica. Sobre el reciente auge de China en el sistema mundial, cf. Schmalz, 2015.

<sup>11</sup> En inglés WTO, World Trade Organization, fundada en 1995 como organización sucesora del General Agreement on Tariffs and Trade (GATT), con sede en Ginebra.

<sup>12</sup> Cf. Marx y Engels, 1959.

<sup>13</sup> Sobre este tema, cf. Nassehi, 2012.

<sup>14</sup> Las palabras de Weber, que entre tanto se han popularizado, de una racionalización capitalista completa y básicamente ilimitada del mundo se encuentran al final de su *Ética protestante* de 1904, cf. Weber, 1988b, p. 203.

<sup>15</sup> Según cálculos comunes de UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia), de ILO (Organización Internacional del Trabajo) y del Banco Mundial, a nivel mundial aproximadamente el 11 por ciento de niños y adolescentes entre cinco y diecisiete años se ven actualmente afectados por el trabajo infantil, cf. [unicef.es](http://unicef.es).

<sup>16</sup> Como visión general, cf. Windolf, 2005.

<sup>17</sup> El escritor británico John Ruskin acuñó el concepto de *illth* en su ensayo de crítica social publicado en 1860 «Unto this Last»; cf. Calhoun, 2014, p. 184.

<sup>18</sup> Sobre una fundamentación desde la microeconomía, cf. por ejemplo Fritsch, 2011 (capítulos 4 a 6).

<sup>19</sup> Ya en 1959 Mills hablaba del «mundo superdesarrollado», cf. Mills, 2004, p. 24.

<sup>20</sup> Sobre el empleo del concepto en teoría de sistemas, cf. Luhmann, 2011, p. 37.

<sup>21</sup> Como obra básica sobre esta perspectiva, cf. Elias, 2009.

<sup>22</sup> Con esto se alude al amplio campo de la investigación de la interseccionalidad. Cf. a modo de introducción Knapp y Wetterer, 2003.

<sup>23</sup> Sobre este concepto, cf. Wimmer y Glick Schiller, 2002; para la investigación de la desigualdad, cf. Beck y Pofert, 2010.

[24](#) Sobre una comprensión que correlaciona el «norte global» con el «sur global», cf. Comaroff y Comaroff, 2012.

[25](#) Sobre este tema, cf. Korzeniewicz, 2011.

[26](#) Como obra básica sobre este tema, cf. Kreckel, 2004 (sobre todo el capítulo 1).

[27](#) Cf. Lenin, 2012; sobre esto también Kreckel, 2004, pp. 36 s.

[28](#) El *locus classicus* de la tesis de Habermas de una «colonización interna» del entorno vital es el volumen 2 (*Crítica de la razón funcionalista*) de su *Teoría de la acción comunicativa* (Habermas, 1981).

[29](#) Sobre lo que sigue, cf. Tilly, 2001.

[30](#) En Biesecker y von Winterfeld, 2014, esta perspectiva se enlaza explícitamente con el concepto de externalización.

[31](#) Sobre el concepto del *male breadwinner model*, cf. por ejemplo Lewis, 2001.

[32](#) Alusión al eslogan «Los sábados papá se queda conmigo», con el que los sindicatos alemanes celebraron en 1956 el Día del Trabajo luchando por el sábado como día libre.

[33](#) Sobre esto, cf. Tilly, 1998 (capítulo 4).

[34](#) Cf. Tilly, 1998 (capítulo 5).

[35](#) Continuando a Weber, cf. Parkin, 1983.

[36](#) Cf. Kreckel, 2004, p. 28.

[37](#) Agradezco esta valiosa indicación, incluyendo el concepto de «*habitus* de externalización», al diálogo con Jens Luedtke. Sobre el concepto de *habitus*, cf. Bourdieu, 2012 (capítulo 3).

[38](#) Como una obra instructiva sobre esto, cf. Deutschmann, 1996.

[39](#) Cf. [focus.de](#) del 14 de marzo de 2013; sobre el *World Giving Index* de la Charities Aid Foundation (CAF), [cafonline.org](#); sobre el análisis del mercado de donaciones, [betterplace-lab.org](#).

[40](#) Cf. Calhoun, 2014, p. 186.

[41](#) Sobre esto, cf. Rawls, 2012 (apartado 24).

[42](#) Para iniciarse en este tema, cf. la correspondiente entrada en [wikipedia.org](#).

[43](#) Cf. [betterplace-lab.org](#).

[44](#) Sobre este concepto, cf. Rotberg, 2003.

[45](#) Cf. sobre esto por ejemplo Vinnai, 2013, Welzer, 2011.

[46](#) Cf. la cita original en [nato.int](#) del 4 de septiembre de 2014: «Surrounded by an arc of crises, our Alliance, our transatlantic community, represents an island of security, stability and prosperity».

[47](#) Sobre este concepto, cf. también Beck, 1986, p. 50.

### 3. Vive y deja morir: la externalización como intercambio desigual

En alguna parte se destrozan cuerpos para que yo pueda vivir en mi mierda.<sup>1</sup>  
Heiner Müller, *Máquina Hamlet* (1977-1979)

#### La inversión del imperativo categórico

Europa se considera la cuna de la Ilustración, la sede del pensamiento ilustrado, y exactamente esta herencia cultural ha sido hasta hoy un componente esencial del modo como Europa se entiende a sí misma. Desde el dominio de la razón hasta la vigencia del derecho, desde la protección de la autonomía personal hasta la formación de una opinión pública crítica: cuando la sociología pregunta por los puntos en común que tienen las sociedades europeas, que en lo particular son muy heterogéneas, entonces recalca habitualmente el catálogo de valores surgidos históricamente, compartidos más allá de las fronteras nacionales y plasmados en instituciones que por lo general tienen una estructura similar. Cuando, como está sucediendo ahora, «Europa» es sacudida por crisis y los agentes en Bruselas y las capitales de los Estados miembros buscan desesperadamente el lazo unificador de su unión política, entonces se acogen igual de gustosamente — al menos en la parte occidental del continente— a la comunidad de valores europeos: a convicciones compartidas de qué es «bueno» y «correcto», a las reglas con arreglo a las cuales se debe configurar la vida social, y cómo armonizar el bien individual con el bien común.

Fue el filósofo ilustrado Immanuel Kant el encargado de expresar los principios fundamentales válidos hasta hoy del canon europeo de valores en unas pocas fórmulas manejables —o que más bien se hicieron posteriormente manejables— también para las necesidades diarias no

filosóficas. La tan citada «salida del hombre de una minoría de edad suya de la que él mismo es culpable»<sup>2</sup> es una de estas fórmulas, que al mismo tiempo atina con el contenido objetivo de la modernidad ilustrada y se presenta como una exigencia individual de actuar, pues bajo las condiciones de las sociedades modernas la incapacidad de servirse del propio intelecto no es para Kant una cuestión de impedimento a causa de barreras legales o dependencias personales, sino un asunto de la voluntad, una cuestión de (falta de) resolución y de coraje (perdido). Un estatus bastante afín le corresponde a la segunda fórmula que Kant acuñó para expresar el modo como la época ilustrada se aclara a sí misma y que en adelante se hizo famosa como «imperativo categórico»: <sup>3</sup> «Actúa solo siguiendo la máxima de la que al mismo tiempo puedas querer que se convierta en ley general». Sería un mandato de la moralidad, y por tanto también una garantía de la convivencia pacífica, comportarse siempre de tal modo que uno pudiera desear sensatamente que ese comportamiento fuera asimismo la manera generalizada de actuar de todos los demás. En el caso de que el propio actuar no superara tal prueba, contravendría los estándares de una moral ilustrada.

Desde entonces se ha dicho y escrito mucho sobre las ambivalencias de la modernidad ilustrada. Sin embargo, la línea crítica clásica, que los filósofos de la sociedad Max Horkheimer y Theodor W. Adorno formularon bajo el título de «dialéctica de la Ilustración»<sup>4</sup> teniendo de fondo histórico la marcha triunfal del nacionalsocialismo, se concentró en las contradicciones inmanentes de la idea de Ilustración y en su perversión en el capitalismo industrial avanzado. Según ambos representantes principales de la teoría crítica temprana de la «Escuela de Frankfurt», hacia mediados del siglo XX en los centros del mundo occidental el interés personal ha desbancado definitivamente la moral racional, la Ilustración ha degenerado en mitología y se ha trocado en un engaño de masas a cargo de la industria cultural. La sociedad moderna, burguesa y capitalista produce por sí misma lo directamente opuesto al impulso ilustrado: dominación y opresión, violencia y destrucción. Sin embargo, bajo la sombra de este narcisismo negativo, durante mucho tiempo no se hizo una interpretación más amplia y que abarcara la sociedad mundial de la historia de la Ilustración occidental, de sus presupuestos y sus consecuencias. Y hasta el día de hoy esta interpretación<sup>5</sup> no ha arraigado firmemente ni en la noción que la sociedad tiene de sí misma ni en las teorías científicas de la reflexión de la modernidad europea.

Pero si, como se hace en este libro, la historia y el presente de la sociedad europea del bienestar se consideran una cuestión de externalización, entonces es una segunda dialéctica no menos fundamental de la Ilustración la que ocupa el foco de atención: una estructura contradictoria que eclipsa la «cuenta interna de gastos» del progreso social que se hace normalmente, pues, con su modo de funcionar, la sociedad de la externalización es diametralmente opuesta al ideal ilustrado y opera en cierta manera según el imperativo categórico invertido: en ella justamente *no* se actúa conforme a máximas que también pudieran servir de «ley general» ni de las que se quisiera sensatamente que guiaran universalmente las acciones. Al contrario: la externalización significa una vulneración fundamental de la idea de una legalidad universalizable. En las sociedades de la externalización el actuar social es conducido estructuralmente por una dirección que, precisamente, *no* es capaz de universalizarse. La vida en las sociedades del norte global se basa precisamente en que no todos pueden vivir de esta manera... y en que los efectos negativos de esta vida se cargan a las sociedades del sur global. La externalización justamente *no* es un modo de vida social del que sus protagonistas pudieran querer que se elevara a ley general, pues la vida externalizante depende exclusivamente de su exclusividad.

Pero de este modo la realidad social de la sociedad de la externalización está en flagrante contradicción con aquellas nociones normativas en las que se basan desde hace décadas tanto las teorías sociológicas de la modernización<sup>6</sup> como las estrategias de las políticas de desarrollo para modernizar: nociones normativas que también siguen marcando nuestro discurso cotidiano. Que los países «subdesarrollados» podrían «recuperar terreno» con nuestra ayuda y entrar en la senda del desarrollo que traza el capitalismo democrático del bienestar, que una equiparación —por muy ardua y fatigosa que pueda ser— de las condiciones de vida globales es no solo deseable, sino también factible con el establecimiento en los *low-income countries* o «países de bajos ingresos»<sup>7</sup> de acuerdos institucionales que fomenten el crecimiento, que el equilibrio ecológico del planeta aún se puede conservar o restablecer pese a todo con el desarrollo de tecnologías inteligentes y eficientes en el consumo de energía y con su propagación mundial, todo esto son habituales dogmas de fe de las políticas de modernización que a todos nos gusta escuchar y hacer propios. Solo que ninguno de ellos es verosímil, pues la sociedad de la externalización no tolera

semejantes a su lado, o dicho más exactamente, no puede tolerarlos. Necesita la construcción de un «afuera» que al mismo tiempo sea «distinto» a ella. Procesos estables de recuperación, tendencias sustanciales de equiparación y coyunturas simétricas de equilibrio no tienen cabida en su mundo demediado: si realmente se produjeran y si efectivamente se activaran, equivaldrían al final de la sociedad de la externalización, pues con eso ella perdería la base de su negocio. Por tanto, las respectivas fantasías de modernización son, a elegir —según de quién vengan en nuestros países—, *wishful thinking*, *cheap talk* o *piss-take*: vanas ilusiones, discurso barato o intencionada tomadura de pelo.<sup>8</sup>

No nos engañemos: en la sociedad de la externalización rige de una forma perversa aquella «regla de oro» como la cual se popularizó el imperativo categórico de Kant. Haz a los demás lo que no quieras que te hagan a ti: este es su principio férreo. Pero con ello prohíbe a otros exactamente lo que sus miembros reclaman básicamente para sí mismos como ciudadanos con mayoría de edad: vivir como sujetos no tutelados, sino libres y que deciden por sí mismos. Pero constatar esto no significa blandir la maza moral y pretender enseñar Kant a la gente. Una investigación sociológica de la sociedad de la externalización no opta por moralizar, sino por hacer crítica del sistema. Examina críticamente un sistema social que posibilita estructuralmente la actividad externalizante, es más, que la concita oficialmente y que, a la inversa, dificulta sistemáticamente e incluso por lo general impide con éxito actuar en la praxis cotidiana conforme a una ley capaz de universalizarse.

Exactamente este plexo es el que deberán ilustrar los apartados siguientes mostrando los flujos de materiales en la sociedad de la externalización, antes de que en el próximo capítulo se aborde su régimen de movilidad. Así pues, lo que interesa primero son los ciclos materiales de producción y consumo, residuos y contaminación. El centro lo ocupan las cadenas industriales de valor añadido y los potenciales de destrucción social y ecológica de productos que todos nosotros usamos a diario sin parar mientes en las condiciones y consecuencias de su modo de producción. Los posibles ejemplos de esto son legión, y en cierto modo todos ellos —por muy cínico que pueda sonar esto— son del mismo cariz y sirven igual de bien para ilustrar las estructuras y las prácticas de la externalización. En cada uno de estos ejemplos, que por tanto serán «arbitrarios», se refleja el precio de



nuestro estilo de vida: un precio que no pagamos nosotros mismos, sino que tiene que abonarse en otro sitio.

## La maldición de la soja o qué nos importan los granos

Pero quedémonos por un momento en Alemania y en Europa. Al igual que sus vecinos europeos, como muy tarde desde la Segunda Guerra Mundial, Alemania ha dejado de ser una sociedad agraria... y en cierto modo se siente orgullosa de ello. «Sociedad agraria»: eso suena a tradición y premodernidad, a provincialismo y mentalidad retrógrada, a boñiga y paletismo. Para nosotros, tiempos muy pasados. El porcentaje de trabajadores del sector agrario<sup>2</sup> ha ido descendiendo continuamente en las últimas décadas: en Alemania, desde aproximadamente una cuarta parte de todos los trabajadores aún a comienzos de los años cincuenta hasta apenas un 1,6 por ciento en 2012. Para la política de empleo el sector agrario tiene hoy una relevancia meramente marginal, mientras que al mismo tiempo el suministro alimenticio de una población con tendencia a crecer se ha vuelto incomparablemente mejor. ¿Cómo es posible eso? ¿Solo gracias a fulgurantes incrementos de productividad, como se reflejan por ejemplo en la triplicación del rendimiento por hectárea del cultivo de trigo, desde 27,3 quintales métricos en los primeros años cincuenta hasta 73,3 quintales métricos en 2012? ¿Solo gracias al progreso técnico, que la Asociación de Agricultores de Alemania resume en «agricultura de precisión, alimentación controlada por ordenador, cadenas de alimentación integradas y robots ordeñadores», como «palabras clave de la moderna agricultura actual» (aunque curiosamente olvida otras palabras clave características como ganadería intensiva o uso de pesticidas)?

Más bien no. En cierto sentido, Alemania, y junto con ella cualquier otro país europeo, sigue siendo una sociedad agraria, solo que deslocalizada y externalizante. Desde los años cincuenta la superficie agraria útil en Alemania se ha reducido casi en una sexta parte o en unos tres millones de hectáreas, con tendencia a seguir disminuyendo también tras la reunificación (desde 17,3 millones de hectáreas en 1995 hasta 16,7 millones en 2015). Sin embargo, a cambio de ello, Alemania —como todas las supuestas «sociedades de servicios» del mundo de la OCDE— se reserva en contrapartida enormes

superficies de cultivo en otras regiones del mundo. Por tanto, con la importación de productos agrarios de todo tipo, Alemania «exporta» en cierto modo su demanda de superficies agrarias a «auténticas» sociedades agrarias, donde estas superficies se emplean para el cultivo de productos destinados a la exportación (y que por tanto ya no quedan disponibles para el consumo propio). Al mismo tiempo, con la deslocalización de superficies útiles también se trasladan al extranjero todas las consecuencias económicas, ecológicas y sociales de una economía agraria más o menos «moderna»: los efectos del monocultivo y los agronegocios, la ingeniería genética y la química agraria. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el cultivo de soja en Latinoamérica.

Según el *Living Planet Report 2014*<sup>10</sup> del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), en los años 2000 Alemania ha estado usando continuamente más de cinco millones de hectáreas de tierra fuera del territorio de la Unión Europea, y toda la Unión Europea en su conjunto más de veinticinco millones. En la época de mayor explotación incluso más de treinta y cinco millones de hectáreas. Buena parte de ello la ocupa el comercio virtual de superficies con las importaciones de soja desde Sudamérica: los aproximadamente 5,3 millones de toneladas de soja y sucedáneos de soja importadas de promedio entre los años 2008 y 2010 corresponderían en Alemania a una demanda de superficie deslocalizada de 2,2 millones de hectáreas: un territorio equivalente más o menos al tamaño de Hesse. El 1,1 millón restante de importaciones de soja desde el resto del mundo representaría estimativamente otro 0,4 millón de hectáreas, de modo que alternativamente se tendrían que haber desalojado también el Sarre y las tres ciudades-Estado de Berlín, Hamburgo y Bremen para emplearlas como superficies nacionales de cultivo de soja, lo cual, como todos sabemos, no ha sucedido.

La historia del cultivo de soja<sup>11</sup> también se podría contar fijándonos en Brasil o Paraguay, los otros dos grandes centros productores del continente sudamericano. Y se podría contar como una historia de externalización vinculada a nuestros propios hábitos de consumo, nuestro estilo de vida y nuestro supuesto abandono de la sociedad agraria. Pero en términos de estructura económica el cultivo masivo de eso que los críticos llaman también «grano asesino» no ha cambiado tanto a ningún otro país como a Argentina, ni en ninguna otra parte como ahí es tan patente el síndrome que

la soja representa para el conjunto de la sociedad. Entre tanto, más de veinte millones de hectáreas de tierra de labranza en Argentina —casi dos tercios de la superficie fértil del país, un territorio del tamaño de Gran Bretaña o Rumanía— están cubiertas de plantas de soja. Después de los Estados Unidos y Brasil, Argentina es el mayor productor y exportador mundial de estas legumbres, y en los productos elaborados —harina de soja, aceite de soja o diésel de soja— este país es incluso líder mundial. Impulsado por el consumo globalmente creciente de carne y por la cuadruplicación de los precios de mercado mundial durante los últimos quince años, esta legumbre ha ido desplazando progresivamente incluso el comercio de la carne y ha hecho que la pampa argentina se convierta en una gigantesca fábrica de soja. Últimamente apenas un tres por ciento de los beneficios procedentes de las exportaciones de este país procedía de la producción de carne, que antiguamente determinaba la balanza comercial, mientras que la cuarta parte procede ahora del comercio de soja. Con veintitrés mil doscientos millones de dólares estadounidenses (dato de 2013) es la fuente de divisas más importante para Argentina. El diez por ciento de todos los ingresos fiscales se saca de aquí.

Unas tres cuartas partes de los más de doscientos millones de toneladas anuales de granos de soja cosechados a nivel mundial se destinan al pienso de engorde albuminoso en la ganadería intensiva en Europa, los Estados Unidos y China. Pero también casi todos los alimentos habituales contienen ingredientes de soja, además de muchos productos técnicos como pinturas y lacas. En Argentina, en la mayoría de las superficies taladas para la producción de legumbres (solo en la última década la superficie total de labranza se amplió en no menos de nueve millones de hectáreas) se cultiva exclusivamente soja, con dos cosechas anuales. Semejante cultivo intensivo significa un uso masivo de productos químicos o la combinación de pesticidas e ingeniería genética. Argentina fue el primer país sudamericano que, bajo la presidencia en aquel momento de Carlos Menem, permitió en 1996 el cultivo de plantas de soja modificadas genéticamente, lo cual marcó el comienzo del *boom* definitivo: la legumbre manipulada genéticamente desbancó rápidamente el cultivo convencional de soja, que desde 2010 se ha paralizado por completo.

Desde entonces también los agricultores de soja dependen totalmente de la industria agroquímica. Si en 1990 todavía se rociaban treinta y cuatro

millones de litros de herbicidas, pesticidas y fungicidas en los campos argentinos, en 2015 eran ya trescientos diecisiete millones. La sustancia favorita es el herbicida de banda ancha glifosato<sup>12</sup> (que desde 1974 comercializa Monsanto, uno de los mayores productores de semillas a nivel mundial con sede en San Luis, Misuri), como principio activo del barato producto Roundup y que sirve preferentemente para limpiar los campos de hierbajos antes de la siembra. Sin embargo, en 1995 el consorcio estadounidense creó aquel grano de soja que es resistente al herbicida que ellos mismos fabricaban, y desde entonces eso possibilitó a los agricultores de soja emplear glifosato durante todo el ciclo de crecimiento de la planta. A su vez, eso equivale para Monsanto al perfecto modelo comercial de que un mismo proveedor suministra a la vez semillas (Roundup Ready) y herbicidas.

En el otro extremo de la cadena de producción los agricultores dependen de los caprichos de los mercados mundiales: el precio de mercado mundial de los granos y los productos de soja está sujeto a fuertes oscilaciones y últimamente, tras el *boom* de la primera década de los años 2000, ha bajado notablemente. Pero el descenso de los réditos agrarios acarrea nuevos procesos de concentración, las pequeñas y medianas empresas tienden a ser desbancadas del mercado, y eso en un sector en el que, de todos modos, ya predomina un reparto de la propiedad sumamente asimétrico: más de la mitad de los campos argentinos son controlados solo por un tres por ciento de los productores, dos tercios de todas las superficies son arrendados por sus propietarios para la explotación. La producción de soja significa en Argentina cultivo a lo grande, tanto por cuanto respecta a la extensión total del sector como en lo referente a los tamaños predominantes de las empresas. La agricultura convencional y las estructuras campesinas tradicionales ya no tienen cabida en la pampa, el campo es trabajado por consorcios, monopolios agrarios y fondos de inversión. Los traspasos de propiedad no siempre son del todo legales, y si hace falta hay jueces complacientes, funcionarios del catastro sobornados y «servicios de seguridad» armados que ayudan a que se realice el negocio de compra. Y los antiguos pequeños campesinos emigran a las ciudades: en Argentina, que por tamaño es el octavo país más grande de la Tierra, treinta y ocho de sus cuarenta millones de habitantes viven entre tanto en zonas urbanas. Solo en la región metropolitana de Buenos Aires la población aumentó en la primera década de los años 2000 en más de un millón de habitantes, y lo que allí crece sobre todo son los barrios pobres de

chabolas en las periferias que rodean el centro de la zona de aglomeración de trece millones de habitantes, donde se respira el ambiente metropolitano occidental.

Pero lo que para unos es la bendición de la soja —los dueños del capital en el sector y los consumidores en los países compradores— definitivamente pasa a ser para otros la maldición de la soja, a causa de las consecuencias para la salud del uso del pesticida. Se sospecha que el glifosato es cancerígeno. Mientras que para nosotros esto solo ha cobrado importancia desde que se pudo demostrar que también en nuestros países hay presencia de residuos del principio activo en la leche materna y —*horribile dictu*— en la cerveza, en Argentina la gente está expuesta desde hace décadas a la «porra química», que ahora la contragolpea a ella. Otras inyecciones letales que se emplean en el cultivo de soja contienen ácido 2,4-diclorofenoxiacético (abreviadamente 2,4-D), que conocemos por la guerra de Vietnam como componente del defoliante Agent Orange. En Ituzaingó,<sup>13</sup> un área de cultivo de soja lindante con Córdoba, una ciudad de más de un millón de habitantes, las Madres de Ituzaingó se organizaron en 2001 en vista del aumento de abortos involuntarios, malformaciones y casos de cáncer, para documentar sistemáticamente las enfermedades en las familias del vecindario. En 2011 ganaron un proceso por las consecuencias dañinas del uso de productos químicos... pero desde luego no contra los de «más arriba», sino contra un agricultor local de soja y el piloto de un avión rociador.

¿Qué nos dice todo esto? Como mínimo, que para el suministro de carne en las sociedades ricas y para la producción de carburantes biológicos se ha implantado en Ituzaingó, en amplias partes de Argentina y en todo el «cinturón de soja» de Sudamérica una forma de producción agrícola de monocultivo que depende en sumo grado del empleo de pesticidas en grandes extensiones. Allí provoca daños ecológicos duraderos, destruye formas de vida campesinas, amenaza la salud pública, conduce a una emigración masiva del campo y crea una dependencia económica estructural, así como establece las estructuras de un agrocapitalismo criminal y, en caso necesario, violento, que se encarga fiablemente de satisfacer nuestra hambre de recursos, pero que al mismo tiempo nos sirve de prueba de que en el sur global hay una «corrupción» que se propaga y un eventual «déficit de modernización». Al mismo tiempo, el soborno y la amenaza, el chantaje y la coacción —y sí, aunque no nos guste escucharlo, el asesinato y el homicidio

— son los inevitables efectos secundarios de un «modelo de desarrollo» socioeconómico al servicio de los intereses de producción y las necesidades de consumo en el norte global.

Por otra parte, la siembra de plantas de soja modificadas genéticamente está prohibida en muchos países de la Unión Europea, pero no la importación de legumbres manipuladas genéticamente. Lo que no queremos producir aquí, pero sí consumir, hacemos que lo fabriquen en otras partes: «La soja manipulada genéticamente sacia aquí y devasta allá».<sup>14</sup> A raíz del «escándalo» del glifosato que hubo aquí, y que justamente solo saltó cuando se demostró la presencia de la sustancia tóxica en la población de la propia sociedad de la externalización, con razón hicieron ver a los consumidores europeos que, «por muy amargo que sea», el bienestar occidental «se debe en gran medida a estos productos químicos». Una verdad amarga, en efecto, pero sobre todo para las personas que viven fuera de nuestro mundo occidental del bienestar.

## Más allá de la soja: extractos del diario de la sociedad de la externalización

Como hemos dicho, el caso de Argentina, la «república de la soja», es elocuente, pero en último término lo hemos escogido arbitrariamente. Miremos donde miremos, en las periferias del sistema mundial capitalista constantemente se ofrece una imagen con una estructura similar. Del posicionamiento específico de las muchas Argentinas de este mundo como proveedores de materias primas de los países altamente industrializados, pobres en materias primas o muy poblados en los centros del capitalismo global surge un síndrome de dependencia económica, devastaciones ecológicas y desequilibrios sociales que se agudiza y se consolida progresivamente con cada nueva ronda de crisis y coyunturas económicas mundiales. En cada una de estas rondas las revistas económicas y los consejeros políticos proclaman respectivamente nuevos «ganadores» entre los países del sur global: unas veces son los «Estados tigres asiáticos», otras veces son los «cinco leones»,<sup>15</sup> esos «países florecientes» africanos que están «a punto de despegar» económicamente. Pero tras la siguiente caída de precios de materias primas o la siguiente crisis financiera los presuntos medradores de pronto vuelven a andar escasos de dinero y desaparecen de nuevo por

donde habían venido: caen en el olvido a causa de las llamadas «condiciones poco atractivas de inversión» y de eventuales «malas gestiones políticas». En estos momentos Brasil, que entre tanto encomian desde todas partes, está pasando por lo que ya antes vivieron antiguos «graneros», «minas de oro» y «pulmones verdes» —metáforas que tanto le gusta usar a la sociedad de la externalización— de este mundo: hace apenas un momento «país en auge» y ya de pronto se ha quedado sin blanca. Y el rumbo se mantiene inalterado.

¿Quizá en dirección a Indonesia?<sup>16</sup> Pero por ahí ya pasó. Solo que ahí la soja se llama palma oleífera. De su pulpa se obtiene el barato aceite de palma: para la misma cosecha aquí se necesita solo una sexta parte de la superficie de cultivo de soja, por lo que el aceite de palma es, incluso por encima del de soja, el aceite vegetal más producido en el mundo. Empleado en nuestras latitudes sobre todo para la producción de alimentos (margarina y manteca), pero también de cosméticos y de carburantes, se cultiva en las regiones tropicales de la Tierra. Indonesia es, junto con Malasia, el mayor productor mundial de aceite de palma: cuatro quintas partes de la demanda mundial son cubiertas por ambos países, que en las últimas dos décadas han decuplicado para ello sus superficies de cultivo. La tala y quema necesarias para eso —entre 1990 y 2010 se deforestaron en Indonesia veintiséis millones de hectáreas de bosque— producen ingentes cantidades de dióxido de carbono, tanto por su desprendimiento de los suelos quemados como por los propios incendios forestales: a la gigantesca pérdida de bosque se suman más de trece gigatonnes de emisiones de CO<sub>2</sub>. Básicamente conocemos lo que esto significa para las regiones afectadas: una destrucción irreversible de espacio vital y diversidad de especies, desarraigo social de la población indígena, propagación de daños para la salud (sobre todo enfermedades crónicas de las vías respiratorias). Y como siempre, naturalmente, trabajo infantil, emigraciones forzosas, vulneraciones de los derechos humanos. En fin, la típica economía política local de explotación abusiva, en nombre de la demanda en nuestros países de recursos y a expensas del ser humano y del medio ambiente en otras partes.

Y así podríamos seguir... —¿hay que decir que alegremente?—. Pongamos por caso la producción de algodón,<sup>17</sup> por ejemplo en la India: en 2014 fueron 6,75 millones de toneladas, aproximadamente una cuarta parte de la producción mundial, que en las últimas tres décadas se ha incrementado en total en un 20 por ciento. También en este caso dicha producción consta hoy

casi exclusivamente de algodón modificado genéticamente, y también aquí intervienen Monsanto, Roundup y el glifosato: más de una décima parte de los productos agroquímicos aplicados a nivel mundial se emplean en el cultivo de algodón. Para este cultivo y para el tratamiento posterior en la cadena de valor añadido en el sector textil se consumen ingentes cantidades de agua —aguas subterráneas, aguas de superficie y agua de lluvia—: en la India, 21,6 millones de litros por cada tonelada de algodón. Recordemos que a nivel mundial la víctima más famosa de esta demanda de agua es el mar de Aral, que prácticamente se ha desecado por completo en el curso de medio siglo. Sin embargo, en la India es más bien la contaminación del agua la que causa problemas a los afectados, junto con las condiciones laborales en la industria local de la confección, que reiteradamente vuelve a ser noticia también en nuestros medios locales cuando arde una gigantesca fábrica textil y muchos cientos de personas son víctimas de las llamas. Pero antes aún han tenido tiempo de abastecer el mercado mundial de productos textiles baratos,<sup>18</sup> y antes que a nadie a los países europeos: en 2012 la Unión Europea registró más de tres millones de toneladas de importaciones textiles procedentes de Asia, mientras que otras regiones proveedoras —más allá de los Estados de Europa del Este no miembros de la Unión— van perdiendo importancia (por ejemplo, de Norteamérica llegaron treinta y cuatro mil toneladas). Uno también puede quedarse de piedra en vista de los salarios que se pagan en la industria textil india, y no precisamente de envidia: el salario medio habitual en este sector estaba en 2011 en un 23 por ciento de lo que en India se considera el mínimo de subsistencia. Aunque eso son solo tres puntos porcentuales más que hace diez años, eso se puede considerar ya casi un alarde de generosidad en comparación con Bangladesh, donde el valor respectivo se mantiene estable en un 14 por ciento del salario medio de ahí (y donde el riesgo de accidente o de muerte de los empleados es a su vez claramente más elevado).

¿Hacen falta más ejemplos? Echemos un breve vistazo a la materia prima más usada en la Tierra: la arena.<sup>19</sup> ¿Una materia tan abundante como las arenas del mar, como dice el proverbio? En cualquier caso es omnipresente... en todo lo que necesitamos a diario. O al menos en lo que empleamos. La arena no se emplea solo para construir. Claro, se emplea para la fabricación de lunas de ventana y, por supuesto, para la fabricación de hormigón y cemento. Pero en forma de arenas minerales también está, entre otros



muchos productos, en la pasta de dientes y en cremas de piel, en las tarjetas de crédito y en los teléfonos móviles. A raíz del auge de la construcción en todas las sociedades altamente industrializadas, desde luego la arena «normal» se ha convertido también en un bien escaso, y la obtención de arena cada vez se hace con menos escrúpulos: se erosionan las costas marinas y las orillas fluviales, bajan los niveles de las aguas subterráneas, disminuye la biodiversidad, los biotopos se vuelven inhabitables. La ciudad-Estado de Singapur, el octavo país más rico del mundo midiéndolo en renta per cápita (unos cincuenta y cinco mil dólares estadounidenses en 2013) y al mismo tiempo uno de los centros financieros más importantes del mundo, es desde 1989, con mucho más de quinientos millones de toneladas, el mayor importador mundial de arena. El proveedor más importante de Singapur es el país vecino de Indonesia (3 510 dólares estadounidenses de renta per cápita en 2013, puesto 116.º). La creciente ciudad-Estado practica en sus costas una intensa ganancia de tierra al mar, se desata la fiebre de la construcción, el comercio ilegal de arena florece, la «mafia de la arena» obtiene ganancias, las condiciones laborales en la extracción de arena son malas, el empleo de productos químicos es alto: en fin, *business as usual*. Con la marcha triunfal de la tecnología de *fracking* o fracturación hidráulica para la explotación de reservas no convencionales de gas natural, por ejemplo en los Estados Unidos, una tecnología que no solo emplea mucha agua y productos químicos, sino también mucha arena,<sup>20</sup> la demanda mundial de arena se ha vuelto a incrementar sensiblemente en los últimos tiempos, y en concreto la demanda de arenas de alta calidad, que no se encuentran en cualquier parte. En 2013 se consumieron en los Estados Unidos treinta millones de toneladas de arena para fracturación hidráulica, y la demanda para 2015 se calculó en cincuenta millones de toneladas. El líder mundial y «beneficiario del *fracking*» (según *Börse Online*) U.S. Silica pudo registrar en 2014 un aumento de facturación del 58 por ciento, y «la industria arenera, que por lo demás resulta fastidiosa», volvió a estar en el punto de mira de los inversores. Pero entre tanto el *fracking* también se ha vuelto objeto de discusión en los Estados Unidos, según informa el servicio de información del sector *Börse Online*: «No forzosamente porque se temen daños humanos y medioambientales, sino porque los pronósticos que se hicieron en los años iniciales fueron demasiado optimistas. No se alcanzarán los objetivos de producción tan rápidamente como se esperaba. Pese a todo hay crecimiento, y esa es una

buena señal para la industria arenera». Aunque no forzosamente para los países productores de arena.

Eso se puede decir también de la producción de gambas:<sup>21</sup> también su crecimiento es mayor motivo de alegría para la industria productora de gambas que para la gente que vive en las naciones de crianza. A los alemanes les encantan las gambas: desde hace algún tiempo ellas están literalmente en boca de todo el mundo. El consumo en Alemania casi se triplicó la pasada década alcanzando 1,2 kilos anuales por persona, y los precios de importación durante este período han bajado casi a la mitad: a eso se le llama economía de mercado realmente existente. Los precios de importación son importantes porque el 84 por ciento de las gambas que se consumen en Alemania no proceden de aguas alemanas: últimamente fueron cincuenta y seis mil toneladas al año (en los Estados Unidos se consume aproximadamente diez veces más). Durante mucho tiempo en Alemania solo se conocían los langostinos del mar del Norte. Las gambas se crían hoy masivamente, al igual que los cerdos o los pollos. *Aquafarming* es como se llama el sector. También se habla gustosamente de «acuicultura»: suena más a deleite culinario y no tanto a industria agraria o incluso a sufrimiento animal. Sea como fuere, ningún otro sector alimenticio crece tan fulminantemente como la crianza de gambas en estanques artificiales. Para ello se talan a lo grande bosques de manglares: desde 1980 su extensión ha disminuido a nivel mundial en una quinta parte. Intuimos que todo esto sucede en alguna parte, en lejanas regiones del mundo, antes de que los pequeños animalitos acaben en nuestra pizza congelada para la cena y en la ensalada como comida de *fitness* del mediodía. A menudo por ejemplo en Tailandia, la mayor nación exportadora de gambas del mundo. También aquí, como sucede siempre con la cría industrial de animales útiles, se aplican masivamente productos químicos y medicamentos. Los monocultivos son extremadamente propensos a las enfermedades y por eso el uso de antibióticos es en cierto modo obligado. Los criadores tailandeses crían ellos mismos las gambas desde el comienzo hasta el final, pero también venden crías de gambas a criaderos en China. En los criaderos buena parte de los empleados son «trabajadores extranjeros» procedentes de países vecinos aún más pobres, como Camboya, Laos o Myanmar. En sentido estricto, la industria tailandesa de crías de gambas es un ejemplo vivo de la existencia de trabajos forzados y esclavitud salarial en la modernidad globalizada.<sup>22</sup>

¿Qué dice usted? ¿Mejor no sigamos? ¿Esto es insoportable? ¿Porque por ejemplo recientemente salió en la prensa un artículo sobre la cría de gambas titulado «Manos infantiles en aguas heladas», donde se explicaba que estas manos infantiles tienen que pelar gambas en agua helada durante dieciséis horas al día, y «a quien se niega lo castigan»? De acuerdo, tiene usted razón, eso es realmente insoportable. Terminemos pues el rápido recorrido por el ciclo de materiales en la sociedad de la externalización. Aunque desde luego faltaría por aclarar al menos la pregunta acerca de dónde acaban todos los residuos materiales del uso de bienes de consumo en el norte globalizado.<sup>23</sup> Muy frecuentemente no en el norte global. Por ejemplo, solo en el año 2011 los Estados Unidos exportaron trescientas mil toneladas de basura electrónica a Asia, y mucho más de cien mil toneladas fueron transportadas a través de la frontera con México, que en dirección a los Estados Unidos está vallada, rigurosamente vigilada y que apenas se puede traspasar. Sobre todo también las regiones metropolitanas de África son destinos predilectos de todos los países para la exportación transatlántica de basura. Adentro con las tierras raras, afuera con los residuos de la sobreabundancia: este es uno de los lemas de importación y exportación de la sociedad de la externalización.

Pero como hemos dicho, esto no es para los sensibles espíritus burgueses de la sociedad del bienestar. Así que pasemos de nuevo del registro de la narración plástica llamativa al de la sobria explicación objetiva y, por tanto, a las propuestas interpretativas con mucho contenido analítico que la sociología internacional tiene que aportar —a menudo, lamentablemente, excluyendo a una amplia opinión pública— para dilucidar la cuestión de la apropiación de la naturaleza que a nivel mundial es asimétrica: ¿a qué se debe que algunas regiones del mundo tengan que destruir sistemáticamente su entorno natural y, por tanto, las bases vitales de los hombres que viven allí, para que en otras regiones del mundo se pueda consumir sin impedimentos e ilimitadamente? ¿En qué se basa la capacidad del capitalismo moderno para crear una y otra vez de nuevo —en palabras del sociólogo estadounidense e historiador del medio ambiente Jason Moore— una «naturaleza barata»?<sup>24</sup> ¿Y por qué sucede que estas *cheap natures* están situadas típicamente en el sur global, pero son apropiadas y explotadas por el norte global?

Los sucios serán los limpios: la paradoja económica global

Otros dos sociólogos estadounidenses, Andrew Jorgenson y James Rice, han investigado minuciosamente las dinámicas del «desigual intercambio ecológico» (*uneven ecological exchange*)<sup>25</sup> entre sociedades ricas y pobres. El punto de partida de sus estudios empíricos fue el fenómeno, que en un primer momento resulta paradójico, de que a escala global el consumo de recursos y los daños medioambientales se disocian espacial, temporal y socialmente: mientras que los países «desarrollados» del norte global dejan típicamente una gran huella ecológica,<sup>26</sup> es decir que a causa de su consumo tienen una gran demanda de superficies aprovechables biológicamente — tierra de labranza y pastos, zonas forestales y bancos de pesca—, sorprende que los daños medioambientales que se producen dentro de sus fronteras sean relativamente escasos. En los países «subdesarrollados» del sur global sucede exactamente lo contrario: un nivel de consumo la mayoría de las veces claramente menor, y asociado con ello un uso del suelo también más escaso, por lo general corre parejo con daños masivos del entorno natural.

Lo que a un primer vistazo parece paradójico se resuelve enseguida mirándolo más detenidamente, aunque solo resulta de agrado desde la perspectiva del norte global. Resumiéndolo, eso que Jorgenson y Rice llaman la «paradoja de la huella ecológica y la destrucción medioambiental» (*ecological footprint/environmental degradation paradox*) se explica porque las sociedades industrializadas ricas están en condiciones de deslocalizar sistemáticamente los prerrequisitos y las consecuencias de su desbordante consumo trasladándolas a otras regiones del mundo, en concreto a las sociedades de los países más pobres y exportadores de materias primas. De este modo obtienen consecuentemente su limpio balance medioambiental y social... y encomiendan el trabajo sucio a otros. Excepto los beneficios económicos que se pueden obtener de ello, por supuesto.

Jorgenson y Rice hablan explícitamente de una dinámica internacional de externalización medioambiental (*environmental externalization*) que está arraigada en las estructuras del sistema de la economía y del comercio mundial que se han ido desarrollando históricamente. En consecuencia, las corrientes del comercio mundial son también siempre corrientes de desplazamiento y traslado, de exportación e importación de daños medioambientales. Es cierto que los países con más ingresos del mundo dejan la mayor huella ecológica: ateniéndonos a las cifras, desde fines de los años sesenta esa pisada se sitúa constantemente por encima de las cinco

«hectáreas globales» (HAG) por persona, y por tanto permanentemente muy por encima de la biocapacidad disponible de la Tierra: últimamente triplicándola.<sup>27</sup> En las últimas cinco décadas esta biocapacidad se ha reducido de más de 3 HAG a las actuales 1,7 HAG por persona. Mientras que en este tiempo la pisada de los países más pobres prácticamente no ha cambiado y sigue situada apenas por encima de 1 HAG, en los llamados países de ingresos medios (*middle-income countries*) del mundo<sup>28</sup> —países como Brasil y Sudáfrica, México y Malasia— ha crecido constantemente desde el cambio de milenio hasta situarse ahora levemente por encima del límite de la biocapacidad. Mirándolo en conjunto, se puede decir por tanto que las naciones industrializadas ricas viven desde hace generaciones muy por encima de las posibilidades del planeta, y todavía mucho más por encima de las posibilidades de miles de millones de personas en el sur, que con su estilo de vida, con pobreza de recursos, respetan de hecho la biocapacidad de la Tierra. En 2010 el consumo de recursos en los países árabes productores de petróleo fue con diferencia el mayor, siguiéndolos directamente todo el mundo de la OCDE, con Alemania en el puesto 25.º de la lista mundial (con unas 4,5 HAG por persona). Los apenas setenta países a partir del puesto 85.º de esa lista se sitúan en su consumo de la naturaleza por debajo de los límites de carga del planeta, lo que también se puede decir por ejemplo de una nación gigantesca como India (puesto 135.º, cerca de 1 HAG por persona).

Y sin embargo lo que sucede es que los ciudadanos de las sociedades más consumistas, en lo alto de la escala global de demanda de recursos, pueden disfrutar de un medio ambiente muchísimo menos contaminado que los ciudadanos de los países más pobres, que en su consumo se quedan por fuerza incomparablemente más rezagados. Ríos más limpios para quienes viven a lo grande, pestilentes cloacas allí donde la gente no tiene dinero: el desigual intercambio ecológico a escala global lo hace posible. En consecuencia, la nota relativamente alta de las sociedades industriales avanzadas en lo relativo a daños medioambientales locales no es de ningún modo (como a ellas les gusta reivindicar para sí mismas) el mero resultado de la capacidad especialmente alta de resolver los problemas de política medioambiental. Y en tal medida, tampoco la inexistencia, que a nosotros nos parece obvia, de problemas derivados asociados con una alta contaminación medioambiental, como una mortalidad infantil elevada o infraestructuras públicas colapsadas, se debe únicamente a que vayamos por

delante en la protección del medio ambiente, como tanto nos gusta decir. No: el cielo azul sobre los centros de consumo de este mundo se debe en mayor medida a la externalización de los costes ecológicos a las periferias de esos centros. Los países ricos se aprovechan de las fuentes de recursos de los pobres: importan las materias primas que se cultivan y se extraen ahí, pero no los daños para la naturaleza y el entorno vital que surgen con su producción. Se aprovechan de los países pobres beneficiándose sistemáticamente no solo en lo económico, sino también en lo ecológico y en lo social de aquellas estructuras de intercambio desigual asociadas con el sistema internacional de producción y comercio.

Es más, mientras que las sociedades más pobres tienen que vivir con daños medioambientales y con desequilibrios sociales irreversibles, que se deben — como se prefiera— al cultivo de soja, aceite de palma o tabaco,<sup>29</sup> o a la producción de algodón, arena o gambas, al mismo tiempo se les niegan sistemáticamente posibilidades de consumo. Es decir, en último término las sociedades ricas aún se benefician además de una menor huella ecológica, pues el sistema de intercambio desigual que ellas dominan deja reservada la huella ecológica mayor para las naciones pobres. En este sistema, las empresas «productoras» están ubicadas por lo común en las sociedades ricas del norte global, pero ellas deslocalizan las partes de su producción más dañinas para el medio ambiente, que son las correspondientes a la extracción de materias primas, desplazándolas a los países más pobres, que dependen de la exportación de materias primas. Los bienes que ahí se producen se entregan con gran inversión de capital a los países «desarrollados» y se consumen en estos. De igual modo, los beneficios se trasladan ahí donde tienen su sede la mayoría de los consorcios mineros o agrarios internacionales, lo cual aún agrava y eterniza más las asimetrías estructurales con las sociedades «subdesarrolladas». Estas, por su parte, importan la basura de los centros prósperos, la cual a su vez les causa nuevos problemas medioambientales, de salud y sociales. Un auténtico círculo vicioso.

Como ciudadanos de la parte «más feliz» de esta desigual relación de intercambio podríamos decir desde luego que este es un sistema genial y que, si no existiera ya, habría que inventarlo urgentemente. Ahí trabajan mucho más de un millón de personas en las fábricas del este y el sudeste asiático, por ejemplo en las del gigante electrónico Foxconn,<sup>30</sup> para nuestra vida conectada digitalmente, bajo unas condiciones que harían que la clásica

descripción que hizo Karl Polanyi de las tempranas formas de producción del capitalismo industrial como «molino del diablo» no parezcan en modo alguno cosa del pasado.<sup>31</sup> En los países y regiones metropolitanas de África occidental se extienden los desiertos de extracción de petróleo y los gigantescos vertederos de basura donde comienzan y acaban las muchas pequeñas comodidades de nuestra vida cotidiana: desde el «oro negro», por cuyos beneficios se asesina y se destruye, hasta la basura informática, cuyo reaprovechamiento examinan niños dejándose la salud en ello. Y al otro lado, las naciones ricas practican a nivel mundial un gigantesco acaparamiento de tierras que arruina la economía de subsistencia local y posibilita la explotación sin escrúpulos incluso de las últimas «reservas minerales», mientras las clases sin tierras y en general sin bienes emigran en masa a las ciudades del sur, para al menos asegurarse precariamente su supervivencia.

Esto es lo que hay: la coyuntura de poder político y económico que sostiene el sistema económico mundial posibilita el establecimiento y mantenimiento de unas relaciones estructurales de explotación a expensas del sur global que las poblaciones del norte global no desean, pero sí aceptan, y cuyos agradables efectos secundarios han «calculado en el precio» de su praxis vital cotidiana desde hace ya tiempo. Y en todo caso, todo este juego solo se convierte en un problema para nosotros cuando, por ejemplo en vista de las prácticas del *land grabbing* o acaparamiento de tierras que se asegura superficies y materias primas en el continente africano,<sup>32</sup> ya no lo practican únicamente los sospechosos habituales en Occidente, es decir, nosotros mismos, sino de pronto también otros, y recientemente «los chinos». Entonces ya no hace tanta gracia.

## El mundo en el capitaloceno: el endeudamiento ecológico del norte global

China: ¿un nuevo *global player* que ahora trata de hacerse con el poder mundial? Puede ser. Sin embargo, en los últimos cuatrocientos o quinientos años ha habido otras potencias que se han repartido entre sí la gran tarta del negocio global de la externalización. En cualquier caso, eso que recientemente se ha etiquetado con el concepto de «antropoceno» estuvo determinado durante mucho tiempo —y hasta hace poco— por la gente del

norte global. Se supone que el discurso sobre el antropoceno designa una nueva era geológica que actualmente está reemplazando el holoceno, que pronto habrá durado doce mil años. En el antropoceno —esta es la reflexión en que se basa la designación— el género humano se ha convertido definitivamente en una fuerza capaz de provocar irreversibles transformaciones y reconfiguraciones geológicas. De momento todavía no hay unanimidad científica, no solo sobre si semejante cambio fundamental de época mundial se puede afirmar de hecho, sino que, según el historiador francés Christophe Bonneuil, también en la cuestión de cuándo empezó la nueva era global<sup>33</sup> —suponiendo que la haya— hay diversas posiciones: «¿Con la conquista de América y el etnocidio de los indígenas? ¿Con el auge del capitalismo industrial, que se basa en fuentes de energía fósil? ¿O con la bomba atómica y la “gran aceleración” tras 1945?».

Al margen de cómo se decida uno en la cuestión del principio geológico y en la de la periodización histórica, en el siglo XXI la intervención humana transformadora de estructuras en el curso del mundo se ha convertido en un hecho social que ya no tiene sentido negar. Y hay motivos para suponer que la época de la transformación de la Tierra a manos del hombre coincide con la época del dominio de la acumulación de capital. El cambio capital que hoy vivimos es un cambio movido por el capital. La lógica de inversión y ganancia de capital, de inversión y *returns on investment*, de crecimiento y expansión, de gestión económica sobre una base permanentemente ampliada, no solo representa sustitutoriamente aquella última era geológica que ha traído desarrollos tan profundos e imparables y de tan amplias repercusiones como el cambio climático global, sino que más bien está en su raíz.

El antropoceno fue esencialmente un «occidentoceno», una era geológica marcada por «Occidente». «Cuatro quintas partes de los gases que de 1750 a 1900 fueron emitidos a la atmósfera —dice Bonneuil— se produjeron en Norteamérica y Europa occidental». Y su emisión se debe a aquella forma de globalización capitalista que se impuso en aquella misma época: el fosilismo industrial o el industrialismo fósil, es decir, el modelo de producción industrial y de consumo social basado en la combustión de lignito, hulla, petróleo y gas natural. Con esto de fondo, Jason Moore, a quien ya hemos mencionado, propone hablar más certeramente de «capitaloceno»,<sup>34</sup> es decir, de aquella época en la que la dinámica capitalista ha modificado



sustancialmente la naturaleza y la sociedad o la relación de la sociedad con la naturaleza. La historia de esta época se caracteriza por hegemonías económicas alternantes, y no es casualidad que la respectiva potencia hegemónica capitalista resultara ser al mismo tiempo la correspondiente fuerza motora del efecto invernadero:<sup>35</sup> en el siglo XIX Reino Unido no solo controlaba medio mundo, sino que también producía la mitad del dióxido de carbono que se emitía en todo el mundo. Una cuarta parte de la emisión global de CO<sub>2</sub> acumulada desde 1850 corre a cuenta de los Estados Unidos. Y también el «milagro económico» europeo, y especialmente el alemán, tras la Segunda Guerra Mundial corrió parejo con un consumo de energía enormemente aumentado: jamás fue tan grande la huella ecológica de Alemania como a fines del auge de posguerra,<sup>36</sup> justo antes de que comenzara la crisis del petróleo en 1973.

Además de esto, todas las naciones históricamente «dirigentes» en el sistema mundial capitalista —ya sea el Imperio británico, más tarde los Estados Unidos, tras la guerra también Japón y la Unión Europea, e incluso China está trabajando actualmente en ello—, a partir de cierto nivel de desarrollo económico y apoyadas por su creciente poder geopolítico, pudieron combinar el éxito económico con la aminoración del desgaste ecológico de su territorio. Aunque la dinámica de crecimiento económico en el norte global se basaba aún en el abuso desmesurado de los ecosistemas «patrios» —de lo que por ejemplo en la China actual dan elocuente testimonio las típicas consecuencias de la industrialización, como la contaminación del agua y del aire—, sin embargo, el proseguido auge económico de las naciones tempranamente industrializadas corrió parejo justamente con la aminoración del desgaste ecológico de sus entornos naturales locales: por ejemplo, tras el grave accidente químico de 1976 en Seveso, al norte de Italia, los problemas políticos para justificar los riesgos de la producción industrial, junto con las posibilidades que los países ricos tenían para externalizar los efectos ecológicos, hicieron que, con el tiempo, «Seveso» justamente ya no estuviera «en todas partes»,<sup>37</sup> sino por regla general en algún lugar fuera de Europa. Así pues, ambos intercambios desiguales, el económico y el ecológico, siempre estuvieron íntimamente entrelazados en el capitalismo global. El endeudamiento económico de los países del sur global con los del norte global se corresponde con el «endeudamiento ecológico» de los países industriales occidentales con las periferias del mundo

capitalista: un endeudamiento que, sin embargo, las naciones ricas nunca podrán saldar jamás y que, a la inversa, tampoco nadie les podrá «condonar» jamás.

Lo que hace que esta hipoteca ecológica sea especialmente gravosa para las poblaciones del sur global —y lo que descarga adicionalmente a las del norte global— es el hecho de que, a menudo, queda invisible durante mucho tiempo. Aunque con razón no se podrá sacar ningún lado positivo de «catástrofes» como la inundación de aguas tóxicas en el Río Doce que relatamos al comienzo de este libro, sin embargo su única «ventaja» consiste en que, al alcanzar dimensiones de acontecimiento, posiblemente tengan eco mediático, al menos por un breve momento en la economía de la atención. Sobre todo brindan la posibilidad de penetrar a través de impresionantes imágenes, siquiera por un momento, en la conciencia colectiva de los mundos del bienestar del norte global alejados de los lugares de los sucesos: presas reventadas, ríos de lodo rojizo, peces muertos. Pero ya la famosa «desgracia» de gas tóxico sucedida en 1984 en Bhopal, en la India,<sup>38</sup> desastre que tuvo como consecuencia inmediata la muerte de varios miles de personas en unas pocas horas, produjo menos imágenes impresionantes, y no solo porque en aquella época todavía no había medios sociales: se veían centros de producción destruidos por las explosiones, pero no el veneno invisible. Y esto puede decirse aún más de las consecuencias mediatas y a largo plazo de los sucesos de entonces, es decir, de las al menos quince mil personas que, según se calcula, fueron víctimas de los efectos del gas tóxico a lo largo de los años siguientes, y de los daños para la salud que a largo plazo tiene que padecer la población de la capital del estado federal de Madhya Pradesh, que cuenta con casi dos millones de habitantes. Todavía hoy de cada cuatro nacimientos en la ciudad hay un niño que nace muerto: un tributo de sangre que ninguna indemnización puede reparar, ya al margen de que la empresa química estadounidense responsable Union Carbide, o su sucesora legal Dow Chemical, hace ya tiempo que dejaron de hacer los pagos correspondientes. Treinta años después de los sucesos la organización de derechos humanos Amnistía Internacional apeló a la opinión pública occidental para mandar «cartas contra el olvido» al primer ministro indio Modi.

Lo más seguro es que jamás serán leídas. Al igual que no serán vistas otras tantas miles de «catástrofes», en la India o en otras partes de las periferias del

capitalismo del bienestar, ya solo porque no comienzan con diques que revientan ni con instalaciones industriales que explotan, sino con las formas totalmente normales de producción y organización laboral en los países del sur global para un «mercado mundial» dominado por el norte global. Su fuerza destructiva para la tierra y la gente, para el hombre y el medio ambiente, para los nacidos y los nonatos, va avanzando poco a poco e inadvertidamente y solo se manifiesta retardadamente. Rob Nixon, filólogo e investigador medioambiental en la Universidad estadounidense de Princeton, llama «violencia lenta» (*slow violence*)<sup>39</sup> a esta peculiar modalidad, propia de la época de la globalización, del abuso físico que los centros capitalistas hacen de las condiciones vitales en sus periferias. Por consiguiente, el «turbocapitalismo» acelerado, del que desde hace dos décadas se habla en todas partes, puede mostrarse de una manera muy ralentizada... con tal de mirar al lugar correcto y de tener bastante tiempo para fijarse lo suficiente.

Pero con esto de fondo también aparece bajo otra luz la «paradoja de Easterlin»,<sup>40</sup> que a menudo se aduce para relativizar las desigualdades sociales a escala global. Basándose en el análisis de resultados de encuestas internacionales, el economista estadounidense Richard Easterlin dedujo a comienzos de los setenta que a partir de un determinado umbral de riqueza ya no existe relación entre ingresos y «felicidad», es decir, entre el bienestar material y la satisfacción vital subjetiva. Esto era la versión científica del proverbio popular que dice que el dinero no da la felicidad: por encima del aseguramiento de las necesidades básicas, más riqueza no proporciona más bienestar, o al menos no forzosamente; incluso en el caso de los verdaderamente ricos la relación se puede invertir. Al considerarlo a nivel de la sociedad mundial, infiriendo en sentido inverso se pudo llegar a la tranquilizadora interpretación de que se puede ser muy feliz incluso viviendo en la pobreza, y hasta el día de hoy se aduce gustosamente justo este argumento para relativizar la relevancia social de las desigualdades globales.

Sin embargo, las investigaciones de los sociólogos estadounidenses Kyle Knight y Eugene Rosa trazan un cuadro distinto. Sobre todo uno que pone la satisfacción vital subjetiva de la población de un país en relación con su huella ecológica. Es cierto que los resultados de sus análisis remiten a que efectivamente puede haber una satisfacción vital igual de elevada en países ricos y en países pobres: por ejemplo, en la segunda mitad de la primera década de los años 2000 Noruega y Costa Rica estaban igualadas en cuanto a

satisfacción (promediada), a pesar de que los ingresos per cápita son ocho veces mayores en el país nórdico. Y lo mismo cabe constatar en vista de la huella ecológica: el índice de satisfacción vital no difiere en Costa Rica y en los Estados Unidos, aunque atendiendo a su balance medioambiental los estadounidenses viven cinco veces más a lo grande que sus vecinos centroamericanos. ¿Se puede ser entonces pobre, respetuoso con el medio ambiente y feliz al mismo tiempo? Se supone que sí. Sin embargo, los datos de Knight y de Rosa muestran también que no es eso lo que comúnmente sucede. Costa Rica, puesto 68.º en el *ranking* mundial del bienestar,<sup>41</sup> es más bien una excepción estadística. Ninguno de los ciento dieciocho países con un rango inferior a Costa Rica muestra valores de satisfacción similares, y ninguno de los países de la mitad inferior de la distribución mundial de la renta muestra ni siquiera por aproximación el «nivel de felicidad» usual en las naciones industriales occidentales. Y lo mismo se puede decir de la dimensión medioambiental: los países con una huella ecológica menor muestran en conjunto un nivel de satisfacción muy inferior a los de los Estados de la OCDE. Ser rico, dañar el medioambiente y al mismo tiempo estar satisfecho es por tanto una combinación mucho más frecuente a escala mundial que la caricatura tardocolonialista del noble salvaje a quien hace feliz su balance medioambiental, que a la fuerza es ejemplar.

El estilo de vida imperial: ¿hay una vida correcta en la falsa?

Por tanto, llegados a este punto, dejemos asentado que la historia del capitalismo global es una historia de la externalización.<sup>42</sup> Las prácticas de descarga ecológica de las sociedades económicamente dirigentes están integradas en una estructura de poder desarrollada históricamente que no solo posibilita a estas sociedades sacar constantemente nuevas ventajas materiales de su posición privilegiada, sino que justamente también les permite hacer que los costes medioambientales de sus estrategias económicas de valor añadido se generen en otra parte. Los ciudadanos de las sociedades económicamente «exitosas» y ecológicamente «avanzadas» —digamos, por ejemplo, nuestros países europeos— no son dueños de este procedimiento, que en última instancia les es impuesto a ellos, que son asalariados, por las empresas que los emplean. Y sin embargo, con el tiempo les ha llegado a

resultar totalmente obvia y en cierto modo han asimilado la posibilidad estructural de obtener ganancias y al mismo tiempo externalizar los costes de su estilo de trabajo y de vida. A este respecto, Ulrich Brand y Markus Wissen, politólogos de Viena y Berlín, hablan certeramente del «estilo de vida imperial»: <sup>43</sup> un estilo de vida que se apropia de las fuentes de recursos — trabajo, suelo, medioambiente— de otros de una forma explotadora y que solo se puede mantener merced a esta praxis inconfesada de apropiación. Un estilo de vida que justamente por eso no se puede generalizar, aunque las poblaciones de los países periféricos, por motivos comprensibles, aspiren a participar de este estilo de vida y los consorcios transnacionales del norte global hayan planificado ya fijamente en los cálculos de los balances empresariales la inmensa demanda de bienes por parte de las nuevas clases medias del sur global. Pero, como es lógico, del imperio externalizante de una parte del mundo no puede formar parte con los mismos derechos la otra parte de ese mundo: si todos quisieran externalizar, ya nadie podría hacerlo. Por eso los dominados por el estilo de vida imperial, que constituyen la inmensa mayoría, lamentablemente tienen que quedarse fuera, por el bien de todos aquellos dominantes, cuyo tren de vida depende por completo del éxito duradero de estos procesos de exclusión.

Con la remisión a la *estructuración* económica y mundial de la externalización, a su *condicionamiento estructural* por una organización del sistema mundial capitalista que se ha ido desarrollando a lo largo de extensos períodos históricos y que se basa en un poder institucionalizado, una cosa ha quedado clara al mismo tiempo: esta estructura externalizante no se podrá romper solo a base de una acción individual, aunque se realice con buena o incluso con la mejor intención. Sin duda también en el propio capitalismo del bienestar hay considerables diferencias estructurales y sociales en el tamaño de la huella ecológica personal, <sup>44</sup> como ha mostrado un grupo de autores en torno al estadístico Hans Messinger, por ejemplo en relación con el caso canadiense: quien tiene pocos ingresos casi automáticamente se comporta más respetuosamente con el medio ambiente —y por tanto, en cierta manera, menos «imperialistamente»— de lo que suelen hacer las economías con mayores ganancias (y, como es sabido, desde el punto de vista ecológico, les gusta vivir a lo grande justamente a las personas procedentes del ambiente crítico e ilustrado de la burguesía culta). Sin embargo, también el consumo de recursos de las economías más pobres e incluso paupérrimas

en nuestras latitudes está muy por encima del nivel habitual en la mayoría de la población en el sur global. Y el uso de superficie necesario para su estilo de vida, que como hemos mostrado se genera y se cubre en gran medida en otras partes del mundo, sigue aumentando estadísticamente.

Pero esto no representa ningún motivo para renunciar al consumo individual: todo lo contrario, y al fin y al cabo las posibilidades de ello son legión. Por ejemplo, como ya comentamos al comienzo de este libro, eso sucede con el consumo cotidiano de café.<sup>45</sup> Prácticamente desconocido en nuestros países hasta el cambio de milenio, la costumbre del *coffee to go*, sin la que entre tanto apenas nos imaginamos ya nuestra vida, se ha impuesto con fulgurante velocidad por todas partes y se ha propagado por todos los medios sociales. Pero el café para llevar es también un café para tirar, un *coffee to throw*: 7,6 millones de vasos de cartón de café acaban cada día en papeleras alemanas, trescientos veinte mil cada hora, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Vasos de cartón recubiertos por dentro por una fina capa de plástico, para que el café no traspase el vaso. Y como somos sibaritas y nos gusta beber el café muy caliente, hace falta además un asa de cartón para proteger los sensibles dedos y librarlos de cualquier quemadura. Y por supuesto una tapa de plástico, para que de camino a la oficina, a casa o directamente a la siguiente tienda de café, mientras lanzamos constantes miradas al *smartphone* en una mano no se derrame al mismo tiempo el brebaje en la otra. Mirándolo así —como una actividad cotidiana de ciudadanos prósperos que se ha convertido en una hermosa costumbre—, ningún obstáculo insuperable se opone a una praxis de consumo «ético»: es bastante fácil y en última instancia todo el mundo tiene la opción de beber de otro modo y comer de otro modo, de comprar con más concienciación y de consumir con más mentalización.

Y esto sucede ya a diario. Y pasan aún muchas cosas más. Aquí no debemos fingir que en las sociedades de la externalización no hay ninguna «conciencia medioambiental», ningún sentido de la justicia, nadie que se preocupe y actúe en consecuencia, ningún movimiento de reacción al desigual intercambio económico y ecológico: los hay, los muchos miles de activistas y personas comprometidas, los voluntarios y los trabajadores honoríficos, los grupos y las iniciativas, las organizaciones de la sociedad civil y, en ocasiones, incluso instituciones estatales que de un modo u otro se movilizan contra la externalización: organizaciones no gubernamentales para

el medio ambiente y el desarrollo, Tiendas del Mundo por un comercio justo y sellos ecológicos de calidad, convenios textiles con Bangladesh y alianzas contra la acuicultura industrial. Existe una *Corporate Social Responsibility* como una nueva tendencia estratégica empresarial y exigentes objetivos de sostenibilidad (*Sustainable Development Goals*) de las Naciones Unidas, acciones contra el consumo de vasos de cartón y campañas contra el glifosato, hay campañas de información en los medios públicos y en las librerías de las estaciones encontramos el *Atlas de la globalización*, justo al lado de la caja. Aunque cuesta creerlo, existe incluso el Grupo de Inversores Institucionales para frenar el Cambio Climático (IIGCC),<sup>46</sup> un grupo de ciento veinte fondos de pensión y otros grandes inversores a los que se han sumado (atención, lo que viene ahora es una ironía) empresas tan éticamente correctas como el consorcio de seguros Axa o los fondos de cobertura estadounidenses Blackrock, para estar en primera fila en la salvación climática. Todo eso, o al menos mucho de ello, es bueno e importante, pero no nos engañemos: eso no arreglará la cosa.

«Es el capitalismo, imbéciles»: querer saber o no querer saber, esta es aquí la cuestión

Al fin y al cabo, la reacción a los ejemplos del desigual intercambio ecológico y social que hemos expuesto antes —soja y aceite de palma, algodón y arena, gambas y café— muy bien podría ser: ¡Eso ya lo sabemos desde hace tiempo! ¡Todo eso ya lo hemos oído! En el periódico, la radio y la televisión, en la red y los medios sociales. Y en efecto así habrá sido. Todo eso ya lo hemos oído. Todo eso ya lo hemos visto. Pero luego hemos vuelto a olvidarlo. O fingimos que lo hemos olvidado. En cualquier caso, hemos seguido haciendo alegremente lo de siempre. Bueno, casi: al comprar el café en vaso de cartón hemos renunciado a la tapa de plástico, de momento dejamos de consumir carne (pero solo por breve tiempo, ¡es tan sabrosa!), hemos pagado más y para variar hemos comprado cosméticos naturales, o mejor dicho, los hemos encargado en la tienda de Internet,<sup>47</sup> «listo para enviar en veinticuatro horas, envío exprés opcional».

¿Así que todo eso ya lo sabíamos? ¿Nada nuevo bajo el sol de una opinión pública crítica e interesada? Puede ser. Pero aunque así sea, justamente

entonces eso sería significativo. Significativo de que no es sobre todo la ignorancia lo que mantiene en marcha la sociedad de la externalización en la praxis diaria, sino —en una indefinida mezcla de comodidad y malestar, de despreocuparse y verse desbordado, de indiferencia y miedo— un generalizado no *querer* saber. Tanto en las cosas pequeñas como, sobre todo, en las grandes. No queremos saber qué sucede en realidad con nuestra vida a lo grande: qué tiene que cargar con ella, dónde se trabaja para ella, a quién le toca pagarla. Pero sobre todo no queremos oír nada realmente básico sobre eso, no queremos plantear la pregunta sistemática. «Pregunta sistemática»: eso suena de algún modo a revolución, esfuerzo y megalomanía. Suena a los años setenta, a grupos comunistas y a mucha ropa sucia. Y sin embargo parece que hay algo de eso. Sin embargo presagiamos que eso es una cuestión que no podremos eludir.

Aunque al fin y al cabo todos, incluso la mayoría de las mentes más críticas, se esfuerzan con todas sus energías por no plantear justamente esta pregunta. «¡Es la economía, imbéciles!»:<sup>48</sup> con esta frase, que desde entonces se hizo célebre, James Carville, el consejero de Bill Clinton en su camino hacia la presidencia estadounidense, hizo en 1992 que los ayudantes electorales se conjuraran para la cuestión decisiva que movilizó al pueblo electoral a raíz de la recesión que había entonces. La economía, ¿qué si no? Lo que cuenta es la situación económica, el crecimiento económico, el bienestar económico. Clinton fue elegido, los Estados Unidos siguieron siendo ricos y hasta hoy siguen siendo con diferencia el país con el mayor PIB del mundo. Porque han seguido siendo una sociedad de la externalización: al siguiente lema de Carville para la movilización electoral, «o cambio o más de lo mismo» («change vs. more of the same»), Clinton y sus electores, al igual que todos los demás vencedores electorales y electorados posteriores, en Europa como en América, respondieron con un convencido «¡Seguir así!». Seguir como hasta ahora, seguir con el crecimiento, con la sucesiva externalización, para que todo siga siendo como es: lo bueno al buche de la propia prosperidad, lo malo al orinal de la sociedad mundial. Y no hay más preguntas.

Ni menos aún pertinentes indicaciones sobre los motivos de fondo de todo esto. Indicaciones que se podrían resumir en la frase: «¡Es el capitalismo, imbéciles!». Que unos puedan externalizar y los otros tengan que pagar el precio por ello, que unos logren lo que para otros es motivo de preocupación



es una verdadera *pregunta sistemática*. La externalización se hace sistemáticamente, y el sistema se llama sistema mundial moderno o capitalismo global. Pero al llegar a este punto, por lo común el debate se termina, ¿pues quién quiere abordar el conjunto... y tenderse una trampa a sí mismo? Pequeños cambios sí son posibles, ajustes aquí y allá por supuesto, atenuar las grandes necesidades en los asilos de pobres del mundo por descontado... ¿pero hay necesidad de cambiar el sistema?

La economización sostenible del discurso de la sostenibilidad es un ejemplo elocuente de la estrategia de continuidad a base de renovación, que se siguió cuando fue necesario. Lo que es o sería ecológicamente —y socialmente— sostenible,<sup>49</sup> según Michael Opielka, sociólogo de Jena y director del Instituto de Estudios de Futuro y Valoración de la Tecnología en Berlín, tiene que someterse siempre en nuestros países a la prueba de calidad de la sostenibilidad económica. Y bajo las condiciones dadas, «en una economía mundial configurada de forma capitalista», eso significa «que los imperativos de funcionalidad del sistema financiero no deben ser amenazados», es decir que pese a todas las preocupaciones por su «medio ambiente», el sistema de crecimiento, los rendimientos del capital y la confianza de los inversores no deben verse afectados. Pero son justamente estos rasgos del sistema los que imposibilitan estructuralmente un mundo de sostenibilidad ecológica y social: quien realmente les desee a todos los ciudadanos del mundo una existencia asegurada materialmente, una mínima capacidad de decidir sobre el propio destino vital y la oportunidad de una convivencia social pacífica, tendrá que poner en cuestión la sociedad de la externalización, y por tanto, los principios funcionales capitalistas en general y el capitalismo global como sistema de intercambio desigual en particular. Pero como muy tarde entonces es cuando siempre nos abandonan las fuerzas transformadoras y las energías utópicas.<sup>50</sup> «El cambio climático y el capitalismo —dice Opielka— se fusionan a la hora de mirar a otra parte para no ver la realidad social»: con un poco de protección del clima aquí y un poco de ayuda para el desarrollo allí —así es como nos persuadimos— irá todo bien..., al menos para nosotros.

También hay montones de ejemplos de semejantes posicionamientos conscientes del problema, pero que en el fondo son egoístas. Los periodistas críticos destapan por ejemplo los problemas que esconde el complejo agroindustrial, aunque la mayoría de las veces la mirada periodística solo se

dirige a aquel que mueve en cada país los hilos económicos. No obstante, las exigencias son en todo caso muy claras:<sup>51</sup> «hace ya tiempo que es hora» de gestionar de otro modo la agricultura local, y un cambio agrario es incluso «indispensable». Pero eso se dice para, acto seguido, dar —como por ejemplo en el caso de una redactora del *Süddeutsche Zeitung*— un salto argumentativo, que por muy grande que pueda ser para nosotros, ciudadanos prósperos, será pequeño para el resto de la humanidad, y que pese a todo no pone en cuestión el sistema en cuanto tal: en última instancia se trata de «hallar para la economía agraria convencional un camino económicamente justificable que lleve a una agricultura sostenible y que no dañe el medio ambiente». Todo tiene que cambiar... para que «los alimentos producidos sigan siendo asequibles». Así es el pensamiento radical en el capitalismo asimilado: la producción debe respetar el medio ambiente, debe ser sana y éticamente correcta, pero las mercancías tienen que seguir siendo asequibles para nosotros. El mundo se hunde con nobleza... y de una forma económicamente sostenible, sobre todo para nosotros, pues justamente siempre son otros quienes tienen que pagar en otras partes por los alimentos que aquí son asequibles: así es como funciona el negocio en el capitalismo global.

Eso lo sabe también Evi Hartmann,<sup>52</sup> catedrática de *Supply Chain Management* en la Universidad Friedrich-Alexander de Erlangen-Núremberg. En su libro *Wie viele Sklaven halten Sie?* [¿Cuántos esclavos tiene usted?], se muestra abiertamente crítica con la globalización. Pero como, no obstante, en su condición de ingeniera económica no es anticapitalista, tampoco opta por un análisis estructural, sino por un análisis moral del sistema de la economía mundial. Critica el sistema globalizado de producción y cálculo de costes como «sistema de bola de nieve de la transmisión de presión» a lo largo de la cadena de valor añadido, que va de los eslabones más fuertes a los más débiles. Su conclusión: «El sistema fracasa moralmente. Y el individuo trata de salir del lío al menos con una conciencia medianamente intacta». Dejemos ahora sin resolver si los sistemas pueden fracasar moralmente o si son los destinatarios apropiados de la crítica moral... o si lo que sucede no es más bien que semejantes prédicas morales, cuando se aplican sistemáticamente, a la fuerza tienen que desvanecerse en el aire sin surtir ningún efecto. Y por supuesto también los observadores críticos han de tener la opción de absolver a los individuos de la culpa moral: es verdad que en cierto modo no pueden

actuar de otra manera, y sí, también es cierto que no actúan con mala intención, sino que tratan de sacar lo mejor de las condiciones vitales y de las estructuras de dominio que ellos se encuentran ya dadas.

Y sin embargo, también para nosotros, los privilegiados de la sociedad de la externalización, debería tener vigencia el principio moral de ver la viga en el ojo propio y revisar nuestra contribución personal al mantenimiento efectivo de nuestro estatuto de privilegiados. Pero sobre todo una crítica moral tendría que convertirse en una crítica estructural del sistema, pues entonces ya no se podría seguir apostando por instrumentos de la economía de mercado para solventar los efectos derivados del principio estructural capitalista del intercambio desigual, o al menos la aplicación de tales instrumentos ya no se podría considerar la «solución» de algún problema. Como aparentemente hace Hartmann cuando relata un encuentro casual con la voz del pueblo externalizante: «Recientemente opinaba precisamente una peripuesta vendedora de *boutique*: “En realidad tendríamos que cargar un suplemento de indemnización de cinco euros a algunas piezas que vienen de Asia”. Buena idea». Cierto, buena idea, podemos hacer eso. Buena idea calcular ya en el precio, con una visión de economía de mercado, el pago de las bulas de indulgencia. Una buena idea sobre todo para hacer justicia a los remordimientos de conciencia que se suscitan, pero dejando intactas al mismo tiempo las estructuras del capitalismo global. Una idea que se ajusta al sentido común. Al sentido común no solo de peripuestas vendedoras de *boutique* o economistas críticas, de consumidores éticos o papas en activo, sino del interés propio bien entendido de una sociedad de la externalización que no quiere perecer.

Pero incluso el sentido común tendría que irse dando cuenta poco a poco de que vivimos en una época en la que se han alcanzado los límites de la actividad de externalizar. Los efectos de la sociedad de la externalización cada vez la alcanzan más a ella misma, que se ve confrontada con sus externalidades negativas. Como mostraremos en el capítulo siguiente, entre tanto sentimos en nuestra nuca no solo el aliento de los excluidos. También el ciclo de la basura —que nosotros ponemos en marcha para desprendernos de los restos de nuestro tren de vida, que como mínimo son desagradables de ver, pero que la mayoría de las veces son además contaminantes— repercute cada vez más sobre nosotros: el círculo se cierra, el lazo se estrecha, los impactos son cada vez más cercanos... sin interesarles que nosotros desviemos

la mirada, sin dejarse conmovir por nuestros esfuerzos por un consumo «limpio», sin dejarse impresionar por la inventiva de los departamentos de *marketing* de todos los países externalizadores.

A estos departamentos se les ocurren actualmente cosas como, por ejemplo, fabricar pantalones vaqueros *hippies* con basura de plástico.<sup>53</sup> Así ha hecho la marca de moda holandesa G-Star, para la que la estrella pop Pharrell Williams (cuyos mayores éxitos son *Happy* y *Freedom*) ha diseñado la línea «Raw for the Ocean», la primera colección de pantalones vaqueros hechos de plástico reciclado del Pacífico. Así es como la empresa quiso pescar del mar nueve toneladas de plástico para destinarlas a un buen objetivo de consumo. Nueve toneladas. Después de todo, eso es casi la millonésima parte de los más de diez millones de toneladas de basura que cada año acaban en los océanos, tres cuartas partes de la cual es plástico. Todavía en los años cincuenta se producían en todo el mundo un millón y medio de toneladas de plástico anuales. Hoy son casi trescientos millones de toneladas al año. Una parte considerable no acaba en las montañas de basura de Nigeria o China, sino en el «vertedero marino». Cada año les cuesta la vida a numerosos mamíferos y pájaros marinos. En un kilómetro cuadrado de superficie marina flotan entre tanto hasta dieciocho mil piezas de plástico de distintos tamaños. Y lo que se ve en la superficie, como siempre, no es más que la punta del iceberg: más del 70 por ciento de los desechos se hunden en el fondo marino, quedando así invisibles para nuestros ojos. Sin embargo, a veces se juntan a causa de remolinos hidrográficos y entonces forman gigantescas alfombras visibles de basura: el remolino de basura más conocido es el *Great Pacific Garbage Patch* o gran vórtice de basura en el Pacífico norte, que entre tanto parece haber alcanzado el tamaño de Europa central.

Pero el nerviosismo en Europa central solo llega a ser grande cuando la basura de plástico no acaba en algún lugar en mar abierto o, mejor aún, bajo su superficie, sino cuando queda claro que regresa a nosotros. Concretamente en forma de lo que se llama microplástico, minúsculas partículas de plástico que surgen de la desintegración de la basura plástica. Pero no solo así: el microplástico también se agrega intencionadamente a las pastas de dientes y a los geles de ducha, a los champús y a las cremas limpiadoras para lograr efectos de limpieza mecánica. Pero además las diminutas partículas que (junto con todo tipo de sustancias tóxicas posibles) surgen del proceso de desintegración de la basura plástica, agregándose a las

cadenas de alimentación acuáticas, entran también en nuestros cuerpos por vía del consumo alimentario. El plástico viene a casa: en vista de un intercambio ecológico en la sociedad mundial, que por otra parte es sistemáticamente desigual, quizá sea este un desarrollo bienvenido desde el punto de vista de una teoría de la justicia. Pero para el hogar centroeuropeo, que está acostumbrado a una externalización despreocupada, esto es desde luego un motivo de intranquilidad. Y con ello le viene de perilla al correspondiente sector de consultoría. Para consumidores sensibles al microplástico hay en Internet listas actuales de los productos que hay que evitar, por ejemplo en la página [www.utopia.de](http://www.utopia.de), que afirma ser la primera página web dedicada al tema del consumo sostenible. No es broma. Gastarle una jugarreta a la industria del plástico comprando en el mercado ecológico de Internet, hacer del mundo un lugar mejor comprando pantalones vaqueros de diseño: así funciona la utopía hoy.

«Diseño o desastre»... ¿o pese a todo democracia?

De acuerdo, esto está formulado con un poco de mala intención y quizá incluso injustamente. Pero lo que aquí importa es el principio, o en rigor dos principios: actividad consumidora o cambio estructural. «No basta con sentirse consternado»,<sup>54</sup> dice el director y dramaturgo suizo Milo Rau en una notable contribución a la «catástrofe de los refugiados», de la que aún nos ocuparemos por extenso en el capítulo siguiente. Pero su máxima también se puede aplicar al contexto que aquí nos interesa de un intercambio ecológico desigual: la consternación, los suplementos de indemnización y el consumo ético no bastan para resolver el problema estructural subyacente de las relaciones asimétricas de poder en el sistema mundial capitalista. Por otra parte, ese problema tampoco se podrá resolver con ayuda de tecnologías «inteligentes» mientras no se haya disuelto la funesta alianza entre la obligación sistemática de crecimiento y las asimetrías estructurales de poder.

Pues no hay crecimiento sin creciente consumo de materias primas y energías... y por tanto sin progresiva destrucción de la naturaleza y el biotopo. Sobre todo en las sociedades del norte global tempranamente industrializadas, y que como muy tarde con el auge del crecimiento de las décadas de posguerra fueron potenciadas a economías de rendimiento

máximo y de consumo extremo, no hay crecimiento que no se haga a expensas de la explotación estructural de recursos naturales y entornos vitales sociales en el sur global: una explotación que aún se ejerce más intensamente con cada incremento porcentual del PIB. En el debate acerca del futuro del capitalismo de crecimiento se habla a menudo de una «economía verde» (*Green Economy*), en la que el poder de una clase consumidora bien informada se asocia de tal modo con innovaciones tecnológicas energéticamente eficientes y ecológicamente efectivas que, justamente, también resulta posible un «crecimiento verde».<sup>55</sup> Pero por muy comprensible que pueda ser el esperanzado impulso de imaginar un desacoplamiento de crecimiento y consumo de recursos bajo las condiciones de vida y de actuación de la sociedad de la externalización, forzosamente se queda en mera quimera. Ni siquiera hace falta criticar las propuestas más absurdas de una desenfrenada ecología del estilo de vida —forros de asiento de avión comestibles montados en la primera clase del avión de larga distancia Airbus A380—<sup>56</sup> para hacer reconocible la idea de un «capitalismo verde» en lo que es: la supuesta ancla de salvación para economías altamente desarrolladas ansiosas de un nuevo ciclo de acumulación de capital, así como el desesperado tranquilizante para una sociedad de la externalización que, pese a todos los síntomas de agotamiento, todavía cree poder salvar de algún modo su modelo exclusivo de estilo de vida.

Impulsos muy similares operan cuando no solo lobistas de la economía y analistas financieros, sino también «hombres totalmente normales» se exaltan con los debates sobre *peak oil*, *peak water* o *peak everything*<sup>57</sup> («pico petrolero», «pico de agua» o «pico de lo que sea») o incluso se ríen de ellos, debates que desde el informe del Club de Roma<sup>58</sup> sobre los «límites del crecimiento» en el año 1972 constantemente se desatan en los círculos de política medioambiental y de crítica al capitalismo: es decir, la preocupación difundida en estos círculos de que se haya alcanzado o estemos a punto de rebasar el máximo global de extracción petrolífera, el máximo de las reservas de agua potable disponibles en todo el mundo o incluso las cantidades máximas de extracción de casi todas las materias primas no renovables. En contrapartida se señalan entonces asiduamente los precios del petróleo que pese a todo vuelven a bajar, los nuevos métodos «no convencionales» de extracción o, justamente, los progresos en la obtención y desarrollo de fuentes energéticas renovables, para avisar del cese de alarma y tranquilizar a

la opinión pública —y si hace falta para tranquilizarse también a sí mismo—. Pero la tranquilidad, si realmente debe ser el efecto social, es bastante engañosa, pues la discusión sobre los «límites planetarios»<sup>59</sup> no es ni la expresión de una histeria global o colectiva ni tampoco es descabellada: en vista de la biodiversidad y del ciclo del nitrógeno, tal como se puede demostrar, estos límites ya se han rebasado hoy. Y quien no solo se fije en el *input* de los recursos aprovechables, sino también en el *output* de los sumideros disponibles, es decir, las reservas de suelo, las reservas forestales y las reservas de aire que hay disponibles para el almacenamiento de residuos y el enlace de CO<sub>2</sub>, forzosamente tendrá que tomarse en serio el discurso sobre el «pico de suelo», el «pico de aire» o el «pico de masa biológica».

Otros actores del debate sobre el futuro han ido más allá.<sup>60</sup> Bernd Sommer y Harald Welzer, sociólogos del Centro Norbert Elias para el Diseño de Transformación de la Universidad Europea de Flensburg, asumen el diagnóstico habitual en el debate de crítica al crecimiento, según el cual el final del capitalismo de crecimiento ecológico y socialmente explotador llegará de un modo u otro, ya sea *by design* o *by disaster*, es decir, de una forma o bien intencionadamente organizada o bien forzada por una catástrofe. Tienen buenas razones para optar estratégicamente por la modalidad constructiva, y —como también hace la fundación berlinesa para la futuridad FuturZwei, que dirige Welzer—<sup>61</sup> recogen ideas y planteamientos para cambios sociales radicales en dirección a una «modernidad reductiva». Por mucho que esto se haga con la intención de acabar con las prácticas de externalización ejercitadas en la modernidad expansiva, y aunque los actores no aboguen por fantasías de gestión tecnocrática, la alternativa entre diseño y desastre, considerada desde una perspectiva global, revela no obstante en última instancia una mirada demasiado egocéntrica al final —o a los posibles finales— de la sociedad de la externalización. Tal alternativa sugiere la noción de que una transformación social que nos venga impuesta «desde fuera» equivaldría a un infortunio, justamente a un final desastroso de la historia. Y al menos sugiere que a semejante infortunio podríamos contraponer una estrategia de conversión «interior», en la que nosotros mismos pudiéramos tener de algún modo la sartén por el mango, es decir, pudiéramos seguir siendo dueños de la situación.

Sin embargo, por el momento ambas cosas parecen bastante poco realistas.

El final de aquel sistema capitalista global de desigual intercambio ecológico en el que se basa la sociedad de la externalización deberíamos imaginárnoslo mejor más allá de la opción entre diseño y desastre, pues la alternativa de transformación *by design or by disaster*, en el fondo, vuelve a no contar con la huésped: concretamente no cuenta con aquellos que desde siempre han suministrado al capitalismo del bienestar del norte global los recursos que él necesita para la producción y reproducción de su riqueza, a base de trabajo barato y tierra fértil, valiosas materias primas y gigantescos vertederos de basura, biomasa y sumideros de carbono.

Así pues, imaginémonos mejor una transformación que parta sobre todo del sur global: de aquellos hombres de cuyo trabajo y tierra, de cuya agua y aire, de cuyas reservas minerales y almacenes vivimos nosotros. A cuyas expensas gestionamos la economía... y que ahora reclaman por fin el pago por ello. Los movimientos sociales que hacen exactamente esto existen ya desde hace mucho tiempo, son numerosos y aumentan cada vez más: desde el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierras en Brasil (MST) hasta la organización internacional de pequeños campesinos Via Campesina, desde los zapatistas en México hasta la Alianza Nacional de Movimientos Migratorios en la India. Estos y otros muchos movimientos, muchos miles de actores de movimientos, son el presunto «exterior» del que arranca aquel cambio que hoy y en el futuro «amenaza» a la sociedad de la externalización, no en forma de desastre, sino en forma de exigencia de democracia global. Una exigencia que, apostando por el autoempoderamiento de quienes desde siempre estuvieron desapoderados, le retira al mismo tiempo al norte global las intenciones de diseño. La exigencia de una democracia global que, además, no podrá ser una democracia de crecimiento globalizada en el sentido del modelo occidental de desarrollo.

La democracia a escala global no es ni diseño ni desastre. Para quienes sacan ganancias de la sociedad de la externalización esa democracia no significa tanto una catástrofe cuanto, más bien, una pérdida de control, lo cual resulta ya bastante difícil de soportar para aquellos que desde hace siglos han tenido la sartén por el mango. Pero para todos los demás eso significa la oportunidad de acabar finalmente con el sistema de intercambio desigual. *Transformation by democracy*:<sup>62</sup> en el «interior» de la sociedad de la externalización esto no significaría, según la autora y periodista Kathrin Hartmann, apostar por el poder de los consumidores y del progreso



tecnológico, sino hacerlo por el «coraje, la solidaridad, la resolución, un pensamiento libre y la fe incondicional de que somos nosotros quienes podemos llevar a cabo los cambios que deseamos». En una palabra: apostar por la política democrática. Y aplicándolo hacia «fuera», desde la perspectiva de la sociedad mundial, la democratización significa, antes que nada, lo que Milo Rau designa atinadamente como «realismo global»: <sup>63</sup> darse cuenta del hecho de que la eterna externalización está topando ahora con unos límites que solo se podrán superar ya a base de pura violencia... y que solo se pueden ignorar con ayuda de la ideología de dominación de un «humanismo cínico». «Dejemos de creer en la fábula capitalista —así nos apela Rau— de que siempre se podrá seguir así, solo que de una manera que de algún modo resulte menos mortífera para los perdedores del sistema, menos vergonzosa para los ganadores y más limpia para el planeta». En efecto, esta narración se ha vuelto hoy definitivamente inverosímil.

### *Post scriptum*

Con la sentencia que a modo de lema encabeza este capítulo, Heiner Müller ha desvelado —en cierto modo *avant la lettre*— el vergonzoso secreto de la sociedad de la externalización y ha dicho las cosas tal como son. Pero desde luego no con las palabras blandas que nos gustaría escuchar para poder digerir todo esto y luego volver a librarnos de ello como una vergonzosa secreción, sino crudamente y sin miramientos. «En alguna parte se destrozan cuerpos para que yo pueda vivir en mi mierda»: sí, eso es ordinario, perturbador, procaz. Pero al menos sí deberíamos ser capaces de soportar una transmisión artística de la verdad. No nos engañemos: sucede exactamente tal como lo expresa el dramaturgo Müller. Quizá él sea demasiado adusto, pero también nosotros somos demasiado endebles.

---

<sup>1</sup> Cf. Müller, 2001, pp. 552 s.

<sup>2</sup> Esta es la frase introductoria en el ensayo de Kant sobre la pregunta «¿Qué es la Ilustración?» (cf. Kant, 2015, p. 7).

<sup>3</sup> En lo sucesivo se cita una de las diversas variaciones que Kant desarrolla en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de 1785, cf. sobre esto [ethik-werkstatt.de](http://ethik-werkstatt.de).

<sup>4</sup> Cf. Horkheimer y Adorno, 1984.

<sup>5</sup> Esta interpretación la plantearon y la plantean sobre todo aquellas posiciones que se pueden subsumir bajo el concepto de «poscolonialismo»; como textos paradigmáticos sobre este tema, cf. las aportaciones centrales de Said, 2016, Chakrabarty, 2000, Bhambra, 2007.

<sup>6</sup> Cf. sobre esto Knöbl, 2001.

<sup>7</sup> Esta es una categoría clasificatoria del Banco Mundial, que en 2014 incluyó en este grupo los países con un PIB per cápita de 1045 dólares estadounidenses o menos; cf. [data.worldbank.org](http://data.worldbank.org).

<sup>8</sup> Hay que reconocer que esta expresión no está en consonancia con el estilo de un libro como este. También el famoso exabrupto que Joschka Fischer dirigió en 1984 al presidente del Parlamento alemán Richard Stücklen, «Con permiso, señor presidente, es usted un cabrón», seguramente se consideró impropio para ser dicho en la Cámara Alta.

<sup>9</sup> Sobre los datos siguientes, cf. [bpb.de](http://bpb.de), [bauernverband.de](http://bauernverband.de) (esta es también la fuente de las «palabras clave de la moderna agricultura actual») y [statista.com](http://statista.com). Sobre la evolución de la población agraria en España, cf. Pinilla y Sáez, 2017.

<sup>10</sup> Cf. WWF Deutschland, 2014 (ilustraciones 5 y 6).

<sup>11</sup> Sobre la exposición que sigue de la situación en Argentina, cf. sobre todo Suchanek, 2013, Fink, 2015, y Burghardt, 2014, así como [land-grabbing.de](http://land-grabbing.de), [klima-wandel.eu](http://klima-wandel.eu) y recientemente Burghardt, 2016. Cf. WWF International, 2014. Sobre el caso de Argentina en particular, cf. [ecportal.net](http://ecportal.net) del 26 de febrero de 2008.

<sup>12</sup> Cf. la correspondiente entrada en [wikipedia.org](http://wikipedia.org), así como la presentación del propio producto en [glifosato.es](http://glifosato.es).

<sup>13</sup> Sobre las Madres de Ituzaingó, cf. [madresdeituzaingo.blogspot.com](http://madresdeituzaingo.blogspot.com) y [ecologistasenaccion.org](http://ecologistasenaccion.org) de septiembre de 2011.

<sup>14</sup> Cf. Burghardt, 2014, p. 12. La cita siguiente es de Kathrin Zinkant, cf. [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 16 de marzo de 2016 («Glyphosat ist nur ein Symptom – und nicht das Problem».)

<sup>15</sup> Cf. Kröhnert *et al.*, 2012.

<sup>16</sup> Sobre el cultivo de palma oleífera y la producción del «petróleo verde», cf. [wikipedia.org](http://wikipedia.org), [forumpalmoel.org](http://forumpalmoel.org), así como Castro *et al.*, 2016.

<sup>17</sup> Cf. sobre esto [fr-online.de](http://fr-online.de) del 22 de enero de 2010, así como [oeko-fair.de](http://oeko-fair.de), [nabu.de](http://nabu.de), [umweltinstitut.org](http://umweltinstitut.org), [virtuelles-wasser.de](http://virtuelles-wasser.de), [europapress.es](http://europapress.es) del 7 de octubre de 2004 y Chapagain *et al.*, 2005.

<sup>18</sup> Cf. sobre lo que sigue Jensen, 2015.

<sup>19</sup> Cf. Pereira, 2015; sobre los datos de la renta per cápita en Indonesia y Singapur, cf. [wikipedia.org](http://wikipedia.org).

<sup>20</sup> Cf. sobre lo que sigue, además de Pereira, 2015, también [jungle-world.com](http://jungle-world.com) del 8 de enero de 2015, así como [boerse-online.de](http://boerse-online.de) del 20 de octubre de 2014 («US Silica-Aktie: Warum Anleger auf den Fracking-Profiten setzen können»); de aquí se toma también la cita sobre la dinámica de crecimiento del sector). Sobre el rendimiento económico de U.S. Silica, cf. [macrotrends.net](http://macrotrends.net).

<sup>21</sup> Cf. sobre esto [wikipedia.org](http://wikipedia.org) y, además, [greenpeace.de](http://greenpeace.de) y [zeit.de](http://zeit.de) del 11 de noviembre de 2010, [wiwo.de](http://wiwo.de) del 13 de junio de 2014 y [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 15 de diciembre de 2015 («Kinderhände in Eiswasser»). Sobre la situación en España, cf. Losada y Colmenarejo, 2003.

<sup>22</sup> Según el *Global Slavery Index*, en 2016 vivían en todo el mundo cuarenta y seis millones de personas en situación de esclavitud, más de la mitad de ellos en China, India, Pakistán, Bangladesh y Uzbekistán; cf. [globallslaveryindex.org](http://globallslaveryindex.org) y [elpais.com](http://elpais.com) del 31 de mayo de 2016.

<sup>23</sup> Sobre el problema de la chatarra electrónica, cf. por ejemplo Dannoritzer, 2015.

<sup>24</sup> Como trabajo detallado sobre esto, cf. Moore, 2015.

<sup>25</sup> Cf. por ejemplo Jorgenson y Rice, 2005.

<sup>26</sup> Sobre una explicación más detallada del concepto y de la unidad virtual de medida de la «hectárea global», cf. WWF Deutschland, 2014. Sobre los cálculos de la propia necesidad de recursos medioambientales, cf. [tuhuellaecologica.org](http://tuhuellaecologica.org) y [wwf.panda.org](http://wwf.panda.org).

<sup>27</sup> Sobre el concepto de «huella biológica», [footprintnetwork.org](http://footprintnetwork.org).

- [28](#) Según la clasificación del Banco Mundial son los países con una renta per cápita entre 1 045 y 12 736 dólares estadounidenses (2014), cf. [data.worldbank.org](http://data.worldbank.org).
- [29](#) Sobre la situación en Malawi, cf. por ejemplo Zick, 2016.
- [30](#) Cf. los datos en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).
- [31](#) Cf. Polanyi, 2016 (segunda parte, apartado 1).
- [32](#) Desde luego, estas prácticas de apropiación no se restringen al sur global. Cf. sobre esto Herre, 2015.
- [33](#) Sobre las siguientes citas, cf. Bonneuil, 2015.
- [34](#) Cf. Moore, 2015.
- [35](#) Cf. Bonneuil, 2015.
- [36](#) Cf. WWF Deutschland, 2014.
- [37](#) A diferencia de como a fines de los años setenta lo formulaba el popular título de un libro, sobre todo con intenciones de estrategia política, cf. Koch y Vahrenholt, 1978.
- [38](#) Sobre lo que sigue, cf. [wikipedia.org](http://wikipedia.org) y [bhopal.com](http://bhopal.com); sobre el trigésimo aniversario, cf. [es.amnesty.org](http://es.amnesty.org).
- [39](#) Cf. Nixon, 2011.
- [40](#) Cf. [wikipedia.org](http://wikipedia.org) y la discusión del dictamen a la que se alude después en Knight y Rosa, 2011.
- [41](#) Cf. la lista de los países por PIB per cápita en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).
- [42](#) Cf. en este sentido sobre los desarrollos recientes también Dörre, 2015, pp. 261 ss.
- [43](#) Cf. Brand y Wissen, 2012.
- [44](#) Cf. Mackenzie *et al.*, 2008.
- [45](#) Cf. los datos publicados por Ayuda Alemana al Medio Ambiente, [duh.de](http://duh.de), así como [spiegel.de](http://spiegel.de) del 31 de agosto de 2015.
- [46](#) Institutional Investors Group on Climate Change, cf. [iigcc.org](http://iigcc.org).
- [47](#) Estos eslóganes publicitarios se encuentran en [najoba.de](http://najoba.de).
- [48](#) Cf. la entrada «It's the economy, stupid!» en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).
- [49](#) Cf. Opielka, 2016 (citas tomadas de la p. 36).
- [50](#) El texto sobre este diagnóstico, que entre tanto ha llegado a ser clásico, es Habermas, 1985.
- [51](#) Sobre las citas siguientes, cf. Kathrin Zinkant, «Glyphosat ist nur ein Symptom – und nicht das Problem», [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 16 de marzo de 2016.
- [52](#) Cf. Hartmann, 2016a. Las siguientes citas están tomadas de Hartmann, 2016b, p. 49.
- [53](#) Sobre lo que sigue, cf. Hartmann, 2015, y de forma muy completa Hartmann, 2009; sobre el «vertedero marino» y el microplástico, cf. además [nabu.de](http://nabu.de), [es.greenpeace.org](http://es.greenpeace.org), [wwf.es](http://wwf.es), [utopia.de](http://utopia.de) y [elpais.com](http://elpais.com) del 30 de abril de 2014.
- [54](#) Cf. Rau, 2016.
- [55](#) Sobre esto, cf. Brand, 2015.
- [56](#) Cf. Hartmann, 2015.
- [57](#) Cf. Mahnkopf, 2014 y 2015.
- [58](#) Cf. Meadows *et al.*, 1972, y como un informe sucesivo Randers, 2012.
- [59](#) Cf. sobre esto Rockström y Klum, 2012.
- [60](#) Cf. Sommer y Welzer, 2014, también para el concepto que se nombra a continuación de la «modernidad reductiva»; acerca del debate sobre «diseño vs. desastre», cf. también [degrowth.info/en](http://degrowth.info/en).
- [61](#) Cf. [futurzwei.org](http://futurzwei.org).
- [62](#) La cita siguiente está tomada de Hartmann, 2015.
- [63](#) Las citas siguientes están tomadas de Rau, 2016.

## 4. Dentro contra fuera: externalización como monopolio de movilidad

[Dentro] había bufones, improvisadores, bailarines y músicos; había hermosura y vino. Afuera estaba la Muerte Roja.<sup>1</sup>

Edgar Allan Poe, «La máscara de la Muerte Roja» (1842)

No vengan ustedes a Europa. No arriesguen su vida ni su dinero. No merece la pena.

Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo (3 de marzo de 2016)

### La globalización demediada

Vivimos en la era de la globalización. ¿Quién lo negaría? Con la caída del Muro de Berlín y con el final del conflicto de sistemas que dominó la posguerra europea nosotros asociamos liberalizaciones perdurables de todo tipo: verjas fronterizas cortadas y mercados globalizados, propagación mundial de valores occidentales y la marcha triunfal del tipo de sociedad democrática y liberal. Al menos hasta hace poco parecía que las barreras fronterizas y los controles de pasaporte eran en Europa fenómenos del pasado. Para el veraneo en Grecia o el fin de semana en Madrid sigue sin hacer falta cambiar dinero. Y esto se puede decir también de lo que sucede más allá de las fronteras europeas: nuestros campos de acción se han ampliado enormemente, el mundo se ha reducido a una aldea, todos nosotros somos ahora cosmopolitas.

Impulsada adicionalmente por los fulgurantes desarrollos de las tecnologías de la información, la comunicación y el transporte durante el pasado reciente, nuestra vida cotidiana apenas puede reconocerse ya en comparación con la de finales de los años ochenta. Tenemos disponibles el espacio y el tiempo de una forma que no se había dado hasta ahora, el sueño de Karl Marx<sup>2</sup> de un empoderamiento de los individuos sociales para una actividad

totalmente libre —«hacer hoy esto, mañana aquello»— parece haberse hecho realidad para nosotros, al menos incipientemente: dar por la mañana un mordisco a una fruta exótica, trabajar durante el día para una empresa que opera globalmente y por la tarde comunicarse por Skype con la novia que está en el otro extremo del mundo. Y luego, «tras la comida», conforme a la utopía social marxista, «criticar como me venga en gana»... y pensar cómo planificar las próximas vacaciones: ¿turismo urbano o crucero, ver la aurora boreal en el cabo Norte o desprendimientos de glaciares en la Patagonia?

Lo que en la teoría económica de juegos se considera un ejemplo paradigmático de dilema para el entorno vital muy difícil de resolver y se designa como *battle of the sexes* —ella quiere ir a la montaña y él a la playa (o a la inversa)—, mirándolo más detenidamente resulta ser un juego de los privilegiados. Un juego del que no todos pueden participar, con problemas a la hora de tomar decisiones que muchas personas ni siquiera se plantean. Playa o montaña, Roma o París, pogo en Togo o litchi en Fiyi, ¿o quizá todo a la vez? Dilemas de acción que ni siquiera en la era de la globalización desasosiegan a «todo el mundo». Ni siquiera en las sociedades ricas del norte global se le plantean a todo el mundo. Pero para amplias mayorías sociales en los países del sur global las mencionadas alternativas para actuar —al igual que muchísimas otras que a nosotros nos resultan directamente obvias— son, según se prefiera, ajenas, absurdas o cínicas.

Mirándolo así, la globalización no es un mero hecho ni una realidad ineludible. Es realidad para unos... y fantasía para muchos otros. En cierto sentido la globalización es una quimera, un espejismo de la situación mundial económica y social, material y cultural que se produce e impera en nuestras latitudes. Y el popular discurso de las «oportunidades» de la globalización, de las posibilidades que ella crea, de sus efectos productivos y sus repercusiones que conectan tanto a personas como a pueblos no pocas veces resulta ser una ideología, al menos siempre que se afirma que estas oportunidades y posibilidades son igual de válidas para todos, pues lo que sucede es lo contrario: los mundos de opciones que sin duda abre la globalización se contraponen a cierres igual de obvios de campos de posibilidades. Por muchas cosas que la globalización pueda posibilitar, al mismo tiempo ella también restringe. Por mucho que por un lado conecte, por otro lado también separa.

«Apertura» y «licuación», «hipermovilidad» y «borderless world» o «mundo

sin fronteras»: todos aquellos conceptos y nociones que desde 1989 circulaban y en parte lo siguen haciendo no solo en el debate público sobre la globalización, sino especialmente también en tratados científicos sobre el tema, despejan la visión de un cuadro notablemente incompleto del «mundo unificado», pues su reverso es una realidad muy distinta: un mundo repleto de fronteras y caracterizado por limitaciones. En los tiempos de la globalización, a unas indiscutibles ganancias de libertad se contraponen restricciones de libertad que también son innegables. Y ambas cosas — libertades y coerciones, ganancias y pérdidas— no se compensan, no se pueden saldar entre sí, pues ambas están distribuidas de forma sumamente desigual en la sociedad mundial: son las poblaciones de las regiones del mundo respectivamente distintas las que se encuentran con la «era global» como una ampliación de sus mundos de opciones o como el cierre de sus campos de posibilidades.

En un segundo intento de definir con más precisión las estructuras, los mecanismos y las prácticas de la sociedad de la externalización, debe ilustrarse ahora el hecho social de un «rédito de la globalización» desigualmente distribuido a escala mundial con el ejemplo de su régimen de movilidad, pues la sociedad de la externalización se caracteriza por unas oportunidades de movimiento consecuentemente asimétricas: también en este campo reina el imperativo categórico invertido que comentamos en el capítulo anterior. Las libertades de movimiento físico que uno se permite a sí mismo en la sociedad de la externalización no se conceden de igual modo a los otros, «los de ahí afuera». Al contrario: del estilo de vida practicado en las «democracias liberales» del mundo occidental forma parte esencial la restricción de las libertades de terceros. La «sociedad abierta», que tras la Segunda Guerra Mundial evocó el filósofo Karl Popper y que hasta el día de hoy siguen proclamando elocuentemente una y otra vez los representantes estatales de todos los bandos,<sup>3</sup> tiene un secreto vergonzoso: convive con su cierre, es más, vive directamente de su cierre efectivo a un «afuera» percibido como impertinente, expansivo y amenazante.

El sociólogo israelita Ronen Shamir ha formulado certeramente el régimen de movilidad desigual —aquí incluyente, ahí excluyente— de la era presuntamente «global» describiéndolo como un doble movimiento social<sup>4</sup> hacia fronteras vigiladas y comunidades cerradas (*guarded borders* y *gated communities*). O más exactamente: un doble movimiento hacia un

impedimento selectivo del movimiento. Lo que en el interior de las sociedades son las *gated communities* —complejos de viviendas exclusivas, valladas y vigiladas, en cuyo mundo perfecto los ricos acondicionan sus hogares— tiene su correspondencia transnacional en las *guarded borders*, es decir, en los controles técnicos, policiales y militares de las fronteras estatales de las naciones ricas con fines de rechazar a todos aquellos no ciudadanos que buscan acceder a las regiones de bienestar de este mundo. Tanto en lo pequeño como en lo grande surgen espacios sociales que deben ser protegidos de «extranjeros» que buscan refugio, zonas aseguradas de prosperidad que tratan de aislarse de las exigencias excesivas de la realidad social. Y sobre todo esto pende lo que Shamir llama la cultura de la sospecha (*paradigm of suspicion*): quien sacude las vallas de las islas de bienestar de este mundo es, en el mejor de los casos, un perturbador, pero en realidad percibimos a alguien así sobre todo como un criminal. Quien entra sin autorización en el hogar familiar de los ciudadanos del bienestar irrumpe en el estilo de vida de los privilegiados, es más, vulnera la integridad de su entorno vital.

Con motivo de la actual «crisis de refugiados», que habrá que tratar al final de este capítulo, el escritor Michael Ebmeyer ha redescubierto una narración —obviamente— tétrica de Edgar Allan Poe<sup>5</sup> que se lee como una parábola de las tendencias actuales de la sociedad del bienestar a disociarse del mundo exterior. El protagonista de la narración «La máscara de la Muerte Roja» es un noble que responde al significativo nombre de Próspero y que, junto con mil cortesanos, se atrincheró en una fortaleza, donde escenifica una vida jovial sin dejar que le incordie la epidemia mortal que asola los alrededores del castillo. «Una sólida y altísima muralla circundaba [la abadía fortificada]. Las puertas de la muralla eran de hierro —se cuenta en la historia de Poe—, pues se debía impedir que penetraran la peste y la desesperación, así como debía evitarse que se filtrara afuera la noticia de la delirante jovialidad reinante en el interior del castillo». El contraste entre ambos mundos, entre el fatuo grupo festejante dentro de la fortaleza y la devastadora miseria afuera, apenas se podría formular con mayor fuerza que como lo hace el virtuoso estadounidense del terror literario: «[Dentro] había bufones, improvisadores, bailarines y músicos; había hermosura y vino. Afuera estaba la Muerte Roja».

«Que el mundo exterior se las arreglara por su cuenta»: la narración de Poe

se puede leer como una alegoría de la sociedad de la externalización. De una sociedad que, en la vida real, incluso logra llevar afuera «la noticia de la delirante jovialidad reinante en el interior», cuyos ciudadanos salen reiteradamente de la fortaleza para proclamar su bienestar al mundo exterior y para, una vez hecho el viaje, regresar de nuevo a la protección de los familiares muros: unos muros que seguidamente se levantan aún más altos para poder seguir manteniendo a raya a los excluidos que se sienten atraídos por la prosperidad en el interior. La libertad de movimiento es un bien preciado para la sociedad de la externalización. Pero no es un valor universalizable: las oportunidades de movilidad son aquí una fuente de recursos monopolizada a la que uno recurre para sí mismo pero que, sin embargo, se deniega a otros. La regulación física del movimiento —unos son móviles, los otros son desmovilizados— es un elemento esencial del estilo de vida occidental. Es un factor constitutivo de un mundo presuntamente «globalizado» en el que los Prósperos del capitalismo del bienestar solo quieren juntarse con sus semejantes.

Sin embargo, en la narración de Poe la Muerte Roja logra al final mezclarse entre el grupo festejante, con un final devastador. Y también la sociedad de la externalización está cada vez en peores condiciones de mantener abierta su fortaleza para la población propia pero cerrada para huéspedes no invitados —o si lo logra es a base de esfuerzos cada vez más misantrópicos—. El régimen de movilidad asimétrico que han instaurado las sociedades del norte global está en crisis, como testimonian sus excitadas reacciones a la actual crisis migratoria. Pero vayamos por partes. En primer lugar se trata de explicar las desigualdades de la movilidad espacial en la sociedad mundial.

Yupi ya ya yupi: ¿nos salimos de la sociedad de la externalización...

Hablar de movilidad espacial significa hablar de viajar. «Viajar educa», dice una ocurrencia atribuida a Immanuel Kant, y los ciudadanos del norte global —mirándolo así— están muy ávidos de educarse. Desde hace décadas los alemanes se consideran «campeones mundiales del viajar». <sup>6</sup> En cualquier caso, en 2015 volaron al extranjero como nunca lo habían hecho hasta entonces: 81,6 millones de pasajeros partieron de los aeropuertos alemanes para vuelos



más o menos largos, prosiguiendo así la tendencia de crecimiento de los últimos años. Es decir, ateniéndose a las cifras, toda Alemania salió una vez al extranjero a lo largo de un año. Solo uno de cada diez alemanes no ha volado jamás, y los hombres —como bien saben los servicios del sector— vuelan más a menudo que las mujeres. Tres cuartas partes de los vuelos tenían destinos europeos, pero en todo caso se programaron veinte millones de vuelos intercontinentales: casi seis millones de vuelos fueron a los Estados Unidos, pero ya a poca distancia seguían los destinos en el norte de África y en el este o sudeste asiático.

Pero no solo los alemanes, sino también los ciudadanos de todas las sociedades ricas se han convertido por tendencia en viajeros por el mundo: entre tanto el turismo organizado ha llegado a ser un fenómeno extendido mundialmente, al que, por ejemplo, también se suman con fuerza las nuevas clases medias chinas. El viaje de reposo anual a los lugares soleados del mundo se ha convertido cada vez más en una normalidad social, y las ganas generales de viajar se han mantenido también intactas a pesar de todas las crisis financieras y del aumento de zonas en guerra por todo el mundo. Al fin y al cabo, hay destinos viajeros para dar y vender: si otra vez ha habido un atentado con bomba en Turquía, en Túnez o en Bali, si ha habido un tsunami devastador en Tailandia o un tornado ha asolado el Caribe, entonces el portfolio de viajes vacacionales se diversifica y el viaje se dirige esta vez al país vecino, a la isla soleada que haya más cerca o, si todos los demás destinos fallan, a la entrañable España, que con sesenta y ocho millones de visitantes en 2015 fue la mayor beneficiaria del creciente miedo de los turistas europeos a atentados terroristas. Por el contrario, el veraneante que no quiera mezclarse con las masas sino que insiste en la experiencia individual de viajar, en lugar de volar al Mediterráneo o a la República Dominicana preferirá hacerlo a lugares especialmente apartados y supuestamente aún no «descubiertos» por las grandes empresas turísticas... o incluso se decidirá por formas de turismo humanitario global, que recientemente se ha convertido en un floreciente segmento del mercado. Por ejemplo, por un voluntariado en Costa Rica,<sup>7</sup> donde adolescentes europeos pueden desenterrar por la noche huevos de tortuga en las playas para llevarlos a un lugar seguro de incubación. «Gracias a vuestra ayuda algunas tortugas marinas han logrado llegar seguras al mar», promete a los amantes de los animales que estén interesados el turoperador, que gracias al nada desdeñable apoyo financiero

de los amorosos padres de su clientela vuelve a hacer su agosto.

Pero aquí no interesan tanto las consabidas consecuencias *ecológicas* de la actividad viajera propagada y en continuo crecimiento, por ejemplo la conveniencia o inconveniencia de un vuelo intercontinental para la obstetricia de tortugas marinas. Según datos de la Organización del Turismo Mundial de las Naciones Unidas (UNWTO), los desplazamientos turísticos a nivel mundial<sup>8</sup> han aumentado de cincuenta millones en 1950 a seiscientos ochenta y cuatro millones en 2000, y recientemente se han vuelto a disparar hasta novecientos veintidós millones en 2008. Según las encuestas («¿Ha hecho usted durante el último año al menos un viaje de vacaciones?»), la frecuencia de los desplazamientos vacacionales de los alemanes mayores de edad ha aumentado entre 1972 y 2008 del 49 al 76 por ciento. Por consiguiente, tampoco deberemos centrarnos en las cuestionables consecuencias *sociales* que una industrialización monocultural del turismo acaba teniendo para los destinos visitados más o menos masivamente de un nuevo colonialismo occidental del tiempo libre. Sin embargo, para completar, permítaseme hacer algunas indicaciones a ambos respectos.

Cuando ciudadanos prósperos que se sienten —como prefieran— o bien estresados o bien con ganas de rendir aún más se dirigen a zonas alejadas para practicar ahí «trabajo y viaje en el extranjero»<sup>2</sup> o para «recargar» sus proverbiales «pilas», están consumiendo innegablemente energías en otras partes y forzosamente están recurriendo al trabajo de otros. Quien proveniente de Europa quiera tener información más detallada sobre su huella turística en el clima, que se dirija por ejemplo con toda confianza al Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), que explica el cálculo de los niveles de consumo de recursos durante los típicos viajes de ocio.<sup>10</sup> Por ejemplo, dos semanas de vacaciones con todo incluido en las playas caribeñas de Cancún, México, además del precio que uno tiene que pagar individualmente por el programa completo, le cuestan al resto del mundo 7 218 kilogramos de CO<sub>2</sub> por persona: 90 por ciento a cuenta del vuelo, pero también el hotel plenamente climatizado, las grandes instalaciones ajardinadas con césped verde (inexistentes en el resto de la región) y alguna que otra hora en la moto acuática consumen muchos recursos. En ese cálculo apenas se notan los prácticos botellines de agua helada (a diferencia de los nativos, a quienes viajan a estas regiones no se les puede exigir que beban agua del grifo) y la fruta fresca empaquetada en vasos de plástico y troceada en

bocados. Comparado con eso, el crucero de siete días por el Mediterráneo occidental casi es una broma ecológica: aquí solo se emiten 1 224 kilogramos de CO<sub>2</sub> por persona, así que el oasis de *wellness* a bordo se puede disfrutar mucho más relajadamente y el fatigoso trayecto relámpago en autobús por las calles de una de las ciudades portuarias a las que cada hora arriban cruceros se puede recorrer mucho más a gusto. ¿Será acaso el balance ecológico menos devastador lo que ha hecho que el número de pasajeros alemanes en cruceros marítimos<sup>11</sup> se sextuplicara, desde trescientos mil en 1998 hasta más de 1,8 millones en 2015? Quién sabe. «Volar sosteniblemente»,<sup>12</sup> dice en todo caso uno de los eslóganes publicitarios del gigante turístico TUI: semejante artimaña también se les podría haber ocurrido a los departamentos de *marketing* de las grandes navieras de cruceros.

Pero como hemos dicho: mejor dejémoslo estar. Y tampoco perdamos más tiempo con los desequilibrios sociales<sup>13</sup> que para los amables nativos resultan del abuso estructural de los recursos naturales en los destinos globales de la nostalgia que el capitalismo del bienestar siente de países lejanos: el enorme uso de superficies por la agresiva urbanización en regiones costeras, el inmenso consumo de agua por parte de los visitantes a expensas de la población local, los problemas de eliminación de aguas residuales y basura que dejan ejércitos siempre nuevos de veraneantes, el gasto de recursos naturales para satisfacer las múltiples necesidades que tienen los trotamundos e idealistas con fuerte poder adquisitivo, deseos de llevarse recuerdos, los estructurales desplazamientos económicos en las economías locales hacia un valor añadido orientado exclusivamente a los servicios turísticos, la destrucción que ello acarrea de formas de trabajo y estilos de vida tradicionales, y la dependencia material que para el país y la gente se genera así respecto de un flujo de visitantes que no falta y nunca se acaba procedente de los centros de la riqueza mundial. En los sectores económicos del norte global que canalizan estos flujos se habla gustosamente del «turismo como factor de desarrollo»,<sup>14</sup> pero por lo general dicho turismo, en el mejor de los casos, sirve para consolidar un desarrollo desigual en las regiones del mundo visitadas por millones de «cooperantes en países en vías de desarrollo». En su dilema de tener que vivir de las ganas de viajar del norte global —un espíritu viajero que en última instancia tiene efectos destructivos—, los países de destino en el sur global incluso pueden alegrarse finalmente de los pronósticos según los cuales el turismo global seguirá creciendo,<sup>15</sup> con una

duplicación prevista del consumo de agua y una triplicación del uso de superficie hasta 2050. Por otro lado, no hay estimaciones correspondientes de las sucesivas tasas de crecimiento por ejemplo del turismo sexual en el sudeste asiático o del turismo occidental de orfanatos en África, Asia o Centroamérica. Sin embargo, también a este respecto cabe esperar que el «desarrollo» seguirá creciendo con fuerza.

Sin embargo, no son todos estos efectos secundarios y daños colaterales de las prácticas viajeras occidentales lo que debe ocupar el centro de esta consideración. Más bien se trata de desviar el foco de atención hacia las *desiguales estructuras de legitimación* en los fenómenos de movilidad global, pues mientras que unos visitan con plena libertad, en creciente medida y cada vez más frecuentemente países y gentes de naciones extranjeras —precisamente en las vacaciones, igual que en los viajes de negocios, se da mucha importancia a un poco más de confort—, al mismo tiempo muchos miles de millones de personas de este mundo son paralizadas por la política de movilidad. La libertad de movimiento, que hoy es mayor que nunca, tal como los ciudadanos y las ciudadanas de las democracias ricas del norte global hacen uso de ella como si fuera algo obvio y la consideran un componente elemental de su calidad de vida, está en crasa desproporción con las posibilidades de movilidad restringidas y denegadas para amplias partes de la población mundial, cuya inmovilidad queda determinada no solo por las posibilidades materiales de movimiento incomparablemente menores, cuando no totalmente inexistentes en el espacio social global, pues ya solo por motivos financieros no se podrían permitir las prácticas del consumidor normal del norte de dar la vuelta al mundo, sino que sobre todo les queda denegada jurídicamente la oportunidad de moverse traspasando las fronteras, de modo que sistemáticamente se deshábítúan del placer de viajar o directamente se les quitan las ganas de hacerlo a causa de obstáculos, impedimentos y prohibiciones formales.

La sociedad de la externalización también se basa esencialmente en un régimen de movilidad dividido globalmente: «¿Cuánto cuesta el mundo?», se preguntan aquí unos, y solo les queda para los otros un «Lamentablemente nos tenemos que quedar fuera». Como dijo, en representación de los cerca de trescientos treinta y ocho millones de ciudadanos europeos que hay en la actualidad, el presidente del Consejo Europeo en activo Donald Tusk, en el que hasta ahora ha sido el último punto culminante de la migración a Europa

de refugiados procedentes de Oriente Próximo y del norte de África. Por lo demás, en su intervención pública y oficial para hacer que potenciales refugiados desistan de viajar a Europa,<sup>16</sup> no se privó de mencionar, además de los peligros corporales, también los costes materiales de un viaje terrestre o marítimo en última instancia inútil hasta las fronteras de la Unión Europea. «No arriesguen su dinero»: el próspero hombre europeo sabe lo que importa en la vida.

¿... Y entramos en la sociedad de la externalización? El poder de los pasaportes

La regulación del paso de fronteras de los viajeros y la «política del visado» en las democracias ricas, que de forma específica estructura la situación de desigualdad, ilustran de manera impresionante la «brecha de la movilidad» que se abre con los países del sur global. Un grupo de trabajo en torno al sociólogo berlinés Steffen Mau ha investigado ampliamente esta *global mobility divide* o «brecha de la movilidad global».<sup>17</sup> Su estudio evidencia la desigualdad de estatus que reina entre los países ricos y los pobres, que constantemente es reproducida por el reconocimiento de la exención de visado para unos y la imposición del requisito de visado para otros. Mientras que los ciudadanos de las naciones ricas pueden salir de viaje espontáneamente para emprender sin molestias grandes viajes de exploración o rentables viajes de negocios, las posibilidades de viajar legalmente para los ciudadanos de muchos Estados pobres están tremendamente restringidas y quedan sujetas a un amplio, fatigoso y costoso examen. Ya para (o contra) estancias breves de visitantes potencialmente indeseados o no atractivos, las sociedades democráticas del norte global saben edificar en torno a sí un grueso muro legal protector, mientras que, a la inversa, están en condiciones de hacer uso de su derecho garantizado a la libertad de desplazamiento. Como tantas otras cosas, también el poder de los pasaportes está desigualmente distribuido a nivel mundial. El documento que en la Unión Europea es de color burdeos y en Norteamérica de color azul oscuro refleja en su poder para abrir puertas la potencia económica, la posición geopolítica y el poder de acción en la sociedad mundial del respectivo país del cual se tiene la suerte de ser ciudadano. O —en caso de una procedencia distinta—

la desgracia.

Es asombrosa la asimetría en la libertad de movimientos a escala global:<sup>18</sup> quien hoy puede decidir si viaja mañana al aeropuerto y vuela por *stand-by* por así decirlo «a alguna parte», por lo general no tiene conciencia de ese desequilibrio de poder. Por ejemplo, los ciudadanos de los Estados Unidos pueden viajar sin visado a otros noventa países, mientras que, a la inversa, los Estados Unidos solo reconocen este derecho a ciudadanos de otros treinta y seis Estados. El índice de exención de visado elaborado por Mau y sus colegas muestra que este desigual derecho de movilidad, que no es recíproco, no es desde luego un fenómeno exclusivamente norteamericano, sino que hay en general una clara desigualdad en el reconocimiento de la libertad de circulación a favor de las naciones occidentales. Así, por ejemplo, en 2010 los ciudadanos irlandeses tenían exención de visado para viajar a noventa y cinco países del mundo, los daneses y los suecos para noventa y cuatro Estados, y los alemanes, al fin y al cabo, para noventa y tres, mientras que los ciudadanos de Irán solo podían viajar sin problemas a seis países, los de Pakistán a cuatro y los de Irak, Somalia y Afganistán a dos. Esta libertad de movimiento radicalmente desigual guarda estrecha relación estadística con la riqueza de las naciones: cuanto más elevado es el PIB y, de modo correlativo, la plusvalía económica per cápita en un país, tanto más libremente pueden desplazarse por el mundo las cabezas y los cuerpos procedentes de tal país. La riqueza hace móvil: esta máxima es válida tanto a nivel local como a nivel global. Especialmente también porque los países ricos y los ricos de otros países no se consideran una amenaza directa para nuestra propia riqueza ni un peligro para su disfrute en seguridad.

Pero sobre todo se puede constatar que la desigualdad de movilidad a nivel global se ha acentuado claramente justo en la época de la globalización. Tal como muestra una perspectiva histórica a largo plazo, las oportunidades para desplazarse se han polarizado claramente a escala mundial en los años comprendidos entre 1969, cuando aún no se había producido el último impulso a la globalización, y 2010. En este período de tiempo los países ricos han introducido un régimen asimétrico de movimiento a gusto suyo: libre circulación de mercancías y personas procedentes del norte global con una simultánea restricción de la movilidad de bienes y sobre todo de personas procedentes del sur. A mediados de la primera década de los años 2000 la mitad de la población mundial podía viajar sin visado a menos de veinticinco

países, y dos tercios de la humanidad a menos de treinta y cinco Estados. Solo las personas procedentes del mundo de la OCDE, cuyos privilegios económicos se traducen inmediatamente en preferencias jurídicas y ventajas sociales, gozan de una auténtica libertad global de desplazamiento en la presunta «era global». Las sociedades del capitalismo del bienestar se han proporcionado así un monopolio de movilidad global y han alcanzado una maximización unilateral de sus posibilidades de movilidad. Los ciudadanos de la Unión Europea pueden viajar a casi todos los Estados del mundo sin visado o —si aparte de su estatus de privilegiados cosmopolitas no han incurrido en ninguna culpa— pueden hacerse emitir sin problemas un visado turístico.

Los ciudadanos de las naciones menos ricas solo pueden soñar con semejante libertad prácticamente ilimitada de movimiento a corto plazo o de breve duración en el espacio global. O en todo caso la mayoría de ellos, pues otro rasgo característico del régimen dividido de desplazamiento es su estructuración social: también entre los ciudadanos de los países pobres, que están controlados y condicionados en su movilidad, hay ciudadanos de primera y de segunda clase (y de muchas otras más). Dicho más exactamente, los países ricos han creado con su política de visado un sistema de adjudicación de derechos de entrada y estancia que es selectivo en muchos sentidos, y que no solo discrimina en función de la respectiva nacionalidad del solicitante, sino que también distingue en función del su estatus económico y social, pues, como cabe demostrar, para solicitar con éxito el visado se tienen que cumplir numerosos prerrequisitos: potencial financiero y protección de seguro, un servicio de atención en el país de acogida y la disposición a regresar a la patria. Por tanto, el régimen de desplazamiento basado en el visado demuestra ser un sistema sumamente complejo de distintas velocidades y probabilidades estructuradas. En él, los ciudadanos de los centros capitalistas y democráticos pueden salir prácticamente en todo momento y viajar a otras partes, pero desde las periferias de la presunta «aldea global» solo pueden viajar al centro aquellos —e incluso estos la mayoría de las veces solo por breve tiempo— que cumplen los duros e interesados criterios de los guardianes del grial o de las fronteras del capitalismo del bienestar.

Con ello estamos aludiendo al régimen fronterizo de la sociedad de la externalización. Con vistas a la política de visado como instrumento de la

monopolización de la movilidad son relevantes sobre todo dos «cuestiones fronterizas». La primera es la cuestión de la simultaneidad —y de la conexión funcional— de apertura y cierre: mientras que nosotros, los hijos del bienestar, podemos salir al mundo, el mundo «ahí afuera» no puede entrar en nuestra casa, o al menos no en forma de hombres de carne y hueso. Con un préstamo lingüístico tomado de la biología y la física la regulación de la movilidad en el capitalismo global hecha a medida de los centros de la sociedad mundial se podría designar también como «semipermeable». <sup>19</sup> Como sucede con una envoltura semipermeable —de modo similar al funcionamiento de la membrana celular—, la política dominante del visado permite el tránsito fronterizo en una dirección, impidiéndola por el contrario en la otra. Las fronteras de la sociedad de la externalización son permeables hacia afuera, pero no hacia adentro, o están configuradas de tal modo que aquello que uno no quiere tener a su lado pueda ser efectivamente excluido. En términos de política de movilidad, no solo se pueden deslocalizar los costes de la propia libertad de circulación trasladándolos a las sociedades de destino repartidas por todo el mundo, sino que, en contrapartida, también se puede rechazar todo deseo procedente de estas sociedades por acceder al entrañable mundo del bienestar.

La segunda cuestión fronteriza planteada —y en cierta manera expulsada— con la praxis del visado es la pregunta por el lugar donde se produce el suceso, por las prácticas espaciales de la gestión fronteriza. Y aquí nos volvemos a encontrar con un efecto manifiesto de la externalización: un efecto que en un primer momento parece ser puramente administrativo, pero que de hecho es totalmente material, pues con la política de la solicitud y la concesión o denegación del visado las propias fronteras de la sociedad de la externalización se deslocalizan, se trasladan a países y regiones del mundo muy alejados. «Pushing the border out»<sup>20</sup> —desplazar la frontera afuera, sacarla más allá del propio mundo vital—: así llama a este movimiento el grupo de autores en torno a Steffen Mau. Los puntos de control de acceso se extraterritorializan, se transfieren desde el territorio de los países ricos hasta los no lugares sociales de los consulados y departamentos consulares de sus embajadas en las regiones pobres del mundo. Lo que en política de refugiados conocemos —o en todo caso hemos conocido en el pasado más reciente— como «procedimiento de Dublín», es decir que la solicitud de asilo sea examinada por el primer Estado al que llegaron los solicitantes de



asilo— ha sido desde siempre praxis usual en la política de visado: la solicitud de entrada se entrega y se resuelve en el lugar de procedencia, de modo que la persona que quiere desplazarse ni siquiera llega adonde quiere ir ni se persona ante aquellos a quienes su presencia resulta inconcebible. Si «Dublín» debe protegernos de una inmigración indeseada y asegurar que el rechazo de los solicitantes de asilo se produzca lejos de la puerta de nuestra casa (ahorrándonos así el desagradable asunto de la expulsión), la política del visado —que de este modo resulta tan discreta— se puede designar como «Dublín para todos» o «Dublín permanente»: en algún despacho ministerial en el mundo ahí afuera se entregan solicitudes de entrada, de paso o de estancia, de cuya denegación nunca nos enteramos y cuyos solicitantes nunca llegamos a ver... gracias al poder político y a la racionalidad burocrática de la sociedad de la externalización.

A propósito del poder: extraterritorializar la frontera, trasladarla al exterior social, también significa externalizar aquella violencia que siempre y necesariamente corre pareja con el trazado de fronteras y los controles fronterizos, con el aseguramiento y la afirmación de fronteras. Una violencia que se aplica en y más allá de las fronteras del propio territorio para garantizar la «paz social» en el interior del país. El sociólogo y economista del desarrollo Ernst Neumayer de la Escuela de Londres de Ciencias Económicas y Políticas designa la política del visado o su manejo restrictivo frente a ciudadanos de naciones pobres como una primera línea defensiva (*first line of defense*)<sup>21</sup> frente al acceso indeseado al propio territorio: es la avanzadilla jurídica para salvaguardar de potenciales intrusos nuestro entorno vital y nuestro estilo de vida. Se ha popularizado la expresión que, referida a la defensa estatal, señala que la seguridad de Europa (también) se defiende en el Hindukush,<sup>22</sup> pero el bienestar europeo no solo es defendido entre tanto por la policía y el ejército de otros Estados, en las vallas fronterizas de Macedonia y en el puerto del Pireo, sino cotidianamente y de forma aparentemente relajada por centros administrativos europeos repartidos por todo el mundo. Si se ven las intervenciones militares en las fronteras externas de la Unión Europea y la praxis del visado de las embajadas europeas en el resto del mundo como las dos caras de una misma medalla —y siendo realista hay que verlo así—, entonces queda claro que la externalización del poder que lleva a cabo la política de movilidad se realiza haciendo división del trabajo: el servicio de defensa de la sociedad de la externalización muestra en la valla

fronteriza su rostro brutal, mientras que en la mesa de oficina opera a la manera más sutil de las *smart borders*,<sup>23</sup> es decir, en forma de la regulación «inteligente» del acceso, una regulación pertrechada de tecnología de información.

Desde luego, son violentas ambas formas de protección deslocalizada de la sociedad de la externalización frente a su presunto mundo exterior. Sobre todo teniendo en cuenta que nosotros, hijos del bienestar y ciudadanos de la externalización, al parecer deslocalizamos con éxito de nuestra percepción la modalidad militar de esta protección, pero también la modalidad policial y administrativa, y que las disociamos de nuestro entorno vital y las excluimos de nuestra interpretación del mundo. «Pushing the border out» significa justamente no solo desplazar las fronteras espacialmente hacia afuera, sino también sacar el régimen fronterizo de la sociedad de la externalización fuera de nuestro campo visual y de nuestro estado anímico. Parece que la propia experiencia duradera de traspasar físicamente las fronteras,<sup>24</sup> algo que nosotros mismos decidimos y que no nos resulta nada complicado, nos ha hecho ciegos para ver que esta misma experiencia no les es concedida a muchos otros hombres de este mundo, es más, que se les deniega jurídicamente —en nuestro nombre o con vistas a nuestra prosperidad— y que, si es necesario, se les niega con uso de violencia. Solo con la crisis de «Schengen», es decir, con la restricción posible y en parte también efectiva de una libertad de desplazamiento dentro del espacio interior europeo que antes había sido máxima, volvemos a tomar conciencia poco a poco del reverso de la movilidad. Pero, por otra parte, hemos convertido en algo puramente habitual la libertad de movimiento asimétrica, selectiva y exclusiva que nosotros disfrutamos, y ella se ha convertido para nosotros en una praxis cotidiana incuestionada y ejercida como algo obvio.

Con esto de fondo encaja que el gobierno turco condicionara su compromiso hecho en la primavera de 2016 de actuar en la zona de Oriente Próximo como línea defensiva exterior contra los refugiados que querían venir a Europa a que se concediera la exención de visado a los ciudadanos turcos<sup>25</sup> que quisieran viajar a la Unión Europea. Esta pretensión política, al igual que las reacciones a ella que se produjeron de inmediato, son una elocuente expresión del régimen de desplazamiento global dividido y son significativas de una praxis de externalización que en cierto modo se ha convertido para nosotros en una segunda naturaleza: el Estado turco debe

cumplir no menos de setenta y dos criterios para lograr para sus ciudadanos la libertad de circulación para viajar a Europa, «los progresos de Turquía hacia la liberalización del visado» son examinados continuamente por la comisión de la Unión Europea, y además debe establecerse un «mecanismo de seguridad» que, en caso necesario, permita a la Unión Europea accionar el «freno de emergencia» para retirar de nuevo la regulación de la exención.

Pese a todas estas tácticas dilatorias y todos estos dispositivos protectores, fueron notablemente grandes —sobre todo entre los políticos «socialcristianos» en Alemania— la agitación y el enojo que desencadenó el intento del país emergente que es Turquía de participar en el monopolio de movilidad del centro europeo. El presidente de la CSU, Horst Seehofer, declaró públicamente que se «sentía obligado a advertir de los riesgos» que conllevaba la planeada exención de visado para los turcos en Europa, pues era muy grande el peligro de que a consecuencia de ello se importaran los «problemas internos de Turquía». De este modo, el presidente bávaro formuló certeramente y con toda precisión tanto la usual lógica de la problematización como el típico modo de gestionar los problemas en la sociedad de la externalización: como siempre, se trata de diseñar el balance entre importación y exportación de modo que nos beneficie a nosotros. Impedir la importación de problemas, impulsar la exportación de problemas: ¿quién no querría seguir viviendo en el mejor de todos los mundos?

## Derechos de ciudadanía y democracia del carbón: el barco a vapor está lleno

Así pues, las ganancias de libertad que ha traído la globalización y el derecho a la movilidad transnacional son evidentemente divisibles: unos los tienen y los aprovechan a expensas de otros que quedan excluidos de ellos. Pero estar en uno u otro lado de la «brecha de la movilidad global» es ante todo una cuestión de la nacionalidad, es decir, depende esencialmente del país en el que ha nacido uno: si en Europa o en Oriente Próximo, en los Estados Unidos o en África occidental. La jurisperita y politóloga israelí Ayelet Shachar designa este capricho del destino, que concede a uno por nacimiento un estatus privilegiado mientras que al otro lo pone desde el comienzo de su vida en una posición desfavorable, como una «lotería del

derecho nativo» (*birthright lottery*):<sup>26</sup> quien nace en el lugar correcto, y encima en el momento apropiado, ha tenido suerte en la lotería de las oportunidades vitales.

En realidad, en las sociedades modernas este tipo de discriminaciones arbitrarias son criticadas por principio. Por ejemplo, las diferencias nativas de sexo, de raza o incluso de procedencia social —las famosas categorías discriminatorias de *gender*, *class* y *race*— cuando menos desafían la pretensión normativa que estas sociedades tienen de tomar medidas políticas de equiparación jurídica y equilibrio social. Sin embargo, esta pretensión no tiene en cuenta ese otro factor diferenciador no menos casual que es la nacionalidad. Más bien sucede todo lo contrario: la nacionalidad que se tiene o no se tiene es aquí una base reconocida y muy eficaz para un favorecimiento o discriminación jurídico y social. Por eso, y ya solo por eso, quien tiene nacionalidad holandesa o neozelandesa tiene el billete premiado en la lotería global de la movilidad, mientras que quienes tienen nacionalidad armenia o etíope tienen un billete no premiado. A no ser que pertenezcan a la clase más rica de su país, pues en tal caso posiblemente podrán comprarse una nacionalidad atractiva: por ejemplo, Malta vende la nacionalidad del país,<sup>27</sup> y por tanto también la de la Unión Europea, por un precio fijo de seiscientos cincuenta mil euros (más quinientos mil euros de inversiones en el plazo de un año). Incluso tras la lotería del nacimiento unos son más iguales que otros.

Así pues, los derechos de ciudadanía, aquella institución tan loada de la participación social, cuyo componente civilizador tiene una importancia capital para la descripción que las sociedades burguesas democráticas hacen de sí mismas, son evidentemente un arma de doble filo. El sociólogo británico Thomas H. Marshall,<sup>28</sup> el analista e intérprete más importante de los derechos modernos de ciudadanía y del estatus de ciudadano que tales derechos crean (*citizenship*), inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y bajo la impresión del hundimiento de la civilización que supuso el nacionalsocialismo, había acentuado el aspecto capacitador, integrador e inclusivo de los derechos de ciudadanía... y desde el punto de vista actual posiblemente le diera demasiada importancia. Según Marshall, las comunidades democráticas modernas se caracterizan porque garantizan a sus miembros, los ciudadanos del Estado, un amplio conjunto de derechos, desde la libertad de opinión y contractual, pasando por el derecho de reunión y

electoral, hasta el derecho legítimo a educación, asistencia sanitaria y seguridad social.

Lo que Marshall supo ver muy bien pero no siguió investigando sistemáticamente en su análisis fue el reverso de la medalla: el acceso al estatus de ciudadanía y a sus garantías jurídicas corre necesariamente parejo con la exclusión de los no ciudadanos de su campo de aplicación. En terminología económica podría decirse que la nacionalidad es un clásico bien club:<sup>29</sup> los miembros del club, que en este caso son los ciudadanos nacionalizados y quienes están equiparados jurídicamente a ellos, pueden disfrutar de determinados bienes, mientras que los no-miembros pueden quedar y por lo general quedan de hecho excluidos de este disfrute. En el sentido del derecho de ciudadanía, «bienvenido al club» solo se aplica a quienes han nacido en las instalaciones del club o también a quienes sin tener esa partida de nacimiento son admitidos como miembros por la dirección del club. Sin embargo, en Alemania, por ejemplo, haber nacido en los Estados federales alemanes no valió durante mucho tiempo, ni siquiera para todos los ahí residentes, como billete de entrada para la nacionalidad: toda una generación de hijos de «trabajadores extranjeros» turcos lo saben por propia experiencia.

Sea como fuere: el Estado nacional y social de derecho de las sociedades democráticas y capitalistas, sobre todo en las décadas tras la Segunda Guerra Mundial, actuó hacia «dentro» como un acuerdo institucional para incrementar las oportunidades vitales de amplios sectores de la población. Pero hoy resulta ser más que nunca lo que al mismo tiempo fue también desde siempre: un instrumento efectivo del cierre social de las sociedades ricas hacia «fuera». Fueron los propios ciudadanos de las democracias occidentales quienes, siendo en una amplísima mayoría no propietarios en una sociedad de la propiedad privada, lucharon desde los comienzos de la modernidad capitalista en los conflictos políticos y sociales por el reconocimiento de sus pretensiones jurídicas, por su propagación gradual... y para que terceros quedaran excluidos de acogerse a ellas. El sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein, protagonista principal de los análisis del sistema mundial que introdujimos en el segundo capítulo, ha comparado esta continua lucha social interna de grupos marginados para conseguir la ampliación del acceso a los derechos que proporciona el estatus de la nacionalidad, junto con los esfuerzos paralelos por restringirles este acceso a

los grupos respectivamente distintos, con las riñas de náufragos en un bote salvavidas:<sup>30</sup> «Se comportaban sin excepción como si quisieran asegurarse un puesto en el bote salvavidas llamado nacionalidad y al mismo tiempo temieran que si se admitían a otros que buscaban salvación el bote fuera a sobrecargarse».

«El bote está lleno»: el temor a que la capacidad de acogida del «bote salvavidas llamado nacionalidad» (*a lifeboat called citizenship*) sea limitada, a que el sitio al sol de unos derechos relativos —incluso en una sociedad capitalista que se está democratizando— sea un bien escaso, se ha traducido desde siempre en el impulso político de retirar las escalerillas del derecho de acceso tan pronto como uno mismo se ha subido a bordo del barco «Estado social». El miedo a la cifra grande, a las masas de otros que estén potencialmente legitimados para reivindicar los mismos derechos, siempre ha suscitado en la historia de los derechos de ciudadanía la demanda de barreras de acceso: quienes ya habían logrado meterse «dentro» querían quedarse ellos solos; quien finalmente había logrado ser incluido en el estatus de ciudadano no quería hacer mucho ruido con su exclusividad. Wallerstein muestra cómo en la historia del capitalismo democrático primero los trabajadores se agitaron contra la equiparación de las mujeres en el derecho civil, y luego los trabajadores y las mujeres se agitaron juntos contra la equiparación de los «extranjeros». Cuanto más encarecidamente apelaban los desfavorecidos a la «igualdad» como idea rectora de la reconfiguración social y de la reforma social y política, tantos más obstáculos se levantaban para impedir que «todos» y «cada uno» pudieran acogerse a los mismos derechos, y no solo por parte de los dominantes y los propietarios, sino también por iniciativa de los que ya apenas empezaban a tener derechos. La coyuntura siempre retornante de categorías sociales respectivamente diferenciadas y establecidas binariamente —ciudadano y proletario, hombre y mujer, negro y blanco, nativo y extranjero, civilizado y bárbaro— testimonia el esfuerzo permanente en la comunidad política por restringir las pretensiones legales a otros grupos de personas o por denegar ya por completo a estos grupos el acceso al estatus de ciudadano.

Así pues, cuando actualmente en Alemania los alemanes del este —no solo ellos, pero sí especialmente ellos— protestan contra la supuesta «islamización» de aquella comunidad nacional en la que ellos mismos han ingresado en la generación anterior, entonces tal reacción de rechazo encaja en el modelo de

derechos de ciudadanía que conocemos históricamente de aspiración a una *inclusión exclusiva*. Al parecer, pocas cosas asustan tanto hoy a amplios sectores de la ciudadanía y a sus representantes políticos como el riesgo imaginario de una «inmigración en los sistemas sociales», y en ningún otro ámbito de la sociedad civil resulta tan obvia la «tolerancia cero» como en el rechazo de las pretensiones legales de «terceros». Ya Marshall había señalado que el reconocimiento de otros como iguales, y por tanto como titulares de los mismos derechos de ciudadanía, depende de la sensación de pertenecer a una «cultura» compartida en común. Con ello se refería sobre todo a la respectiva conciencia nacional de las sociedades europeas. Los recelos nacionales a la hora de reconocer derechos de ciudadanía hoy parecen más bien fortalecerse que desaparecer. Los derechos civiles, de cuya protección tan orgullosas se sienten las democracias «avanzadas», se tratan en todo caso como unos recursos escasos, y si es preciso prevalecen sobre aquellos derechos humanos a los que el sentido común posiblemente concedería una prioridad lógica. Pero evidentemente esto no es lo que sucede en la sociedad de la externalización: cuando aquí se hace el juramento de otorgamiento de los derechos de movilidad y de acceso, la nacionalidad tiene prioridad sobre los derechos humanos, y los no nacionalizados son degradados a hombres de segunda clase.

En este punto no debe quedar sin mencionar que el cierre del espacio de nacionalidad en las democracias capitalistas de Occidente también guarda relación inmediata con las prácticas de externalización material y ecológica que describimos en el capítulo anterior. El politólogo e historiador norteamericano Timothy Mitchell ha formulado esta correlación con el concepto de diagnóstico de social de la «democracia del carbón» (*carbon democracy*):<sup>31</sup> según esta concepción, la historia de los derechos de ciudadanía y la doble dinámica de externalización vinculada a ella —protección frente a las pretensiones de gente de fuera y cargar los costes a terceros— solo se vuelven realmente comprensibles si las economías políticas del mundo «desarrollado» se conciben en conjunción con su específica ecología política, pues la medida de legitimación social de los ciudadanos que hoy se ha alcanzado en el norte global también hay que considerarla esencialmente un efecto de su riqueza material. Pero esta riqueza —y con ella también los crecientes márgenes de redistribución y las posibilidades estructurales de integrar a los desposeídos en la comunidad nacional— guardaba en las

sociedades europeas una estrecha relación con su régimen energético específico, que se fue estableciendo desde el siglo XVIII.

No es casual que en alemán «carbón» siga siendo una metáfora coloquial para designar el dinero, la propiedad, el bienestar. Con la expansión y la intensificación de la minería del carbón en nuestras latitudes a mediados del siglo XIX comenzó en cierto modo todo lo que ha constituido hasta hoy la moderna sociedad de la externalización: el permanente crecimiento económico, el ascenso de la gran industria y del trabajo industrial remunerado, las luchas de los asalariados por derechos sociales y su creciente poder organizativo, el aumento de bienestar material también para las clases desposeídas, el doble movimiento de producción en masa y consumo masivo, la propagación por varias clases sociales de un estilo de vida que consume muchos recursos y produce mucha contaminación. Esta dinámica social global fue elevada a un nivel nuevamente superior y más ampliado, es más, en cierto modo fue llevada al extremo con el cambio que en el curso del siglo XX se realizó del carbón al petróleo como lubricante económico, político y social del *way of life* occidental e industrial, capitalista y democrático: la disponibilidad aparentemente ilimitada del «oro negro» como materia prima barata y móvil, cuya extracción podía desacoplarse espacialmente de su uso mucho más fácilmente que como aún sucedía con el carbón, revolucionó las sociedades del norte global y los patrones de estilo de vida de amplias mayorías de la población en ellas.

De este modo surgió como muy tarde tras la Segunda Guerra Mundial una sociedad que prácticamente en todos los sentidos estaba conectada al gotero de las torres de perforación y los oleoductos: en su bienestar, en sus prácticas cotidianas, en su poderosa posición en el sistema mundial. Lo que cabe llamar el capitalismo «fósil»,<sup>32</sup> es decir, una organización de la economía basada en el uso masivo de carburantes fósiles —lignito y hulla, petróleo y gas natural— marcó su impronta en todas las instituciones sociales y repercutió en adelante en todos los ámbitos sociales de la vida. El capitalismo del carbón se filtró hondamente en las cabezas, cuerpos y corazones de los hombres en el norte global. Y lo hizo por el motivo muy elemental de que su reproducción social —las rentas del trabajo, el sustento material, todo su estilo de vida cotidiano— quedó desde entonces inmediatamente acoplado a una determinada forma de explotación de los recursos, de obtención de energía y de organización de la producción. El interés básico y totalmente



legítimo que tenían quienes en su grandísima mayoría eran asalariados en una vida mejor, quizá incluso en una vida buena, en la participación política y en la intervención social, en el ascenso social y en «un poco de vida propia»,<sup>33</sup> contribuyó decisivamente a que los capitalismoes industriales occidentales se convirtieran en «democracias del carbón». Finalmente estas democracias fueron mantenidas por una gran coalición social: quien quisiera participar del bienestar creciente tenía que estar tan interesado en una continuación del nuevo modelo de reproducción social como aquellos que en sus programas electorales se consagraban a la estabilización duradera y, si es posible, incluso al incremento progresivo de la prosperidad económica.

De este modo, el capitalismo industrial y la democracia del carbón pasaron a ser los invernaderos de una sociedad cuyos modelos de producción y de consumo, cuyos modos de trabajo y estilos de vida, cuyas percepciones y prácticas cotidianas se basaban en el constante suministro de materias primas baratas y en la deslocalización efectiva de los costes económicos, ecológicos y sociales de este acuerdo global. Pero esto también se puede decir de modo más fácil: la convicción y convincente máxima de «¡Sigamos así!» pasó a ser el proyecto de toda la sociedad del norte global. Explotar la naturaleza en otras partes, aprovechar el trabajo barato, vender mercancías y usar los sumideros ecológicos al tiempo que se incrementa el bienestar en casa, se fomenta el consumo masivo, se produce de forma «inteligente» y «limpia» y se conceden derechos sociales: estas son las cuentas, en última instancia sencillas, de la sociedad de la externalización, que con el paso del tiempo salieron cada vez mejor. Tan bien que en algún momento se generó una coyuntura que elevó la amplia aprobación a la categoría de acuerdo global: una coyuntura en la que, al mismo tiempo, la economía de nuestros países iba viento en popa, la gente se atrevía a más democracia y además de todo eso el cielo volvía a azulear sobre el Ruhr.<sup>34</sup> Un auténtico milagro social. Un juego del capitalismo del bienestar donde todos salen ganando, pero del cual también forma parte justamente abrirse a sí mismo accesos al mundo exterior mientras que al mismo tiempo se impide que el exterior se traspase al mundo interior.

Pretender mantener esta construcción, que de algún modo es genial, pretender conservar el *statu quo* global, que para uno mismo es tan ventajoso: ¿quién le tomará a mal estas pretensiones a la sociedad de la externalización? Un motivo que de hecho podría haber arraigado con máxima fuerza en los

principales beneficiarios de entre los ganadores, en las grandes empresas y en los dueños del capital en las sociedades ricas del mundo, pero que innegablemente también mueve a la «gente sencilla» de la sociedad de la externalización. La democracia del carbón no resolvió el problema estructural capitalista de las condiciones de vida sistemáticamente desiguales para los dueños del capital, por un lado, y los asalariados, por otro lado, en el fondo no cambió nada las desiguales oportunidades vitales para pobres y ricos en el propio país. Pero sí que elevó a alturas antes desconocidas e insospechadas el nivel medio de vida del conjunto de la sociedad y el nivel general de consumo en los países ricos y cada vez más ricos del capitalismo industrial. Desde esas alturas se podía mirar luego hacia abajo a las naciones «subdesarrolladas» del resto del mundo y echar un vistazo a la naturaleza destruida, que con el paso del tiempo ya no estaba delante de casa, sino en alguna parte «en el otro extremo del mundo»: pero si uno no quería echar ese vistazo, tampoco tenía por qué hacerlo forzosamente.

Desde entonces todos vamos montados de algún modo en el mismo barco: en un crucero a vapor impulsado por carbón, lujosamente renovado y democráticamente representativo llamado «sociedad de la externalización». Y de pronto, en nuestro gran viaje hacia la felicidad vienen a estorbarnos los botes neumáticos y las bandas de tráfico de hombres.

¿Nada que perder salvo sus cadenas de valor añadido?<sup>35</sup> El trabajo en la externalización

La sociedad de la externalización tiene dos varas de medir: que uno se permita algo a sí mismo no significa, ni con mucho, que se lo conceda a otros. Y uno no solo se asombra de que los otros se dispongan a cuestionar esta doble moral, sino que encima reacciona a las pretensiones de los excluidos con una vehemencia y agresividad que lo dicen todo: la sociedad de la externalización no contaba con la sublevación de los perdedores. Y sin embargo se está produciendo.

En su informe sobre la situación publicado a mediados de 2015,<sup>36</sup> el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR) contabilizó un total de cincuenta y nueve millones y medio de personas que a nivel mundial habían tenido que abandonar su hogar y su patria para huir

de la violencia y la guerra, de la persecución y la vulneración de derechos humanos: tantos como nunca hasta entonces, al menos desde la última guerra mundial. Pero quien se piense que nosotros los europeos tenemos ahora esta miseria del mundo justo a las puertas de casa, y que por eso estamos especialmente «amenazados» o «gravados», evidentemente no conoce las cifras, como al parecer es el caso de todos aquellos a quienes, sin ningún argumento objetivo, les parece que tienen que advertir de que Alemania no puede acoger a «todos los refugiados de este mundo».<sup>37</sup> Como si tal cosa estuviera programada siquiera de manera aproximada. Calculándolo en cifras absolutas de refugiados acogidos, los países del mundo que con diferencia habían acogido a mayor número de refugiados estaban situados todos ellos a mediados de 2015 fuera de la Unión Europea, y la mayoría de ellos incluso a una distancia segura: Turquía, Pakistán, Líbano, Irán y Etiopía lideraban esta clasificación. Los primeros diez puestos los ocupan exclusivamente Estados asiáticos y africanos.

Pero aún más notables son los cálculos de la UNHCR en relación con la llegada relativa de refugiados y los retos económicos que eso genera a los países de acogida. Por ejemplo, en Líbano tocan actualmente por cada mil habitantes a no menos de doscientos nueve refugiados registrados por las Naciones Unidas, es decir que en este país una de cada cinco personas tuvo que abandonar su anterior lugar de residencia. En Jordania esta cuota es de noventa por cada mil: aquí casi un hombre de cada diez tuvo que huir de casa. ¿Qué sucedería en Alemania y en Europa en unas circunstancias siquiera aproximadamente similares? Esta pregunta, que a pesar de los dramatizantes discursos públicos sobre la «crisis de refugiados» es totalmente hipotética, se plantea aún más agudamente si se relaciona el número de refugiados con el potencial económico de los países de acogida. Entonces se muestra que la carga económica a causa de la actual migración de refugiados se distribuye a nivel mundial de modo extremadamente desigual, concretamente en detrimento de los países del sur global. De este modo, en paridades de poder adquisitivo, por un dólar estadounidense de renta per cápita —como medida comparativa de la capacidad de rendimiento real de la economía de un país—<sup>38</sup> tocan en Etiopía a cuatrocientos sesenta y nueve refugiados, en Pakistán a trescientos veintidós, en Uganda a doscientos dieciséis, en Congo a doscientos ocho y en Chad a ciento noventa y tres. En Turquía, el nuevo baluarte de la seguridad estatal europea, son noventa y

cuatro. ¿Y en Alemania? Menos de veinte. Es decir, la carga efectiva que el mantenimiento e integración de refugiados representa para las economías nacionales es en los países africanos casi veinticinco veces mayor que en nuestros países: una brecha casi inconcebible. Sin embargo, de momento no se ha oído que en el Cuerno de África se hable de la creación de un partido político llamado «Alternativa para Etiopía», quizá porque el acceso a los medios internacionales es más difícil desde la periferia capitalista que desde el corazón de Europa. Pero quizá también porque ahí tienen además otro tipo de preocupaciones.

En cualquier caso, sin duda tienen otras preocupaciones que en Europa. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados lleva también un listado de las cifras de los que actualmente han sido expulsados dentro de las propias fronteras nacionales: a nivel mundial son treinta y cuatro millones de hombres, en diez años la cifra de estas *internally displaced persons* se ha más que quintuplicado. Solo en el primer semestre de 2015 hubo 4,2 millones de refugiados internos, es decir, emigrantes en su propio país a causa de conflictos violentos: casi un millón de personas en Yemen, más de medio millón en la República Democrática del Congo. Dentro de Siria hay 7,6 millones de personas en emigración forzosa, seis millones y medio en Colombia, cuatro millones en Iraq, 2,3 millones en Sudán (y otro millón y medio en Sudán del Sur). Después de todo, en vista de estas cifras se relativiza un poco un esfuerzo social —que según nuestras habituales escalas de medida es centenario— como el que supuso la superación de la reunificación: incluso en los tiempos de máxima emigración a Occidente por parte de los alemanes del este<sup>39</sup> a comienzos de los años noventa el número de las mudanzas respectivas nunca alcanzó la marca de trescientos mil al año. En dos décadas, entre 1991 y 2012, la población en el territorio de la antigua RDA se redujo a causa de la emigración interior en 1,1 millones. Vienen a ser aproximadamente tantas personas como las que se han trasladado en Yemen —cuya población total es menos de un tercio de la alemana— en el último medio año.

Sesenta millones de refugiados en todo el mundo, es decir, ateniéndose a las cifras, toda la población de Italia, y eso solo según los cálculos oficiales: el mundo se ha puesto en marcha. Pero ni todos los que se ven forzados a huir se marchan al norte global, ni tampoco se han puesto en marcha todos aquellos que tendrían buenos motivos económicos para ello. Aunque en los

debates públicos se sugiere gustosamente que países enteros están ocupando los puestos de salida para emigrar hoy mejor que mañana a la Europa prometida, la realidad es totalmente distinta. Sin embargo, si se examinan los datos de la diferencia del nivel de prosperidad global, uno podría ponerse a pensar por qué no es justamente esto lo que sucede: por qué la gente del sur no empaqueta sus cuatro cosas y se pone en marcha hacia el rico norte. Pero de hecho tal mirada a los datos aclara principalmente que las emigraciones, sobre todo las que suponen traspasar fronteras, son decisiones vitales con muchísimos prerrequisitos y con repercusiones muy amplias. Nadie emigra por pura diversión: la emigración no es una forma alternativa de turismo. Quien abandona o quiere abandonar su patria para mucho tiempo o para siempre lo hace porque tiene motivos de peso, y las dimensiones que han alcanzado las desigualdades sociales globales, que en ocasiones lindan con lo increíble o incluso con lo absurdo, son sin duda un motivo totalmente determinante.

Los dos sociólogos estadounidenses Roberto Korzeniewicz y Timothy Moran se han tomado la molestia de relacionar los niveles y las distribuciones de ingresos de ochenta y cinco países ricos y pobres, calculándolos en dólares estadounidenses y con los datos de 2007. El resultado es asombroso, las diferencias de bienestar globales y regionales son desconcertantes: las poblaciones de algunos países del sur global, es decir, tanto sus grupos de ingresos más pobres como los más ricos (dejando por un momento al margen los superricos, que de todos modos no están registrados en ninguna estadística social), en su nivel de ingresos se encuentran *todos ellos* por debajo incluso de las capas de ingresos más pobres en los países ricos del norte global. Así, por ejemplo, el vértice de la pirámide de ingresos boliviana (pero también la de China) se encuentra en un nivel de bienestar inferior a la base de la pirámide de ingresos de los Estados Unidos, y toda la distribución de ingresos en la India queda por debajo de la de Corea del Sur. El diez por ciento más rico de los guatemaltecos se sitúa con sus ingresos medios por debajo del diez por ciento de los estadounidenses más pobres. El 90 por ciento de los mexicanos está peor situado con sus ingresos que el diez por ciento de los suecos con menores ingresos. Quien pertenece en Zimbabue al diez por ciento más rico de la población formaría parte en Argentina de las clases inferiores, pero a su vez si el diez por ciento más rico de los argentinos viviera en los Estados Unidos pertenecería en el mejor de los casos a la clase

media.

Semejantes relaciones de desigualdad no son primeramente más que artefactos estadísticos.<sup>40</sup> Pero son capaces de aclarar lo que podría mover a los llamados «refugiados económicos» cuando se resuelven a abandonar su vida anterior. Korzeniewicz y Moran examinan esto empleando ejemplos que reflejan los flujos de migración laboral realmente existentes. Por ejemplo, los que hay dentro de y entre Centroamérica y Norteamérica: quien, proveniente de la clase media guatemalteca, tanto si viene de la clase media inferior o de la superior, se traslada a México, se encuentra ahí en el 20 por ciento inferior de la distribución de ingresos, lo que incluso con el desempeño de actividades sencillas en el país de acogida hace probable un claro salto en el nivel de ingresos. A su vez, para los mexicanos que prueban suerte en los Estados Unidos la situación se presenta de manera totalmente similar —suponiendo que hayan cruzado con vida la frontera sur de los Estados Unidos, que está fuertemente vigilada—, solo que de una forma nuevamente acentuada: prácticamente todo ciudadano mexicano que no pertenezca a la clase alta en su propio país puede dar un enorme salto en el nivel de ingresos emigrando al país vecino del norte. El mismo patrón se puede aplicar a Bolivia y Argentina o a Argentina y España, o a Ucrania y Rumanía o a Rumanía y Alemania: los saltos en el nivel de bienestar que se pueden lograr emigrando son siempre tan grandes que, obedeciendo a un cálculo puramente económico, sería una pura insensatez apostar por un ascenso social en la patria que tuviera un alcance siquiera aproximadamente similar. Ya ha perdido quien en México o en Bolivia, en Rumanía o en Ucrania especule con obtener durante el curso de su vida las mismas ganancias gracias a un crecimiento económico duradero o a inversiones privadas en educación, a las ventajas de ingresar en la Unión Europea o a los programas de ayuda internacional al desarrollo, que las que obtendría gracias a la decisión de emigrar a uno de los centros del capitalismo global. Ninguna estrategia «interna» de ascenso puede brindar aquí ni por asomo tales ganancias de estatus como arriesgar el salto a los mercados laborales de las sociedades más ricas del mundo.

Como hemos dicho, que la huida y la emigración, la migración laboral y la causada por la pobreza a nivel global se mantengan no obstante dentro de ciertos límites es casi un milagro, y sin embargo hay motivos para ello. Estos motivos obedecen especialmente al régimen dividido de movilidad que la

sociedad de la externalización ha establecido con éxito: con la política del visado y con cuotas de inmigración, con *Green Cards* y con permisos de estancia por trabajo temporal, con el control fronterizo y con una legislación intimidatoria, las sociedades del norte global tratan de reclutar a los «altamente cualificados» y de mantener alejados a los «poco cualificados», atraer *high potentials* a sus economías y bloquear el acceso de los «improductivos». Al menos oficialmente, pues del régimen de movilidad de la sociedad de la externalización también forma parte la creación de mercados laborales no oficiales en los que se brindan los servicios llamados «sencillos»: con salarios bajos, con seguridad social exigua o incluso careciendo totalmente de ella, sin estatus de residencia asegurado y no rara vez en una dependencia personal directa del empresario. Las cadenas globales de cuidados (*global care chains*),<sup>41</sup> que en las últimas dos décadas se han ido propagando cada vez más, obedecen exactamente a este modelo, y se desarrollan preferentemente a lo largo de aquella brecha internacional de ingresos que luego, pese a todo, tiene una relevancia más que meramente estadística: mujeres rumanas en Alemania, bolivianas en España o filipinas en Hong Kong realizan en mercados laborales que están en situación de vacío legal o trabajando ilegalmente, para consorcios de servicios o en hogares privados, aquellas actividades asistenciales que en las sociedades más ricas se ofrecen públicamente y no se realizan o ya no se realizan privadamente.

Las cadenas globales de cuidados representan un caso directamente paradigmático de externalización y del régimen de movilidad de la sociedad de la externalización. Como ya expusimos en el segundo capítulo, las actividades privadas educativas, de cuidado y asistenciales —la esfera de trabajo en la *care economy*, mayoritariamente poblada por mujeres— en una economía capitalista guardan de todos modos una relación estructural de externalización: que el trabajo de producción asalariado, como ocupación a tiempo completo en un contexto empresarial, se haya podido imponer socialmente y convertir en una forma obvia del aseguramiento de los medios materiales de vida guarda una relación inmediata con el hecho de que todos los «trabajos preliminares» que han posibilitado y apoyado las condiciones del trabajo remunerado, desde cocinar y lavar hasta el cuidado de niños y ancianos, han sido deslocalizados a la esfera de la economía privada como un servicio no remunerado. Y esto con base en un acuerdo entre los sexos que hoy nos parece «clásico», pero que históricamente solo se desarrolló como

consecuencia de la dinámica capitalista:<sup>42</sup> él gana el jornal y ella se ocupa del resto. En el capitalismo avanzado y flexible de comienzos del siglo XXI, en el que también se descubre o se redescubre la capacidad laboral femenina como fuente de recursos potencialmente productiva y ya no se devalúa como trabajo doméstico que en lo económico es presuntamente improductivo, los ejes de este acuerdo entre sexos se van desplazando gradualmente. Cada vez hay más mujeres empleadas, y en contrapartida se transfiere a terceros el cuidado de la casa y la familia, de los ancianos, los niños y la cocina.

En cualquier caso en las clases altas o en la clase media superior, o en ellas con mayor frecuencia. En los hogares privados del norte global los servicios a personas, desde cocinar al mediodía, pasando por la limpieza de la casa y sacar al perro, hasta la sustitución durante las vacaciones para el cuidado de la suegra, se encomiendan cada vez más frecuentemente a trabajadoras del hogar que no son de casa ni de la familia,<sup>43</sup> y que típicamente no son ciudadanas de aquel país en el que prestan sus servicios. Las cadenas globales de cuidados se crean porque otros tienen que asumir el trabajo asistencial en los países de procedencia de la niñera mexicana en Nueva York o de la cuidadora de ancianos ucraniana en Múnich, puesto que ellas ya no pueden realizarlo. O dicho más exactamente, lo tienen que realizar otras mujeres: madres o hermanas, tías o sobrinas de las ausentes prestadoras de servicios que están empleadas en los países ricos. Por ejemplo en Filipinas,<sup>44</sup> donde prácticamente media economía nacional se basa en esta forma de «división global del trabajo» y donde las trabajadoras asistenciales femeninas se han convertido en el artículo de exportación número uno fomentado oficialmente, esto conduce a enormes desequilibrios de las redes sociales y somete a muchos miles de familias a la prueba de rotura.

También aquí surge nuevamente para la sociedad de la externalización, aparentemente como por arte de magia, el mejor de los mundos posibles: se aprovecha a fondo el potencial laboral de las mujeres con buena formación del propio país mientras que el trabajo asistencial es prestado por fuerza laboral barata y fiable, y sin embargo se siguen ocultando las consecuencias sociales del abundante uso del enorme ejército de reserva disponible de una industria asistencial global, y eso si es que encima no se da por supuesto que se está haciendo un favor a la respectiva «joya» del servicio o incluso a toda la economía nacional de su país de procedencia. Al mismo tiempo, lo bueno de todo esto se nota sobre todo en los centros, y no en la periferia: por ejemplo,



el cuidado de ancianos en nuestros países simplemente no podría mantenerse sin la economía de servicios externalizada y sostenida por el trabajo migratorio no regulado —llegando hasta el cuidado las veinticuatro horas del día—. Y no hay que ser ningún teórico de las conspiraciones sociopolíticas para constatar que el seguro legal de dependencia en los países europeos de hecho ha calculado este acuerdo de externalización «en el precio» de su catálogo de servicios, que no cubre ni por asomo la demanda real de cuidados en los hogares privados.

Por tanto, la respectiva fuerza laboral de las zonas marginales del capitalismo global está bien vista en el interior de la sociedad de la externalización... pero desde luego sin regular y provisionalmente, solo cuando haga falta y sin que esa fuerza laboral tenga mayores pretensiones de quedarse. El semipermeable regulador de movilidad de las sociedades ricas es lo bastante flexible como para admitir a aquellos que parecen poder emplearse para la economía de producción o de reproducción, en la construcción o en el campo, para limpiar o para tareas asistenciales, rechazando al mismo tiempo a aquellos cuya fuerza productiva o reproductiva no se necesita. O cuya capacidad biológica reproductiva se puede emplear también a distancia, por ejemplo en forma de turismo de maternidad subrogada.<sup>45</sup> Puesto que la India, que durante mucho tiempo fue líder en el mercado de servicios reproductivos transnacionales, solo autoriza la maternidad subrogada por encargo de parejas heterosexuales casadas, el negocio experimenta ahora un auge en México. Cancún, en la península de Yucatán, por así decirlo la Mallorca de los Estados Unidos, se ha convertido entre tanto en una capital de vientres de alquiler: en esta ciudad diseñada en los setenta y construida de la nada como si hubiera salido de una retorta, según la geógrafa humana Carolin Schurr, «también ahora los niños vienen de la retorta», paridos por vientres de alquiler mexicanos. Las clínicas de fertilidad y las agencias de maternidad subrogada ofrecen los respectivos servicios completos con todo incluido por cuarenta y nueve mil dólares estadounidenses: para donación de óvulos y fecundación *in vitro*, trabajo de maternidad subrogada y cesárea, los honorarios del abogado y del notario, así como el porcentaje que se lleva la agencia. Y tan pronto como el niño ha sido parido y expedido a los Estados Unidos, la hermana de la madre de alquiler puede emigrar al feliz hogar estadounidense acompañando a los padres jóvenes, para una vez ahí, en situación ilegal, cambiar pañales y echar

una mano en todo lo que haga falta o sea desechado: el no va más del todo incluido.

Así es como en cierta manera se cierra el círculo del régimen de movilidad de la sociedad de la externalización: en los mundos exteriores de las sociedades ricas siempre se establecen nuevas formas de explotación, llegándose incluso al extremo de deslocalizar las industrias de servicios corporales, cuyos productos se encargan a veces por vía de visitas turísticas puntuales y una vez confeccionados se pueden recoger y traer al mundo perfecto, a la dicha familiar. Situaciones de explotación gracias a las cuales la sociedad de la externalización se reproduce —en este caso incluso en el sentido más literal—.

Arriba el telón: la sociedad de la externalización, ¿desvelada?

El gran sociólogo polaco Zygmunt Bauman formula con toda precisión la doble vara de medir que emplea la sociedad de la externalización<sup>46</sup> y conforme a la cual funciona la división de la movilidad: «Se fomenta viajar para hacer ganancias, se condena viajar para sobrevivir». El régimen de movilidad imperante posibilita lo que promete una ganancia —tanto en sentido estricto como en sentido amplio— a las empresas y a los ciudadanos en el norte global o simplemente lo que les depara diversión; por el contrario, quien quiere salirse del sur global para vivir mejor o incluso quien no tiene otra opción que desplazarse para sobrevivir es considerado un parásito y es atrapado en la red de los controles de movilidad. Aquí ganancia, allí parásito: las clases peligrosas de la sociedad de la externalización son «las de ahí abajo», los hombres en las periferias del capitalismo global: como dice Ronen Shamir secundando al filósofo italiano Giorgio Agamben, «la humanidad misma se ha convertido en una clase peligrosa».<sup>47</sup>

La tan citada «crisis de refugiados», que cada vez resulta ser más una crisis de humanidad de las sociedades europeas, le da a esta declaración un sentido más profundo y aterrador. La sociedad de la externalización, confrontada con una movilidad que rebasa fronteras —la cual es una reacción al régimen de movilidad de las sociedades ricas y que al mismo tiempo lo desbarata—, parece perder la firmeza... y la compostura. «Olas», «avalanchas», «flujos»: una semántica que jamás se cultivaría en vista de aquellos turismos de todo tipo

que proceden del norte global y acaparan el sur global está sin embargo a la orden del día en política en relación con la abarcable cifra de refugiados de guerra y emigrantes por causa de crisis que en ocasiones alcanzan la tierra firme europea. De los diluvios que se derraman sobre tierras y gentes a nuestro lado, en los bordes del mundo democrático y capitalista, empiezan a salpicarnos las primeras gotas, y no tenemos nada mejor ni más urgente que hacer que construir diques o elevar más los que ya hay.

Las coaliciones sociales que en Europa apoyan estas reacciones de rechazo son notablemente grandes: desde los «filósofos de la barrera» alemanes como Peter Sloterdijk,<sup>48</sup> que fantasean con un «deber moral de autodestrucción» para acto seguido pasar a desmentirlo en la misma frase, pasando por jefes de gobierno como el primer ministro húngaro Viktor Orbán, quien eludiendo las leyes de la física pretende «sellar herméticamente» las fronteras del país, hasta las «alternativas» que en forma de partidos políticos aparecen en los distintos Estados europeos bajo los más diversos nombres y que en última instancia quieren todas ellas una única cosa, que es seguir manteniendo «ahí afuera» la realidad social de pobreza, miseria y violencia, más allá del campo visual y lejos de sus vidas. Y de alguna manera también se suman a esta gran coalición externalizante, excluyente y represora los ciudadanos «totalmente normales», irreprochables y apolíticos. Y que ya se van pertrechando para la eventualidad de que las leyes de la física, después de todo, se acaben imponiendo y el «ahí afuera» ya no siga más tiempo afuera.

Quien se lo pueda permitir y tenga el valor necesario o una pronunciada necesidad de seguridad se pertrecha de un todoterreno deportivo con el fin de gestionar personalmente la crisis.<sup>49</sup> En 2001 se vendieron en Alemania cien mil todoterrenos deportivos, en 2012 fueron ya medio millón, y para 2020 el Ministerio Alemán de Estadística pronostica una venta de novecientos mil vehículos. Las gigantescas carrocerías de la élite de la externalización no son solo la figura materializada de la negación del cambio climático. También simbolizan la voluntad de armarse contra las mareas que, después de todo, quizá sí nos amenacen, ya sean lluvias torrenciales e inundaciones o flujos de refugiados y aluviones de inmigrantes. En nuestras latitudes, quien viaja con el todoterreno deportivo por la ciudad da la impresión de estar ya en marcha hacia la intervención fronteriza. Y quizá ya esté en marcha, claro está que inconscientemente. Al fin y al cabo, quizá presagie subliminalmente que el presunto «afuera» nos está contraatacando

ahora: en forma de cambio climático, que después de todo quizá no deba descartarse como un retorno de aquella «muerte de los bosques» de los años ochenta, de la que hoy casi siempre nos mofamos, pero que en última instancia solo fue externalizada con éxito; y en forma de un éxodo de refugiados que se trata de combatir con métodos del derecho de asilo y militares, pero que no terminará por el mero hecho de que deseemos que acabe.

Si el cambio climático y el éxodo de refugiados suponen un desafío tan extremo para la sociedad de la externalización, y si por eso provocan reacciones tan incontroladas entre sus defensores, es porque ambos desarrollos implican una nueva cualidad, o mejor dicho, una nueva materialidad del contacto de esta sociedad con su «afuera». Desde ahora nos vemos confrontados con las «fuerzas de la naturaleza», que en cuanto tales no se pueden eliminar pretendiendo persuadirnos de que no existen ni se pueden detener usando violencia contra ellas. Y algo análogo sucede con los cuerpos humanos que de pronto están físicamente ante nosotros, con tal de que no se hayan hundido en las corrientes del Mediterráneo: cuerpos que tienen su peso específico o, para decirlo con las palabras de la filósofa estadounidense Judith Butler, «cuerpos que importan»,<sup>50</sup> que tampoco se pueden disolver en el aire y que, en caso extremo, pueden reaccionar a la violencia respondiendo con violencia.

El cambio climático y el éxodo migratorio son expresión de una forma novedosa de materialidad, de perceptibilidad, de visibilidad de la sociedad de la externalización... y de su precio. Ya va siendo hora de aceptar lo que se siente y de percibir lo que se ve. «No basta con sentirse consternado», es el ferviente alegato de Milo Rau que ya hemos citado a favor de un «realismo global».<sup>51</sup> Lo que hasta ahora hemos experimentado con los fenómenos migratorios que de momento solo se propagan cautelosa y moderadamente a Europa «no es más que el ramal más externo y, por así decirlo, más blando de lo que para miles de millones de personas es su vida cotidiana». Se ha «disuelto el banco de niebla que hasta ahora nos protegía de ver las consecuencias de nuestra política económica en Oriente Próximo y en África central». Pero con la vista despejada ante la situación de la sociedad mundial se requiere más y algo distinto que aquella política de la compasión organizada o, si lo preferimos, de los terceros Estados seguros, «que actualmente consiste en pagar para librarnos de la miseria en el mundo».

Y sin embargo tendemos a seguir cerrando los ojos. Seguimos esperando que la crisis de la sociedad de la externalización, que cada vez se perfila más claramente, al final acabe resultando pese a todo una mera perturbación provisional de la situación. Y hay motivos comprensibles para esta esperanza, al igual que para la preocupación en que ella se basa, pues tenemos mucho más que perder que solo nuestras cadenas globales de valor añadido o de asistencia y que las ventajas y ganancias que durante tanto tiempo hemos obtenido fiablemente de ellas. Junto con la dominación de la sociedad de la externalización también se desmoronaría el estilo de vida imperialista cultivado por las poblaciones del norte global: nuestra vida a costa de otros. Solo conocemos imperios en decadencia por los libros de historia<sup>52</sup> o porque hemos oído hablar de ellos... al menos en Europa occidental. Pero son acompañados fiablemente por todos los modos de reacción psicosocial que también se pueden observar actualmente: certezas que se desmoronan y tercios lemas de «sigamos como hasta ahora», propuestas enérgicas de argumentos para tranquilizarnos y la retirada a la «pequeña dicha» de lo privado, la táctica del avestruz y el estallido de violencia.

Con la crisis de la sociedad de la externalización se radicaliza un plexo político y económico que el politólogo vienés Ingolfur Blühdorn denomina «democracia simuladora»<sup>53</sup> y cuyo mecanismo social ha descrito de forma muy esclarecedora para lo que él designa como «política de la no sostenibilidad». Blühdorn critica con su análisis una contradicción fundamental que inquieta por igual tanto a la población como a la política en el capitalismo del bienestar y que, en cierta manera, fomenta la formación de una gran coalición entre ellas: la «contradicción entre la comprensión racional de que la situación actual básicamente no es sostenible y la firme resolución a defenderla». Esto no puede seguir así..., así que sigamos como hasta ahora: este es el acuerdo tácito entre las élites políticas y la población, las cuales están implicadas cada una a su manera en las circunstancias de la sociedad de la externalización. «Capitalismo verde» o «crecer inteligentemente» son las respuestas al cambio climático en la que ambas partes pueden ponerse de acuerdo... y de las que ambas partes saben o intuyen que son fórmulas de autoengaño colectivo que se prestan muy bien para ser manejadas por los medios de comunicación, pero no vías de salida del dilema estructural. Y lo mismo sucede con los populares lemas de la política de refugiados, con la elocuente evocación de una «nueva arquitectura

de seguridad europea» y con una estrategia de «inmigración controlada»: quien escucha estos mensajes realmente tiene que volver a apostar por la esperanza o por la fe, en lugar de por la experiencia o por la razón.

Y al fin y al cabo eso es realmente lo que sucede. La combinación de los discursos simuladores que se hacen «arriba» y «abajo» parece seguir funcionando aún en la democracia del carbón y de la seguridad fronteriza del siglo XXI. Y esto sin que ambas partes sean necesariamente conscientes de este mecanismo funcional o incluso de su fuerza motora central: el miedo, el miedo colectivo al final de la «buena vida» a costa de otros. Sin duda no son pocos los intereses empresariales y los empresarios políticos que sacan provecho inmediato de la explotación de la naturaleza y de la miseria en el mundo, y que por eso trabajan intencionada y estratégicamente en la prosecución de la historia del capitalismo como una historia de la externalización. Pero la mayoría de los agentes tanto de «arriba» como de «abajo» hacen de la necesidad de su dilema personal de tener que justificarse a sí mismos su participación más o menos activa en un modelo social injustificable el vicio de un contrato social simulador:<sup>54</sup> engañarse a sí mismo... y querer ser engañados.

¿Qué se deduce de aquí? ¿Qué hay que hacer en esta coyuntura? Se habría ganado mucho si Milo Rau tuviera razón con su diagnóstico de que el agravamiento de la situación tiene efectos ilustrativos, si fuera cierto el supuesto de que las imágenes de cadáveres arrastrados por el mar a las playas griegas, las de intervenciones con gas lacrimógeno en las vallas fronterizas de Macedonia y la experiencia de hombres sacados a rastras de los trenes o expulsados por avión —justo al lado de la puerta de embarque para nuestro propio vuelo vacacional—<sup>55</sup> han «desvelado hasta para el último de nosotros la verdad sobre el sistema» en el que vivimos.<sup>56</sup> La verdad sobre un sistema llamado sociedad de la externalización.

### *Post scriptum*<sup>57</sup>

Hasta ahora no les he revelado a ustedes cuál es el final de la narración de Edgar Allan Poe «La máscara de la Muerte Roja». Ahora lo voy a desvelar. Hacia la medianoche se introduce en el desenfrenado festejo del príncipe Próspero un huésped no invitado que lleva una máscara roja «que a ninguno

de ellos le había llamado la atención hasta ahora» y que muestra «los rasgos de un rostro con rigidez cadavérica»; el huésped viste una mortaja totalmente empapada de sangre. La gente del festejo se siente sobrecogida de «miedo, horror y asco», pero el anfitrión siente más bien cólera y enojo por la inoportuna interrupción de la placentera fiesta. Detiene al intruso, cuyo ropaje se ha identificado como el de la Muerte Roja que está devastando los alrededores de la fortaleza. Pero cuando los aterrados festejantes se disponen realmente a desenmascararlo, «se pusieron a gritar aterrados al darse cuenta de que la mortaja y la máscara mortuoria, que agarraron violentamente, cubrían una figura incorpórea». Tras la máscara de la Muerte Roja se esconde... la nada. ¿O quizá solo nosotros mismos?

---

<sup>1</sup> Cf. Poe, 2006, p. 171; [spiegel.de](http://spiegel.de) del 3 de marzo de 2016.

<sup>2</sup> Esta es la famosa visión de la vida cotidiana en una sociedad realmente libre que se describe en *Deutsche Ideologie*, cf. Marx y Engels, 1969, p. 33.

<sup>3</sup> Cf. Popper, 2017.

<sup>4</sup> Cf. Shamir, 2005.

<sup>5</sup> Cf. Ebmeyer, 2016.

<sup>6</sup> Cf. por ejemplo [blog.lastminute.de](http://blog.lastminute.de) del 27 de agosto de 2015 («Deutschland hat den Titel “Reiseweltmeister” redlich verdient»). Los datos se encuentran en [statista.com](http://statista.com) y en [tourismusanalyse.de](http://tourismusanalyse.de), así como en [tagesspiegel.de](http://tagesspiegel.de) del 13 de enero de 2016. Sobre la situación española, cf. los datos pertinentes en [statista.com](http://statista.com).

<sup>7</sup> Cf. [travelworks.de](http://travelworks.de).

<sup>8</sup> Un extenso informe sobre esto se encuentra en Mau *et al.*, 2012 (capítulo 3, aquí pp. 31 s.). Sobre la situación en España, cf. los datos pertinentes en [statista.com](http://statista.com).

<sup>9</sup> Este es el eslogan publicitario de [travelworks.de](http://travelworks.de). Pedimos aquí expresamente a Klara Herrmann que sea indulgente.

<sup>10</sup> Cf. WWF, 2009.

<sup>11</sup> Cf. [statista.com](http://statista.com).

<sup>12</sup> Cf. la presentación de los objetivos de sostenibilidad del turoperador en [tui-reisebuero.de](http://tui-reisebuero.de) y [tuigroup.com](http://tuigroup.com).

<sup>13</sup> Un amplio informe sobre esto se encuentra en [tourism-watch.de/en](http://tourism-watch.de/en).

<sup>14</sup> Así prefiere expresarse la Asociación Federal del Comercio Turístico Alemán, cf. BTW, 2015.

<sup>15</sup> Cf. [statista.com](http://statista.com) y [tourism-watch.de/en](http://tourism-watch.de/en).

<sup>16</sup> Cf. el epígrafe de este capítulo.

<sup>17</sup> Cf. Mau *et al.*, 2012 (sobre todo el capítulo 4) y 2015.

<sup>18</sup> Sobre lo que sigue, cf. Mau *et al.*, 2015, así como, prosiguiendo con este tema, Neumayer, 2006, y [passportindex.org](http://passportindex.org).

<sup>19</sup> Cf. sobre esto Hess, 2001, p. 201.

<sup>20</sup> Cf. Mau *et al.*, 2012 (capítulo 5.2).

<sup>21</sup> Cf. Neumayer, 2006, p. 9, enlazando con Torpey, 1997.

22 Son inolvidables estas palabras que en 2002 dijo el ministro de Defensa de aquel momento Peter Struck (SPD), cf. [elpais.com](http://elpais.com) del 19 de diciembre de 2012.

23 El concepto de *smart borders* o de «fronteras inteligentes» es una estrategia oficial de protección de fronteras de la Unión Europea; cf. bajo este término clave [ec.europa.eu](http://ec.europa.eu) y [statewatch.org](http://statewatch.org).

24 Cf. en este sentido también las conclusiones de Mau *et al.*, 2012 (capítulo 8.2).

25 Sobre esto, cf. [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 25 de abril (aquí se habla también de la potencial importación de «problemas interiores de Turquía»), 28 de abril y 4 de mayo de 2016.

26 Cf. Shachar, 2009.

27 Cf. [zeit.de](http://zeit.de) del 13 de mayo de 2015 («Pässe für Millionen»). Cf. sobre esto también el «Índice de restricciones del visado» de la consultoría Henley & Partners con sede en Zúrich, que según su propia publicidad es la consultoría líder a nivel mundial sobre planificación de residencia y ciudadanía («the global leader in residence and citizenship planning»). Cf. asimismo [elpais.com](http://elpais.com) del 28 de diciembre de 2013.

28 Cf. Marshall, 1963.

29 Cf. la correspondiente entrada en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).

30 Sobre lo que sigue, cf. Wallerstein, 2003. La cita original es (p. 657): «They tended to act as though they wished to secure a place on a lifeboat called citizenship, but feared that adding others after them would overload it».

31 Cf. Mitchell, 2011; sobre lo que sigue también Wissen, 2016.

32 Como hacen por ejemplo Bieling y Brand, 2015, p. 197 («fossilist capitalism»).

33 Esta es la formulación, que en cierto modo se ha vuelto clásica, en Beck-Gernsheim, 1983.

34 «El cielo sobre el Ruhr tiene que volver a ser azul» fue un lema de Willy Brandt durante la campaña de elecciones al Parlamento de 1961; cf. la entrada «Der Himmel über der Ruhr muss wieder blau werden» en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).

35 Los entramados de producción globales, de cuyos resultados tanto nos beneficiamos, al mismo tiempo nos encadenan al orden económico y social vigente: este pensamiento se basa libremente en la formulación análoga del *Manifiesto comunista*, cf. Marx y Engels, 1959.

36 Cf. aquí y en lo que sigue UNHCR, 2015.

37 Un horrible escenario que a más de un partido le gusta pintar; cf. «Fakten gegen Vorurteile» en [proasyl.de](http://proasyl.de).

38 Así pues, calculándolo en una «unidad económica» comparable internacionalmente, en Etiopía tocan a casi quinientos refugiados, mientras que en los diversos países europeos solo a una fracción de esta cifra.

39 Cf. las series cronológicas de la emigración interior alemana en [statista.com](http://statista.com) y en [bib-demografie.de](http://bib-demografie.de).

40 Es decir, las cifras no tienen en cuenta que un dólar estadounidense puede tener un poder adquisitivo muy distinto en función del lugar respectivo, y en tal medida están distorsionadas. Pero la argumentación de los autores también apunta esencialmente a que pueden servir de pauta ingresos nominales extremadamente dispares, cf. Korzeniewicz y Moran, 2009 (sobre todo los capítulos 4 y 5). Para completar y en una perspectiva histórica a largo plazo, cf. también los impresionantes datos recopilados en Maddison, 2001.

41 Cf. sobre esto, por ejemplo, Ehrenreich y Hochschild, 2002; Lutz, 2007; Aulenbacher, 2015.

42 Cf. sobre esto Lewis, 2001; Klinger *et al.*, 2007.

43 Sobre el empleo no regularizado en los hogares privados alemanes, cf. el estudio de Gottschall y Schwarzkopf, 2010.

44 Cf. sobre esto Encinas-Franco, 2010.

45 Cf. sobre el siguiente ejemplo Schurr, 2014, así como [deine-korrespondentin.de](http://deine-korrespondentin.de) («Auf Umwegen zum Wunschbaby») y [elpais.com](http://elpais.com) del 17 de diciembre de 2016.

46 Cf. sobre esto la obra sumamente instructiva Bauman, 2002 (sobre todo el capítulo 2), aquí p.



84. El texto original es: «traveling for profit is encouraged; traveling for survival is condemned».

[47](#) Cf. Shamir, 2005, p. 211 («humanity itself has become a dangerous class»), así como Agamben, 2008.

[48](#) Cf. Mau, 2016. Sobre el mundo ideal de Orbán de las «fronteras herméticamente selladas», cf. [huffington-post.de](http://huffington-post.de) del 4 de marzo de 2016 y [ctxt.es](http://ctxt.es) del 30 de septiembre de 2015.

[49](#) Cf. sobre esto también Wissen, 2016, p. 59.

[50](#) Cf. Butler, 2013.

[51](#) Las citas siguientes se encuentran en Rau, 2016.

[52](#) Cf. sobre esto Prisching, 1986, pp. 27 s.; sobre «modos de vida imperial», cf. Brand y Wissen, 2012.

[53](#) Cf. Blühdorn, 2013, las citas siguientes se encuentran en pp. 251 s.

[54](#) Cf. Blühdorn, 2013, p. 183.

[55](#) Cf. Oulios, 2015; Schlüter, 2016.

[56](#) Cf. Rau, 2016.

[57](#) Cf. Poe, 2006.

## 5. Tenemos que hablar: imaginarse que el problema no existe es cosa de ayer

La violencia estructural es silenciosa, no se muestra, es esencialmente estática, unas aguas tranquilas.<sup>1</sup>

Johan Galtung, «Violence, Peace, and Peace Research» (1969)

La catástrofe parece ser algo abstracto, perdido en la lejanía... hasta que finalmente se presenta ahí delante.<sup>2</sup>

Michael Mann, «Das Ende ist vielleicht nah – aber für wen?» (2014)

### ¿Desigualdad? ¿Qué desigualdad?

En los últimos años la desigualdad se ha vuelto a convertir en un tema social. Esto comenzó en el verano de 2013, con la gigantesca obra de Thomas Piketty *Le Capital au XXI<sup>e</sup> siècle*,<sup>3</sup> en la que el economista francés vislumbraba por así decirlo una férrea ley de desarrollo del capitalismo moderno. Si no se actúa en contra con una intervención política, entonces, según Piketty, se establece irremediabilmente la normalidad capitalista: los beneficios del capital tienden a rebasar la tasa de crecimiento de toda la economía. Las ganancias de la posesión de capital desbordan entonces sistemáticamente el margen de distribución social, es decir, el aumento de bienestar recae de forma desproporcionada en los que ya son ricos, mientras que las economías con ingresos menores se quedan con las manos vacías en el juego de reparto. El capitalismo, abandonado a sí mismo y a su propia lógica, conduce a una desigualdad siempre creciente de ingresos y de riqueza: Piketty describe minuciosamente esta tendencia en las sociedades ricas de Europa y Norteamérica y, especialmente, en la era «neoliberal» que comenzó en los años setenta.

Mientras que el estudio de Piketty levantó mucho revuelo público y la

cuestión de la desigualdad estuvo también en Alemania en boca de todos los articulistas culturales como muy tarde con la publicación de la traducción alemana a mediados de 2014 (*Das Kapital im 21. Jahrhundert*), el autor fue también bastante criticado por sus colegas de especialidad con menos mentalidad socialdemócrata.<sup>4</sup> No obstante, al mismo tiempo sus diagnósticos se vieron confirmados oficialmente en mayo de 2015, al menos por cuanto respecta a la valoración de las últimas tendencias de distribución. «Nunca en la historia de la OCDE la desigualdad en nuestros países fue tan grande como hoy», proclamaba Ángel Gurría, secretario general de la asociación<sup>5</sup> de las naciones industriales consideradas «desarrolladas» con motivo de la presentación del informe social de su organización. La organización humanitaria Oxfam<sup>6</sup> daba todavía un paso más allá cuando, a comienzos de 2016 —como todos los años en vísperas del foro mundial de economía en Davos—, contrapuso a la riqueza desigualmente distribuida en los Estados de la OCDE la desigualdad social a escala mundial: según los datos de los servicios financieros suizos Credit Suisse, el uno por ciento más rico de la población mundial poseía prácticamente tanto como todo el resto; y también la mitad del crecimiento de bienestar global desde comienzos de milenio había recaído únicamente en este uno por ciento de la humanidad. Especial atención suscitó además la llamativa indicación de Oxfam de que, en 2015, ateniéndose a las cifras, la riqueza de solo sesenta y dos personas correspondía a la «riqueza» de la mitad más pobre de la humanidad, es decir, a las posesiones materiales de tres mil quinientos millones de personas, para las que el año anterior tendrían que haberse juntado las ochenta personas más ricas del mundo y en 2010, después de todo, las trescientas ochenta y ocho personas más ricas.

Por supuesto, además de la obligada indignación pública —¡tan pocos!, ¡tanto!—, también se planteó enseguida la objeción científica de los expertos que se las arreglaron para señalar que, desde el punto de vista de la técnica de datos económicos, aquí se estaban comparando peras (propiedad privada) con manzanas (ingresos de la población) y que, en consecuencia, la cifra de sesenta y dos no podía ser correcta.<sup>7</sup> Más bien serían, como todavía unos años antes, unos cuantos cientos de hogares ricos los que tendrían que repartirse la mitad del dominio económico mundial. Pero sobre todo fueron expertos economistas alemanes los que se aprestaron a contraatacar con fuego erudito el desaforado parloteo sobre la creciente desigualdad en la sociedad

mundial y a dar voz a la sensatez económica.

Así por ejemplo Clemens Fuest, anterior economista en Oxford y entre tanto presidente del renombrado Instituto para la Investigación Económica (Ifo) en Múnich, señaló que la situación de desigualdad mundial ya no es tan grave.<sup>8</sup> Según estándares del Banco Mundial, en 2012 apenas un 13 por ciento de la población mundial habría vivido en situación de extrema pobreza, es decir, con unos ingresos que no bastaban para sobrevivir, después de que en 1981 era el 44 por ciento y aún hace veinte años el 37 por ciento. Ya solo hay unos setecientos veinte millones que viven (o quizá no) bajo el mínimo existencial absoluto: «Siguen siendo demasiados. Pero el progreso es gigantesco». Además, el progreso sería gigantesco no solo en el extremo inferior de la escala de distribución, sino también en los valores medios: «En 1980 los ingresos medios per cápita de los países emergentes y en vías de desarrollo eran aproximadamente el 14 por ciento del nivel de los países industrializados. Hoy son aproximadamente el 23 por ciento». Aunque en aras de la simplicidad se estén metiendo aquí en el mismo cajón los pobres más ricos y los realmente pobres, eso es una quinta parte de los ingresos medios de los países ricos: en tres décadas han recuperado un diez por ciento del retraso que llevan con los ingresos. ¿Las naciones de este mundo que van progresando podrían pensar, pues, que están en el camino correcto hacia el bienestar y la prosperidad generalizada?

Según Fuest, el ramo de la investigación económica internacional puede anunciar aún otros éxitos en la recuperación del sur global: «Un estudio actual del investigador del Banco Mundial Branko Milanović muestra que el coeficiente de Gini de la distribución de ingresos en la población mundial entre 1988 y 2008 ha bajado de 74 a 69. Por eso llega a la siguiente valoración: “El período de globalización de 1988 a 2008 ha traído el primer descenso de la desigualdad mundial desde la revolución industrial”. No es sostenible la afirmación de que a nivel mundial aumentan permanentemente la pobreza y la desigualdad de distribución». El profano se queda pasmado: ¡por primera vez desde la revolución industrial! ¡Un descenso de 74 a 69, en veinte años! En ese coeficiente, explica de nuevo el experto, «un valor de 0 significa completa igualdad, y un valor de 100 la máxima desigualdad». ¿Qué necesidad hay de ponerse nerviosos? ¡Si después de todo la desigualdad global se sitúa en un valor de 7 en una escala de 0 a 10, con tendencia a bajar

lentamente! Porque gracias al auge económico en China —que sin embargo entre tanto por desgracia está terminando— algunos cientos de millones de personas ya no sufren una situación de miseria material. Muy bien se puede dejar la cosa en 69 —en Alemania por ejemplo el valor correspondiente está situado actualmente más o menos en 30, y el de España en 34— y, de paso, barrer bajo la alfombra la desigualdad mucho mayor de los valores de capitales.

A propósito de Alemania:<sup>2</sup> «A los alemanes jamás nos ha ido tan bien como hoy. El PIB per cápita, que mide el bienestar individual medio, ajustándolo a la paridad del poder adquisitivo, se sitúa con cuarenta y ocho mil dólares estadounidenses en el máximo nivel histórico. Solo los suizos han alcanzado más en Europa (sesenta mil dólares)». Así lo señala Rainer Hank, que como famoso periodista económico es una de las voces con mayor impacto público en este campo, en el marco del nuevo debate sobre la desigualdad. ¿Cómo se ha llegado a este histórico cenit de bienestar en Europa? La explicación es sencilla: «En los últimos ciento cincuenta años nuestros ingresos medios se han multiplicado por más de doce, un milagro que nosotros llamamos productividad». Un milagro llamado productividad que es parte de un milagro aún mayor, llamado progreso. «*The Great Escape*, llama el economista Angus Deaton a esta genial historia del progreso de la humanidad en el siglo XX: “La gran evasión”». Con ello, Deaton, premio Nobel de Economía británico-estadounidense, se refiere a la evasión huyendo de la pobreza social, a la búsqueda del ascenso individual y colectivo, a liberarse a sí mismo de las necesidades existenciales y las limitaciones materiales. Y no solo eso. «Son sobre todo también los grandes éxitos de la medicina a lo largo del siglo pasado —sigue diciendo Hank, refiriéndose a Deaton— los que influyen positivamente en nuestro bienestar y los que hoy nos resultan obvios».

Un bienestar obvio, una genial historia de progreso, la gran evasión: ¿de qué estamos hablando aquí? Y sobre todo: ¿de quién? ¿De qué humanidad, de qué «nosotros»? Pues bien, realmente solo *de nosotros*: de nosotros, hombres del progreso, y de nuestra notable prosperidad. La muerte y la ancianidad, dice por ejemplo Hank, se han convertido hoy en sinónimos: «Antes era normal morir joven». La muerte temprana: ¿un fenómeno del pasado, una experiencia del pasado remoto? ¿Y el sospechoso progreso como motor de la equiparación de las oportunidades vitales, «la medicina y la

industria farmacéutica igualan las esperanzas de vida»? Involuntariamente se pregunta uno de qué está hablando en realidad toda esta gente: periodistas económicos alemanes, investigadores económicos internacionales, el premio Nobel de Economía de turno. ¿En qué mundo viven?

La respuesta es: viven en la sociedad de la externalización. Hablan de la sociedad de la externalización. Y ellos sí pueden decir que no ven nada malo en ella. Pueden decirlo porque están en condiciones de hacerlo. Viven en, de y para la sociedad de la externalización... por ejemplo trabajando de profesor en Princeton (Hank sobre Deaton: «En lo económico sus hijos aún tienen más éxito que él: trabajan para unos fondos de cobertura en Wall Street»). Hablan de sí mismos y de sus semejantes. Y de la «realidad social» que llegan a ver desde su perspectiva y en su posición. Novedades: las aberrantes desigualdades han sido eliminadas, las esperanzas de vida han sido igualadas, historia del progreso cumplida. A uno le entran ganas de decir: ¡Rompan filas!

## Los campos de batalla del capitalismo global

Pero al menos uno quiere contraponer a esta historia otra distinta: una historia de lo que queda fuera de la sociedad de la externalización. Una historia no del pasado, o no solo del pasado, sino del presente. Una narración opuesta a nuestra historia del progreso supuestamente prodigiosa. Una narración opuesta en la que el lema vital del moderno capitalismo del bienestar —internalizar beneficios y externalizar riesgos (*internalizing profits and externalizing risks*)—<sup>10</sup> desempeña un papel clave. Y de la que forma parte, por ejemplo, el hecho social de unas esperanzas de vida desiguales y, además, repartidas de forma radicalmente desigual en la sociedad mundial: para muchas personas, e incluso en algunos lugares para muchísimas, sigue siendo totalmente normal morir joven.

La esperanza de vida individual constituye el indicador de bienestar social por excelencia.<sup>11</sup> No hay desigualdad más existencial: quien muere antes lleva más tiempo muerto. Y he aquí que quienes llevan más tiempo muerto son por lo general los demás. Eso puede decirse ya de la desigualdad ante la muerte en Alemania y en Europa: los datos relativos a esto contradicen radicalmente todas las advertencias que se hayan podido hacer de que en el

debate sobre la desigualdad, pese a todo, «tampoco hay que exagerar».<sup>12</sup> De este modo, por ejemplo, en Alemania solo el 70 por ciento de los hombres provenientes de economías pobres llegan a los sesenta y cinco años, mientras que de las capas más ricas son el 90 por ciento. Mientras que su esperanza media de vida al nacer es de ochenta y un años, los jóvenes nacidos en hogares más pobres solo pueden contar, calculándolo estadísticamente, con setenta años de vida: por tanto, el dividendo medio de vida de los hombres ricos se eleva a no menos de once años. Atendiendo a lo que se suele llamar la esperanza de vida sana, es decir, el tiempo de vida en que se goza de plena salud, la diferencia estadística entre las clases es incluso mayor que catorce años (en el caso de las mujeres la situación se presenta menos dramática, pero la tendencia es idéntica). Esta estructura de desigualdad se encuentra también dentro de Europa, entre las naciones más ricas y las más pobres: por ejemplo, calculándolo estadísticamente, en comparación con una persona lituana del mismo sexo, un hombre en Alemania tiene diez años más de esperanza de vida. Tener diez años más o no tenerlos: ¿dónde han quedado los beneficiosos efectos de la medicina y la industria farmacéutica?

Pero si a su vez tomamos como patrón de medida la esperanza media de vida en Europa, que últimamente era de 80,6 años (según datos de 2013 era de 77,8 años para los hombres y 83,3 para las mujeres), entonces se entiende a qué se refiere Göran Therborn cuando habla de «los campos de batalla de la desigualdad» (*The Killing Fields of Inequality*):<sup>13</sup> en las sociedades extremadamente desiguales del sur global de promedio también se muere mucho más fácilmente que en las sociedades ricas y —con todas las salvedades que acabamos de mencionar— más igualitarias del norte. En países como Chad, Afganistán o Somalia la esperanza de vida al nacer es aproximadamente de apenas cincuenta años, es decir, treinta años menos que en Europa. Países tan distintos como Laos, Haití y Eritrea tienen algo en común: una esperanza media de vida de sesenta y tres años. Y también a los presuntos «países emergentes» o a los Estados BRICS, que a veces son elogiados como naciones con economías exitosas, les falta mucho para emerger como sociedades de longevidad: en Sudáfrica la gente muere como promedio aún antes de los sesenta años, en la India ya con sesenta y siete, en Rusia y Brasil con setenta y setenta y tres, y en China, después de todo, ya a la edad de setenta y cinco (puesto 100.º en el listado mundial de longevidad).

Así que este es el aspecto que ofrece el mundo de lo que Therborn llama

la *vital inequality*, las oportunidades vitales o las opciones de supervivencia que a nivel global están distribuidas desigualmente: mientras que al llegar a los setenta años comienza para nosotros una nueva etapa en la vida, en la India una de cada dos personas ya ha muerto. Por muy acongojante que sea la realidad social que hay tras estas cifras, este indicador es sin embargo muy valioso, porque en su fuerza expresiva no pueden relativizarlo ni siquiera los creyentes radicales en el progreso, como tan gustosamente se hace por ejemplo con la «pobreza relativa», es decir, con la escasez de ingresos en los hogares calculada conforme a un promedio social, de la que se dice que supuestamente no es una «verdadera» pobreza<sup>14</sup> y que, por eso, dramatiza inadecuadamente la situación. La muerte, por el contrario, es cualquier cosa... menos relativa. Pero sí que es relacional: no se produce por pura casualidad, como sugiere la imagen del entrañable esqueleto con la guadaña, en la que quien no muere antes muere después. Más bien el aumento de oportunidades vitales para unos está estructuralmente vinculado a la reducción de opciones de supervivencia de otros, las condiciones de vida peores guardan una relación estructural con las mejores, mirándolo tanto a nivel nacional como a nivel global. Tanto en un caso como en el otro, los adinerados viven a costa de los menos acaudalados... hasta que la muerte prematura de los últimos los separe.

Este era también el argumento central de este libro: vivimos a expensas de otros, y en última instancia a costa de sus vidas. Al margen de lo que el liberalismo económico pueda explicarnos a nosotros y a los demás, la productividad no es un milagro, el progreso no es universal, las reducidas oportunidades vitales en las periferias del capitalismo del bienestar no son producto de la casualidad. La productividad de nuestras economías, que ya por sí misma es asombrosa pero que también asombrosamente crece de modo constante, se basa decisivamente en la explotación sistemática de los recursos materiales y de la aplicación de trabajo físico —de hombre y naturaleza— en otras partes del mundo. La ganancia de bienestar que resulta desde hace muchas décadas, si es que no desde hace siglos, de esta estructura de desigualdad recae sobre amplios sectores de las sociedades «desarrolladas», es decir, sobre nosotros, y sigue consolidando las desigualdades sociales globales. Por tanto, el progreso se efectúa sobre los hombros de aquellos que posibilitan nuestro avance, pero que se quedan ellos mismos rezagados. Martirizando caminamos,<sup>15</sup> sin preguntar cómo hemos logrado nuestro



bienestar ni por qué nos ha sido concedido a nosotros, pero no a otros.

Quizá los caminos del Señor sean inescrutables. Pero los caminos que conducen a nuestro prodigioso mundo de bienestar no lo son. Aquí se han emprendido dos intentos de investigarlos. En primer lugar, se mostró cómo todo el estilo de vida, tanto individual como colectivo, de las sociedades ricas del norte global se basa en un sistema de intercambio desigual dispuesto a lo grande y que se viene practicando ya desde hace mucho tiempo: en la remota lejanía, en las muchas periferias de la economía mundial capitalista, se realizan trabajos, se explotan las fuentes de recursos, se desprenden sustancias tóxicas, se vierten residuos, se devastan comarcas, se destruyen espacios sociales, se matan hombres... para nosotros, para los hombres en los centros del bienestar, para posibilitar y mantener el estándar de vida de esos centros, sus oportunidades vitales, su estilo de vida. Luego, en un segundo paso, se ha descrito cómo estos centros del bienestar se cierran al mundo exterior que los nutre y los descarga, o dicho más exactamente, cómo construyen entornos vitales «ajenos» como un «afuera» al que pueden recurrir para asegurarse su estilo de vida sin que, no obstante, tal «afuera» los afecte a ellos mismos en su integridad. Las relaciones entre los centros y las periferias están configuradas siguiendo el principio de la semipermeabilidad: mientras que se pueden sacar «afuera» muchas cosas, solo muy poco debe llegar «adentro». La brecha de movilidad global a favor del norte global es un ejemplo certero de ello: medio mundo viaja colectivamente por la otra mitad, pero solo le abre a esa otra mitad un acceso sumamente selectivo a su propio espacio económico y social. Igual que las oportunidades vitales, también las opciones de movimiento son al parecer globalmente divisibles... y de hecho están divididas. Lo que es posible para unos les está prohibido a otros: a eso lo llaman entonces la era de la «globalización».

Rob Nixon, un investigador medioambiental estadounidense que, al igual que Angus Deaton, da clases en la Universidad de Princeton, formula esta coyuntura global como un juego de alternancia de expansión excesiva y deslocalización, *outsizing* y *outsourcing*,<sup>16</sup> que arranca en los países altamente industrializados de este mundo: el capitalismo occidental del bienestar, movido por su obligación interior de crecimiento, a nivel mundial se sirve cada vez más de recursos naturales y humanos siempre nuevos, y descarga en su mundo exterior los costes derivados de este movimiento de expansión. Que logre hacer esto y que siempre pueda lograrlo se debe a su posición

dominante en el sistema mundial, al entrelazamiento del poder económico y político. Esto posibilita a las sociedades del norte global no solo hacer patente una indiferencia estructural, en el sentido de dar por supuesto sin cuestionarla una disponibilidad básica de todos aquellos recursos necesarios para proseguir su dinámica expansiva y externalizante. El estilo de vida imperialista de las sociedades «superdesarrolladas» se basa además en la fuerza de la ignorancia, un *habitus* colectivo que Nixon llama «provincianismo imperial» (o refiriéndolo a los Estados Unidos *superpower parochialism*): la fuerza no solo para no recapacitar sobre las consecuencias de las propias acciones, sino para no tener ni siquiera que enterarse de ellas, la fuerza para poder recurrir al derecho a no saber.<sup>17</sup>

Indiferencia e ignorancia, desinterés y desconocimiento son cosas que no todo el mundo se puede permitir. Son signos vivos de un mundo en el que los propios dominantes son capaces de externalizar incluso el conocimiento de su dominación, pudiendo hacer así que ella se vuelva invisible. Durante mucho tiempo la sociedad de la externalización fue muy eficaz a la hora de establecer esta invisibilidad: la gestión de seguridad en las fronteras externas de nuestro mundo de bienestar podía desaparecer también tras un velo de ignorancia o de no tener por qué saber, al igual que las prácticas de desgaste de recursos y de contaminación medioambiental podían hacerse indetectables filtrándose por algún lugar más allá de nuestro propio campo de experiencia. Y con el tiempo el régimen de invisibilidad se fue perfeccionando cada vez más, desde la exportación de residuos materiales al otro extremo del mundo hasta la deslocalización de la recogida virtual de basuras al ser trasladada al extremo inferior de la estructura social global.

Pues también eso forma parte de la sociedad de la externalización en su modalidad actual: la «recogida de basuras en Internet»,<sup>18</sup> labor que llevan a cabo «brigadas de limpieza digital» en los países con salarios bajos del sur global, ejércitos de trabajadores ante ordenadores que a diario examinan para las empresas de Internet de nuestra confianza millones de imágenes para ver si afectan a nuestra tolerancia moral. Se encargan las veinticuatro horas del día, según expone Till Briegleb en un impresionante informe sobre el oculto mundo paralelo de nuestro universo de redes sociales, «de que no veamos en Facebook ninguna foto de perfil que muestre una cabeza cortada, de que no encontremos en YouTube ningún vídeo con pornografía infantil o de que en Instagram no salga Grumpy Cat en una serie con pollitos triturados o perros

desollados». ¿Cómo? ¿Estas horribles imágenes no se borran solas? ¿El lado malvado del poder de la realidad virtual no se disuelve por sí solo en el aire, o al menos con ayuda de algoritmos proactivos de búsqueda? No: nuestra «basura psíquica» es descargada en países lejanos, casi siempre en el sudeste asiático, donde otros, hombres de carne y hueso, hacen manualmente por nosotros el trabajo sucio de su recogida, designado con el eufemismo de «Moderación de Contenidos Comerciales» (*Commercial Content Moderation*, CCM). Además de hacerlo por un sueldo miserable, luego sufren daños psíquicos: «Los sufrimientos que el cierre mudo del horror de las imágenes causa en la propia cabeza abarcan desde la pérdida de la libido, pasando por insomnios, hasta depresiones, alcoholismo y desconfianza paranoica hacia otras personas». ¿No es todo tan bonito aquí,<sup>19</sup> en el nuevo y perfecto mundo mediático del norte global? Por supuesto que sí. Mientras el resto del mundo siga colaborando.

### La sociedad de la externalización contraataca... a sí misma

Pero la situación no se va a quedar así.<sup>20</sup> El precio de la sociedad de la externalización se hace cada vez más visible, los daños colaterales de nuestro modelo social de progreso y desarrollo cada vez se pueden obviar menos, por muy alejados que nos puedan parecer: trabajo sucio en las naves industriales del sur global, depósitos de residuos tóxicos en las regiones metropolitanas de África y Asia, campos de refugiados en las fronteras de terceros y cuartos Estados, casquetes polares que se derriten y nivel de mar ascendente en el otro extremo del mundo.

Tan lejos, tan cerca: lo que durante mucho tiempo parecía oculto desde ahora ya no se puede seguir ignorando sin más. La duradera «“normalidad” de la externalización»,<sup>21</sup> que hasta hoy se había mantenido intacta, según Immanuel Wallerstein, el decano de la investigación sociológica del sistema mundial, «se ha quedado reducida a un recuerdo de infancia». Descargar los costes sobre otros y embolsarse las ganancias, deslocalizar los daños y quedarse con los beneficios, y pese a todo seguir haciendo como si no sucediera nada: eso se está volviendo hoy cada vez menos posible, o al menos resulta cada vez más difícil. Antes no todo era mejor, pero al menos algunas cosas sí que eran más fáciles, ya fuera declarar un «milagro» el reascenso

económico de la Alemania de posguerra o prometerles a los países del «tercer mundo» el incesante desarrollo hasta la sociedad del bienestar si se portan bien y demuestran ser amigos de Occidente. Hoy sabemos que el tren del progreso no tiene paradas en todas partes. Ya no podemos negarnos a darnos cuenta de que para muchos hombres y para amplias partes del mundo el tren simplemente ha partido ya. Y tampoco podemos impedir que su miseria se nos presente delante cada vez más brutalmente y sin tapujos. Solo tenemos que hacer las cuentas: relacionar la miseria de los demás con nuestra propia prosperidad.

Para decirlo con un sarcasmo que quizá esté fuera de tono: en el futuro eso nos resultará más fácil. En cualquier caso, lo tendremos más difícil para no llamar por su nombre a las realidades de la desigualdad global y para seguir haciendo como hasta ahora, pues el péndulo devuelve el golpe y la externalización regresa a casa. Ahora ya con los llamados «flujos de refugiados» que tratamos de detener por todos los medios en las fronteras de Europa, de momento todavía sin llegar a hacer uso de las armas. Pero en un futuro no demasiado lejano, que en realidad ha empezado ya, también en forma del cambio climático, que en otras partes ya se hace notar inconfundiblemente desde hace mucho tiempo en forma de inhabituales sequías, tormentas e inundaciones. Y en cierto modo, con el continuo y humillante disciplinamiento de Grecia a raíz de la crisis del euro, también la venerable praxis de los programas de ajustes estructurales, que antes solo se aplicaban a los «países en vías de desarrollo», ha regresado finalmente a Europa, al propio mundo de las sociedades «avanzadas».

El péndulo devuelve el golpe, el «afuera» se vuelve hacia «dentro»: nos vemos ineludiblemente confrontados con las consecuencias de nuestra propia actividad externalizante. El «juego de imaginarnos que algo no existe»,<sup>22</sup> como lo formuló el economista nacional Hans Achinger hace mucho tiempo en otro contexto, simplemente ya no es posible. No cabe duda de que en los discursos públicos de la sociedad de la externalización sigue siendo habitual todavía hoy, como algo sistemático, «imaginarse que no existen» sus condiciones previas y sus consecuencias. Imaginándose que algo no existe todavía se pueden ganar elecciones en nuestros países. Pero incluso eso se volverá a ojos vistas más difícil. Y en cualquier caso, más allá del terreno político, en el campo del análisis científico hoy resulta ya realmente imposible seguir imaginando que ciertas realidades no existen. La evidencia

empírica de nuestra vida a costa de otros es demasiado fuerte. Y entre tanto también son demasiado numerosas las voces teóricas —algunas se han pronunciado en este libro— que aportan planteamientos convincentes para darle la vuelta a nuestra manera de observar el mundo y apoyarla en el hecho de las desigualdades *interdependientes*,<sup>23</sup> es decir, de situaciones recíprocamente condicionantes de gran riqueza y gran pobreza en la sociedad mundial.

Tras el continuo impulso político para imaginarse que ciertas correlaciones en la sociedad mundial no existen, se esconde ciertamente el puro miedo a que alguna vez podamos acabar pagando realmente las consecuencias de nuestra despreocupada vida de bienestar. Este temor es comprensible, y no es una mera cuestión del *German Angst* o «temor típicamente alemán», que en los países de habla inglesa se ha vuelto proverbial,<sup>24</sup> sino que por buenas razones es un fenómeno de toda Europa, e incluso un fenómeno del norte global. Un análisis sociológico como el que aquí hemos presentado posiblemente podría alimentar temores correspondientes, y en tal caso tendría más bien un efecto en última instancia contraproducente con vistas a la necesaria transformación de la sociedad de la externalización. Pero abriéndonos los ojos antes que nada a las realidades sociales también podría, a la inversa, quitarnos el miedo al futuro, pues el futuro de los centros del capitalismo del bienestar no podrá enturbiarse tan rápidamente ni en tal medida como ya es sombrío hoy el presente para muchos cientos de millones de hombres que viven en las periferias del sistema capitalista mundial.

Pero como quiera que sea, la sociología no es una terapia social. Ni tampoco es una doctrina moral. Si en algún momento este libro se ha podido leer como una doctrina moral eso habrá sido más bien un efecto de la demanda que de la oferta, más un reflejo de los lectores que se inquietan a sí mismos que la intención pedagógica del autor. Aquí no se trataba de reprochar al sistema o a la gente un fracaso moral, de cantarle las cuarenta a la sociedad de la externalización: eso lo dejamos en manos de los moralistas y de los filósofos de la ética económica. Una sociología crítica procede de otro modo. Ella emplea el dedo índice para indicar y no para exhortar. Remite al poder y a la dominación en lugar de a la moral y a la conciencia, nombra condiciones estructurales en lugar de principios éticos, deja en evidencia la presunta obviedad de prácticas cotidianas en lugar de cuestionar la capacidad empática de los actantes.

Viéndolo así, el análisis que aquí presentamos ha puesto en claro dos cosas:

la actividad externalizante en las sociedades ricas del mundo se integra en una estructura de poder surgida históricamente que posibilita a los así empoderados obtener a diario las ventajas materiales de su posición de poder. Y esta praxis de poder que ha llegado a ser habitual, consistente en externalizar costes y embolsarse así los beneficios, se ha convertido para los externalizantes en un modo de acción que ya no se cuestiona, totalmente «normal», en cierto modo en su segunda naturaleza. La externalización se ha convertido para nosotros en una costumbre que resulta ser obvia, sugerida por las condiciones de acción que tenemos dadas, y se ha establecido como un *habitus* colectivo cuyas consecuencias nos siguen quedando ocultas. Pero que ahora se hacen cada vez más manifiestas.

En este contexto, el concepto de «violencia estructural»<sup>25</sup> ayuda mucho a comprender la sociedad de la externalización. Desarrollado en los años sesenta por el sociólogo e investigador de la paz noruego Johan Galtung, debería describir la forma específica de dominación que el «primer mundo» de las naciones industriales ricas ejerce sobre las regiones pobres del «tercer mundo». Sin embargo, en aquel momento Galtung asoció aún lo «estructural» del régimen de violencia de los centros capitalistas con la característica discreción y sutilidad de su modo de dominación: la violencia estructural opera de forma apenas perceptible, actúa como una coerción tácita y es poco llamativa para la atención, como lo son las «aguas tranquilas». Pero los tiempos han cambiado. El modelo estructural y los efectos secundarios de la sociedad de la externalización van saliendo cada vez más a la luz. Se revuelven las superficies lisas de la bella apariencia, las aguas antaño tranquilas se han vuelto turbulentas: el diluvio que nosotros siempre producimos de nuevo ya no está solo a nuestro lado.

Vivir en el ojo del huracán: no hay nada bueno, a no ser que uno lo haga

Vivimos bien en la sociedad de la externalización, ¿pero durante cuánto tiempo? Los «efectos bumerán»<sup>26</sup> de nuestra actividad externalizante se hacen cada vez más inconfundibles. Desde luego, no conducen sin más a una conciencia agudizada de las correlaciones entre las desiguales oportunidades vitales a uno y otro lado del globo, entre las opciones aquí y las restricciones

allá. Más bien, cuando se trata de la gestión política de las consecuencias de la externalización, que cada vez son más obvias, dominan por ahora encubrimientos interesados y correcciones cosméticas, tácticas dilatorias y actos reflejos de aislamiento. Ya sea en conferencias climáticas internacionales o en iniciativas públicas para la mejora de las condiciones laborales, por ejemplo en la industria textil y de la confección, en la política de refugiados o en el régimen de comercio mundial, a la hora de conducir cochazos hipermotorizados o en vista del crecimiento aparentemente incesante del tráfico aéreo o del tráfico de mercancías gestionado por Internet, tanto los gobiernos como las empresas, tanto las administraciones como los ciudadanos se muestran moderados por igual a la hora de que les hagan las cuentas de los costes de la propia actividad y de dejarse convencer para compensarlos, asumirlos o incluso evitarlos. Toda una vida externalizando con éxito, desde tiempos inmemoriales nos ha ido bien así, ¿por qué olvidarnos ahora de la diversión y volver las tornas? ¿Por qué superar la sociedad de la externalización? Pero sobre todo, ¿cómo hacerlo?

El «porqué» es relativamente fácil de aclarar, y sin necesidad de apelar a una moral cristiana ni a una moral de la sociedad civil o de los derechos humanos: lo que nos debería hacer dudar del principio de la externalización y llevarnos a abandonarlo es una aclaración de nuestro propio interés. No hay ningún «afuera» de la sociedad mundial al que se puedan externalizar duraderamente y sin consecuencias para nosotros los prerequisites y los residuos de nuestro modo de vida: acaparamiento de tierras y trabajo sucio en el sur, emisiones de CO<sub>2</sub> en la atmósfera o bajo la tierra, diseminados por todo el mundo los expulsados a campos de refugiados por las catástrofes medioambientales o los conflictos por las fuentes de recursos. Nunca hubo ese supuesto «afuera» de nuestras sociedades del bienestar, sino solo la figuración útil y eficaz de que tal «afuera» existe. La noción ingenua de que con la externalización el asunto ha quedado resuelto para nosotros, que efectivamente ha resultado ser durante muchos años una forma sumamente efectiva de represión aquí y de destrucción allá. Pero ahora también nosotros, que hasta este momento habíamos vivido en el ojo del huracán, tenemos que mirar de frente las realidades que nos rodean: el hallazgo de fuentes de energía se vuelve cada vez más costoso, los sumideros de carbono llegan al límite de su capacidad, rebosan los vertederos de basura de este mundo, el tributo de sangre que exige nuestro estilo de vida llega a ser excesivo,

aumentan las violentas confrontaciones sociales por todo el mundo, los pobres y desesperados ya no se dejan despachar con las promesas vacías de los objetivos de desarrollo de las Naciones Unidas, los más dinámicos de ellos se ponen en movimiento. La sociedad de la externalización ha llegado a un punto de inflexión más allá del cual ya no se pueden controlar los efectos de su funcionamiento ni se pueden excluir consecuencias autodestructivas.

Pero darse cuenta, aunque sea en nuestro propio interés, de que es necesario cambiar el rumbo social no provoca ese cambio automáticamente. No por haber un saber hay ya un camino. La superación de la sociedad de la externalización está ante un dilema decisivo que resulta del solapamiento o del entrecruzamiento de las estructuras de desigualdad nacionales y globales, pues aunque sea cierto que prácticamente toda la población europea —y aunque tomemos la situación económica más desfavorecida— goza de mejores condiciones materiales que el 85 por ciento de la humanidad, no se pueden obviar desde luego las enormes desigualdades sociales en nuestros países. Todos nosotros vivimos en una sociedad del bienestar, y sin embargo no existe ningún «nosotros» de la sociedad del bienestar. De ahí resulta una compleja constelación de intereses y, por tanto, un problema fundamental de estrategia política: ¿cómo luchar por más igualdad a escala global sin desatender las pretensiones legítimas de igualdad en el contexto nacional —por ejemplo la igualdad vital de las opciones de esperanza de vida—? ¿Cómo tratar a los desfavorecidos en las sociedades ricas en su condición de beneficiarios de la sociedad de la externalización, tomándose sin embargo en serio sus preocupaciones por la continua discriminación social en comparación con los más favorecidos que los rodean?

En el otro lado de la situación de desigualdad global sucede en principio lo mismo: lo que hay frente a la sociedad de la externalización tampoco es un mundo homogéneo. Todo lo contrario. Si las desigualdades sociales «internas» ya son lo bastante grandes para nosotros, en los países del sur global rebasan con mucho la medida que para nosotros es habitual. El coeficiente de Gini para medir la concentración de ingresos, como ya mencionamos antes, es en Alemania de 30. Recordemos que con coeficiente 100 una sola persona se habría apropiado de todo el volumen de ingresos de una sociedad, y con coeficiente 0 habría una completa distribución igual. Los países africanos o latinoamericanos muestran valores de desigualdad incomparablemente mayores,<sup>27</sup> por ejemplo México 48 y Brasil 53, Botsuana



61 y Sudáfrica 65. Es decir, en el sur global hay gente muy rica, y que lo es incluso conforme a patrones europeos. Pero además ahí también hay grandes clases medias en ascenso, u orientadas al ascenso, que quieren alcanzar niveles de vida «occidentales» —y que también lo consiguen—, y que a su vez pueden considerarse, al menos bajo ciertas condiciones, como beneficiarios del sistema de desigualdad mundial. Aunque valores del coeficiente de Gini superiores a 50 o incluso de 60 indican que amplias capas de la población de estos países viven en el umbral de la pobreza extrema o incluso por debajo de él, es incuestionable que tampoco en el sur global hay un «nosotros» de la sociedad de la pobreza que sea indiviso o siquiera capaz de actuar.

Por consiguiente, el problema estructural de una problematización política de las desigualdades de la sociedad mundial consiste en que con una mirada ampliada y global a la situación las cosas se complican necesariamente. Por un lado, debido a los complejos conflictos de intereses que surgen a causa de que los costes de la sociedad de la externalización están tan desigualmente repartidos en el sur global como las ganancias en el norte global. Pero luego también en relación con las posibilidades de politizar las situaciones de desigualdad que se superponen de tal modo. El propio Reinhard Kreckel, que ha introducido el concepto de centro-periferia en la investigación alemana sobre la desigualdad, señala que con el abandono de las respectivas escalas sociales de «arriba» y «abajo» de alcance exclusivamente nacional «aumenta la capacidad de diferenciación, pero disminuye la capacidad de comunicación».<sup>28</sup> Esto significa que cuanto más preciso y abarcador es el análisis científico de las desigualdades sociales, tanto más difíciles e inadecuados se vuelven los mensajes políticos sencillos.

En esta complicada coyuntura de circunstancias mezcladas, el concepto de una sociedad de la externalización representa el intento de poner el dedo en una llaga de la que usualmente nos parece que no merece la pena hablar. La pobreza y la riqueza han sido desde siempre un campo de confrontación política en las democracias capitalistas. Son tema de campañas electorales y congresos sindicales, asunto para tratar en programas de entrevistas e informes gubernamentales, y con el gran éxito de público que ha tenido Piketty se han vuelto recientemente, como hemos visto, tema de debates públicos en las sociedades de Europa y Norteamérica. Por el contrario, la miseria y la pobreza *en otras partes*, fuera de nuestro propio entorno vital, en las periferias del sistema mundial capitalista, arrastran literalmente una

sombría existencia miserable. Acaparan el foco a veces después del telediario, a veces en reportajes radiofónicos de programas de la radiodifusión pública, para luego volver a desaparecer de inmediato y ser relegadas a las colectas navideñas de *Adveniat* y *Misereor*. Pero sobre todo sabemos por experiencia que las *correlaciones* entre ambas cosas, entre el «superdesarrollo» con poca desigualdad aquí<sup>29</sup> y el «subdesarrollo» con desigualdades extremas en otras partes, no son nada que interese especialmente a la opinión pública política y mediática. Lo uno se valora gustosamente como «economía social de mercado», lo otro se lamenta en todo caso como triste destino sin que tal lamento tenga consecuencias. Pero que ambas cosas estén correlacionadas es algo que lamentablemente tiene que quedarse fuera, lejos de nuestro horizonte de sentido y más allá del punto que alcanzan nuestras resoluciones.

Hablar de la sociedad de la externalización rompe con la espiral de silencio del capitalismo del bienestar. Sin pretender negar su propia estructura de desigualdad —no en vano es justamente capitalismo—, y por decirlo con palabras del clásico de la sociología Max Weber,<sup>30</sup> en un «aumento unilateral de un punto de vista» dirige la mirada a sus efectos externos. Con ello acierta a dar con su modo de *funcionamiento*, pues sin capitalismo de la pobreza tampoco hay un capitalismo del bienestar, según la lógica estructural del sistema mundial moderno. Y al mismo tiempo atina con su modo de *legitimación*, o al menos eso es lo que se espera, pues señala que nuestro bienestar individual y colectivo no solo se basa en el trabajo duro, en economizar con inteligencia y en la fortuna que siempre acompaña a quienes se afanan, sino al menos en igual medida en el poder estructural, en la explotación sistemática y en colaborar activamente en la desgracia de otros países y otras gentes. Si miramos entre los bastidores de la sociedad de la externalización, la enorme productividad de nuestra economía ya no aparece como un milagro, sino como un efecto de la externalización de actividades poco productivas. Entonces los balances medioambientales de las sociedades de servicios occidentales se pueden interpretar como una acreditación de la tercerización de industrias sucias. Y entonces ya es inevitable ver el logro civilizador de los derechos de ciudadanía a la luz o a la sombra de una exclusividad suya que si es preciso se defiende con violencia.

«Sociedad de la externalización»: esta es la respuesta a la pregunta de por qué en último término son siempre los mismos<sup>31</sup> quienes están en el lado de los ganadores o en el lado de los perdedores del capitalismo global. Pero el

concepto mismo no da aún ninguna indicación de cómo sería posible o cómo se podría posibilitar un mundo distinto, un mundo más allá de la externalización. En principio, lo único que hace este concepto es ampliar la visibilidad... frente a las fuerzas, en ocasiones poderosísimas, a las que les gusta obviar o que incluso pretenden ocultar los trasfondos y los efectos secundarios del capitalismo del bienestar. En el mejor de los casos, puede contribuir a romper aquel ciclo social de simulación<sup>32</sup> que nos hace seguir dando vueltas siempre a la rueda de la externalización según el principio de «no veo nada que tú no veas»: el acuerdo tácito entre los responsables políticos y su pueblo electoral, así como entre los propios ciudadanos y ciudadanas, para no incomodarse unos a otros con las realidades sociales tras la bella fachada de su vida de bienestar.

Hacer visible lo invisible, pronunciar lo tácito, hacer que resalte lo ocultado: esto suena a modestos éxitos del trabajo del discurso científico, tal como pretende una sociología de la sociedad de la externalización. Pero también se podría sacar más de ahí, pues el discurso sobre y el conocimiento de nuestras prácticas de externalización podrían contribuir decisivamente a politizar la discusión pública sobre sus condiciones y consecuencias. Y tal politización es esencial para cambios reales, para una transformación social efectiva. Sin duda esto no será posible sin cambios de conducta en la praxis cotidiana, y todas las formas hoy ya existentes de crítica práctica a la externalización, desde renunciar personalmente a ciertos consumos hasta hacer un año de voluntariado social en las periferias del mundo del bienestar, son pasos importantes para un cambio futuro. Pero para superar la sociedad de la externalización hacen falta más cosas. Esa superación exige lo supraindividual. Los problemas globales, como dice certeramente Rob Nixon,<sup>33</sup> «no se pueden resolver agregando las acciones de individuos concienciados». Lo que se necesita no son solo muchas contribuciones aisladas, sino sobre todo una auténtica colectividad.

Para eso hace falta, por un lado, *dejar bien claras colectivamente* una serie de amargas verdades —entendiendo bien que para nosotros son mucho menos amargas que para otros—: que nuestro estilo de vida típico del capitalismo del bienestar no es universalizable, que se basa en insoportables condiciones de vida en otras partes y que solo se puede mantener sobre esa base; que el cambio a una política de oportunidades vitales iguales a escala mundial modificará enormemente nuestra vida social. Y por otra parte hace falta un

*autoempoderamiento colectivo*, una acción común en el sentido de generar tales oportunidades vitales iguales, a partir de la formación de una alianza supralocal y transnacional entre los muchos miles de iniciativas y organizaciones, redes y movimientos que hoy luchan ya, tanto en el sur como en el norte global, por un mundo donde todas las personas puedan llevar un estilo de vida con igualdad de derechos.

La politización necesita colectividad, la colectividad genera politización: esta es la sencilla ecuación de una transformación de la sociedad de la externalización, que al mismo tiempo invita a pasar del registro moral del «¡Indignaos!» (*Indignez-vous!*)<sup>34</sup> al registro político del «¡Haced algo!». Pero eso significa al mismo tiempo que el objetivo de la actividad transformadora tiene que ser un cambio duradero no solo de las prácticas sociales, sino sobre todo también de las instituciones sociales, que son las únicas que posibilitarían perennizar las prácticas sociales modificadas. Algunos elementos básicos de una radical reforma institucional de la sociedad de la externalización son palmarios: desde una revisión del régimen de comercio mundial que acabe con los privilegios de las economías del centro, pasando por una fiscalización efectiva de las transacciones financieras a nivel mundial y una remodelación de las economías nacionales ricas en economías del poscrecimiento,<sup>35</sup> hasta un contrato social global para retardar el cambio climático o una paliación igualitaria de sus consecuencias y una política jurídica transnacional que consolide eficientemente los derechos sociales globales. En resumen, tal reforma desembocaría en una política consecuente de la *doble redistribución*, tanto a escala de las sociedades nacionales como a escala de la sociedad global, de arriba abajo y de «dentro» «afuera». Pero esta gigantesca tarea no se puede resolver solo con proyectos piloto de economía solidaria ni con una actividad vanguardista de consumo ético, y tampoco nos libraremos de ella gracias al cambio tecnológico, la digitalización y la economía del conocimiento, como sugieren reiteradamente los teóricos del «poscapitalismo»<sup>36</sup> que miran con optimismo la técnica, como Jeremy Rifkin o Paul Mason. Al cabo, ningún camino elude el auténtico y laborioso proyecto central, que el autor Mathias Greffrath denomina certeramente como la «puesta a punto de las instituciones políticas».<sup>37</sup> Únicamente si se logra invertir la polaridad del armazón institucional tanto nacional como transnacional de la sociedad de la externalización, conforme a un proyecto reformista democrático y globalmente igualitario, no solo se alegrará nuestra

conciencia, sino que también se despejará la situación social de amplias mayorías de población en todo el mundo.

Si realmente es esto lo que va a suceder, no puede saberlo nadie. Pero o bien sucederá esto o bien, como alternativa, el mundo irá a peor también para nosotros de una manera que no podemos concebir: de este convencimiento da testimonio este libro. No se puede seguir expulsando por más tiempo a los fantasmas de la sociedad de la externalización, sus efectos destructivos «ahí afuera» no se pueden seguir disociando de nuestra conciencia colectiva social: las crisis y las guerras que nos rodean testimonian que la sociedad de la externalización está empezando a reclamarnos ya el pago de su precio. Podemos reaccionar a esto con actos reflejos defensivos y negando la realidad, es decir, como hace la actual «política de crisis». La alternativa a eso sería no hacerse más ilusiones, enfrentarse a las realidades<sup>38</sup> y emprender cambios radicales. La alternativa sería abrir los ojos a la correlación entre bienestar aquí y malestar en otras partes, y siendo conscientes de esta correlación mostrarse solidarios con los demás.

La sociología puede brindar una modesta contribución para tal cambio.<sup>39</sup> O una contribución nada modesta, si hacemos caso al gran sociólogo francés Pierre Bourdieu:<sup>40</sup> concretamente «organizar el retorno de lo reprimido y [...] decir a la cara de todos lo que nadie quiere saber». Lo que hasta ahora nadie quería saber: no vivimos por encima de nuestras posibilidades, sino por encima de las posibilidades de otros, y al mismo tiempo por debajo de nuestras posibilidades, concretamente por debajo de nuestras posibilidades de cambiar la situación.

## Epílogo: el Río Dulce antes de la catástrofe<sup>41</sup>

El libro comenzó en Brasil, en el curso fluvial del Río Doce. Para terminar regresemos por un momento ahí. Todavía meses después de que reventaran los diques de dos presas de contención de las minas de hierro de Samarco, sus aguas siguen teñidas de lodos residuales rojizos. Una prohibición de pesca en el delta fluvial del Atlántico, que entre tanto fue decretada judicialmente, desmiente posteriormente las opiniones de expertos expresadas a toda prisa, según las cuales el daño ecológico sería limitado y, por así decirlo, se subsanaría por sí mismo. De todos modos, desde que en noviembre de 2015

sucedió la catástrofe no está permitido pescar en el valle del Río Doce. Miles de pescadores se han quedado sin trabajo, el gobierno brasileño ha pactado entre tanto con la empresa gestora de la mina pagos de indemnización durante quince años por un valor en euros de cinco mil setecientos millones. En la asamblea general del consorcio británico-australiano de materias primas BHP Billiton, copropietario de la mina donde sucedió la desgracia, el presidente de la junta directiva, Andrew Mackenzie, según los comunicados de prensa, tuvo que esforzarse «por contener las lágrimas» cuando hubo de exponer el informe de la catástrofe, posiblemente también porque tenía que anunciar a sus accionistas grandes deducciones en el balance. Por primera vez desde 1988 se redujeron los dividendos. En la bolsa de Sídney las acciones de la empresa cayeron desde el accidente de veinticinco a por debajo de quince dólares australianos; tras el anuncio del acuerdo de indemnización volvieron a revalorizarse rápidamente.

En las presuntas declaraciones no confirmadas de la presidenta brasileña Dilma Rousseff de que el acuerdo con la multinacional minera ayudará a superar una «tragedia sin parangón» solo hay dos cosas falsas: que la desgracia en el Río Doce fuera una tragedia, pues el rasgo definitorio de un acontecimiento trágico es que se ha producido por una fatalidad y no por causa humana, y que esa desgracia no tiene parangón, pues lo que sucede es justamente todo lo contrario, que más bien representa paradigmáticamente innumerables acontecimientos similares, en Brasil y en otros muchos países del sur. Semejantes «catástrofes» son *business as usual* no solo para los consorcios multinacionales: embolsarse suculentas ganancias durante muchos años y de cuando en cuando deducir rápidamente alguna pérdida. Algo similar se puede decir también de nosotros, los ciudadanos del mundo del bienestar, tanto si somos accionistas como si no: básicamente quedarnos con las ventajas de las relaciones de producción globales y de cuando en cuando conmemorar la «tragedia sin parangón» de turno colgando un *post* en Facebook... sin olvidar el emoticono. Esto se puede aplicar a todos, salvo a las personas que viven en el lugar del suceso, ya sean pescadores o campesinos. Es cierto que también para ellos la destrucción de sus medios de subsistencia es de algún modo un asunto cotidiano, pero no pueden deducir sin más sus pérdidas ni regresar tras la desgracia a la rutina cotidiana. Al menos a una rutina que no sea ir tirando día a día de algún modo y a pesar de todo.

Eso no lo habría soñado el príncipe Maximiliano de Wied-Neuwied ni en sus peores pesadillas.<sup>42</sup> El aristócrata naturalista exploró Brasil en los años de 1815 a 1817 y se quedó sobrecogido por la visión del Río Doce: «En este río, tan rico en soberbias escenas naturales y en rarezas de historia natural, el investigador encuentra una ocupación duradera y los más variados deleites». Si el príncipe viviera hoy, doscientos años después, podría dedicarse tranquilamente a otras ocupaciones y deleites. «En la región de la selva tropical costera brasileña que él recorrió hoy apenas se ha conservado más del cinco por ciento de la fauna y la flora originales», dice Michaela Metz en su reseña de la reedición de los cuadernos de viaje del príncipe de Wied-Neuwied, publicados a punto para la última destrucción local de fauna y flora. En aquella época, el «Humboldt renano» jamás hubiera podido imaginarse lo que desde entonces ha sucedido en Brasil y en todos los Ríos Dulces de este mundo. En cualquier caso se equivocaba al mostrarse convencido de la indestructibilidad de la poderosa naturaleza tropical: «El reino animal, el reino vegetal e incluso la naturaleza inanimada son superiores a la influencia del europeo y conservarán su originalidad; su riqueza nunca se agotará, ni siquiera aunque se horaden las bases de Brasil en busca de oro y piedras preciosas».

Hoy sabemos que las bases se horadaron. La influencia del europeo se ha impuesto. La riqueza natural no se ha agotado, pero ha sido desviada a Europa y a los otros centros de bienestar del mundo... recibiendo a cambio como generosos regalos pobreza y explotación, violencia y destrucción. Unos ganan, otros pierden, y ambas posiciones en este juego siempre están ocupadas por los mismos: esto es lo que sucede en la sociedad de la externalización. Pero no tiene por qué seguir sucediendo.

---

<sup>1</sup> Cf. Galtung, 1969, p. 173. La cita original es: «Structural violence is silent, it does not show—it is essentially static, it *is* the tranquil waters».

<sup>2</sup> Cf. Mann, 2014, p. 119.

<sup>3</sup> Cf. la versión castellana: Piketty, 2014.

<sup>4</sup> Desde la fracción más bien socialdemócrata, cf. Fratzscher, 2016. A los contrincantes se les concede en lo sucesivo amplio espacio.

<sup>5</sup> Sobre el informe social de la OCDE y su comentario oficial, cf. [oecd.org](http://oecd.org).

<sup>6</sup> Sobre el informe de Oxfam sobre la pobreza y los datos siguientes, cf. [oxfam.org/es](http://oxfam.org/es) y Oxfam, 2016.

<sup>7</sup> Cf. [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 19 de enero de 2016 («Besitzen 62 Menschen so viel wie die halbe Welt?») y [splinternews.com](http://splinternews.com) del 19 de enero de 2015.

<sup>8</sup> Todas las citas siguientes se encuentran en Fuest, 2016.

<sup>9</sup> Las citas que siguen se encuentran en Hank, 2016, que se refiere sobre todo a Deaton, 2013.

<sup>10</sup> Esta es la breve formulación en Nixon, 2011, p. 35.

<sup>11</sup> Sobre los siguientes datos, cf. para Alemania Kroh *et al.*, 2012, y a nivel internacional [laenderdaten.de](http://laenderdaten.de) y [statista.com](http://statista.com).

<sup>12</sup> Así dice por ejemplo literalmente Hank, 2016.

<sup>13</sup> Cf. Therborn, 2013 (sobre todo los capítulos 1 y 6, donde también se desarrolla el concepto de *vital inequality*, citado a continuación).

<sup>14</sup> En Alemania, por ejemplo, el profesor de estadística de Dortmund Walter Krämer (cf. Krämer, 2000) constantemente se da importancia con esto; además, aboga especialmente por la regulación de la pureza lingüística del idioma alemán.

<sup>15</sup> Reconocemos que esto es una variación poco ingeniosa del lema del movimiento zapatista «Preguntando caminamos».

<sup>16</sup> Cf. Nixon, 2011, sobre todo la introducción (aquí pp. 33 ss.). Sobre el «provincialismo imperial», cf. también la cita de Nixon que encabeza este libro.

<sup>17</sup> Cf. Wehling, 2006.

<sup>18</sup> Esta cita y las siguientes se encuentran en Briegleb, 2016.

<sup>19</sup> Evidentemente esto es un homenaje a la canción de Nina Hagen de 1978 *Ich glotz TV*.

<sup>20</sup> Evidentemente también estas palabras son un plagio de la frase de la canción de *La ópera de los tres centavos* de Bertolt Brecht, compuesta en 1928, que habla de que la situación no es así.

<sup>21</sup> Cf. Wallerstein, 2014 (aquí p. 33).

<sup>22</sup> Cf. Achinger, 1971, p. 38.

<sup>23</sup> Cf. sobre esta perspectiva Kreckel, 2004 (sobre todo el capítulo 1), y Costa, 2011.

<sup>24</sup> Cf. la entrada «German Angst» en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).

<sup>25</sup> Cf. Galtung, 1969 (cf. también la cita que encabeza este capítulo).

<sup>26</sup> Cf. de nuevo Beck, 1986, p. 50.

<sup>27</sup> Cf. sobre los datos la lista de países por distribución de ingresos en [wikipedia.org](http://wikipedia.org).

<sup>28</sup> Cf. Kreckel, 2004, p. 50.

<sup>29</sup> Sobre el concepto de «superdesarrollo», cf. de nuevo Mills, 2004, p. 24.

<sup>30</sup> Cf. Weber, 1988b, p. 191.

<sup>31</sup> Sobre esto de nuevo la remisión a Boltanski, 2008.

<sup>32</sup> Cf. el «nuevo contrato social tácito» del que habla Blühdorn, 2013, p. 183.

<sup>33</sup> Cf. Nixon, 2011, p. 39: «Planetary problems—and transnational, national, and regional ones—cannot simply be resolved by the aggregated actions of responsible individuals».

<sup>34</sup> Cf. Hessel, 2011, que ciertamente también llamó ya a la acción política o hizo que de inmediato siguiera el *¡Comprometeos! (Engagez-vous!)*.

<sup>35</sup> Cf. Schmelzer y Passadakis, 2011.

<sup>36</sup> Cf. Rifkin, 2014; Mason, 2016.

<sup>37</sup> Cf. Grefrath, 2015, p. 13.

<sup>38</sup> Cf. sobre esto y en este sentido Wright, 2006; Rilling, 2014.

<sup>39</sup> Cf. Opielka, 2016, p. 43, que con razón invita a la sociología a «avanzar hasta el centro de un discurso de futuro en el que pueda hacer valer modestamente sus potencialidades».

<sup>40</sup> Cf. Bourdieu, 2006, p. 152.

<sup>41</sup> Sobre la «catástrofe», cf. la sumaria relación de fuentes en el primer capítulo. Sobre los esfuerzos del presidente de la junta directiva por contener las lágrimas, cf. [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 23 de febrero de 2016 («Der Schotte muss sparen»), así como [wsj.com](http://wsj.com) del 4 de abril de 2016; sobre el discurso de la



presidenta brasileña que hablaba de una «tragedia sin parangón», cf. [sueddeutsche.de](http://sueddeutsche.de) del 3 de marzo de 2016.

[42](#) Sobre lo que sigue, incluidas las citas, cf. Metz, 2015.

## Agradecimientos

Muchas personas e instituciones han acompañado y fomentado el proceso de elaboración de este libro. A todas ellas les estoy muy agradecido. En primer lugar, al grupo de investigación «Sociedades del poscrecimiento» de la Universidad de Jena, financiado por el Fondo Alemán de Investigación (DFG), en cuyo marco me llegaron los primeros estímulos para ocuparme de la temática de este libro y, luego, continuos impulsos intelectuales para desarrollar el concepto de «externalización». Del círculo de los colegas y miembros de aquel departamento quiero destacar especialmente, en primer lugar, a Barbara Muraca, así como a Adelheid Biesecker, Uli Brand, Dennis Eversberg, Tine Haubner, Urs Lindner, Joan Martínez Alier, Nivedita Menon, Philippe van Parijs, Göran Therborn y Uta von Winterfeld. Tras cambiarme a la LMU de Múnich pude seguir investigando sobre el asunto prácticamente sin interrupción y presentarlo ya en forma de tema central («Capitalismo global y desarrollo de la desigualdad») en el Centro de Estudios Avanzados (CAS\_LMU) de la Universidad, por lo que quedo agradecido especialmente a Annette Meyer y a Julia Schreiner. Extraordinariamente importante para la preparación del libro, la discusión de tesis pertinentes y el sondeo de posibles líneas de crítica fueron dos seminarios de grado en la LMU («Desigualdades sociales globales») y en la Universidad de St. Gallen («Sociedad de la externalización»). Expreso aquí mi agradecimiento a los fantásticos estudiantes en ambos sitios. Igual de útiles fueron la discusión de una primera versión del argumento central en el marco del seminario avanzado de mi colega muniqués Armin Nassehi y la presentación de una versión posterior en el contexto de una estancia como profesor invitado en la Universidad de Amberes: quiero dar las gracias a Gert Verschraegen por haberla hecho posible. Agradezco importantes indicaciones sobre la argumentación y sobre todo sobre el concepto de «*habitus* de externalización» a discusiones con Jens Luedtke, que tengo ganas de

proseguir. La primera publicación de un artículo sobre el tema en el *Süddeutsche Zeitung* con el título de «A nuestro lado el diluvio» surgió por iniciativa de Harald Welzer y gracias a la buena disposición de Andrian Kreye; la ocasión para la primera formulación de la tesis fue creada en cierto modo por la Sociedad Alemana de Sociología y el equipo organizativo del Congreso de Sociología de Tréveris en torno a Martin Endreß. Por sus muchas indicaciones de incalculable valor sobre todo el manuscrito estoy especialmente agradecido a Thomas Barth y a Eva Fleischmann, quien además contribuyó con numerosas investigaciones de fondo: sin el apoyo de ambos el libro habría salido en todo caso peor. Por último, doy las gracias a Daniel Graf por haberme animado constantemente y por haberme hecho importantes preguntas críticas, así como a Felicitas Feilhauer, Karsten Kredel y sobre todo a Ludger Ika por haberme apoyado desde la editorial Hanser en Múnich y en Berlín y por su examen crítico y constructivo del libro. Quiero dedicar este libro a Ulrich Beck, mi predecesor en el Instituto de Sociología de Múnich. Me habría gustado mucho discutir con él sobre el diagnóstico de la externalización, que en muchos aspectos enlaza con sus trabajos sobre la sociedad del riesgo y con sus reflexiones sobre las catástrofes emancipadoras. Pero he escrito este libro para todas aquellas personas a quienes las circunstancias reinantes deniegan lo que Philippe van Parijs denomina *real freedom*: la posibilidad de configurar sus propias vidas y decidir sobre aquellas cosas que son relevantes para ellas. Ojalá no tengan que seguir soportando más esta situación. Y ojalá que aquellos que hoy ya se niegan a soportarla sigan porfiando.

## Bibliografía

- ACHINGER, Hans (1971), *Sozialpolitik als Gesellschaftspolitik. Von der Arbeiterfrage zum Wohlfahrtsstaat*, 2.<sup>a</sup> ed. ampl., Frankfurt del Meno, Rowohlt.
- AGAMBEN, Giorgio (2008), «No to Biopolitical Tattooing», en: *Communication and Critical/Cultural Studies* 5 (2), pp. 201-202.
- ARRIGHI, Giovanni (1994), *The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres, Verso [ed. cast.: *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 2014].
- AULENBACHER, Brigitte (2015), «Unentbehrlich, unterbezahlt - und viel zu wenig anerkannt», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 38-41.
- BAUMANN, Zygmunt (2002), *Society Under Siege*, Cambridge, Blackwell Publishers [ed. cast.: *La sociedad sitiada*, México, FCE, 2004].
- BECK, Ulrich (1986), *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp [ed. cast.: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 2006].
- y Angelika POFERL [eds.] (2010), *Große Armut, großer Reichtum. Zur Transnationalisierung sozialer Ungleichheit*, Berlín, Suhrkamp.
- BECK-GERNSHEIM, Elisabeth (1983), «Vom “Dasein für andere” zum Anspruch auf ein Stück “eigenes Leben”: Individualisierungsprozesse im weiblichen Lebenszusammenhang», en: *Soziale Welt* 34 (3), pp. 307-340.
- BHAMBRA, Gurminder K. (2007), *Rethinking Modernity. Postcolonialism and the Sociological Imagination*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- BIELING, Hans-Jürgen y Ulrich BRAND (2015), «Competitiveness or Emancipation? Rethinking Regulation and (Counter-)Hegemony in Times of Capitalist Crisis», en: Richard WESRRA, Dennis BADEEN y Robert ALBRITTON (eds.), *The Future of Capitalism After the Financial Crisis*.

*The Varieties of Capitalism Debate in the Age of Austerity*, Londres-Nueva York, Routledge, pp. 184-204.

BIESECKER, Adelheid y Uta VON WINTERFELD (2014), *Extern? Weshalb und inwiefern moderne Gesellschaften Externalisierung brauchen und erzeugen*, documento de trabajo 2/2014, KollegforscherInnengruppe Postwachstumsgesellschaften, Jena.

BLÜHDORN, Ingolfur (2013), *Simulative Demokratie. Neue Politik nach der postdemokratischen Wende*, Berlín, Suhrkamp.

BOATCĂ, Manuela (2015), *Global Inequalities Beyond Occidentalism*, Farnham-Burlington, Routledge.

BOLTANSKI, Luc (2008), «Individualismus ohne Freiheit. Ein pragmatischer Zugang zur Herrschaft», en: *WestEnd. Neue Zeitschrift für Sozialforschung* 5 (2), pp. 133-149.

BONNEUIL, Christophe (2015), «Die Erde im Kapitalozän», en: *Le Monde diplomatique*, noviembre, pp. 20-21.

BOURDIEU, Pierre (2006) [ed. orig. fr.: 2004], *Autoanálisis de un sociólogo*, Barcelona, Anagrama.

— (2012) [ed. orig. fr.: 1979], *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

BRAND, Ulrich (2015), «Die Illusion vom sauberen Wachstum», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFT (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 52-53.

— y Markus WISSEN (2012), «Global Environmental Politics and the Imperial Mode of Living. Articulations of State-Capital Relations in the Multiple Crisis», en: *Globalizations* 9 (4), pp. 547-560.

BRIEGLEB, Till (2016), «Zensur als Geschäft», en: *Süddeutsche Zeitung*, 28 de abril, p. 11.

BTW, BUNDESVERBAND DER DEUTSCHEN TOURISMUSWIRTSCHAFT [ed.] (2015), *Entwicklungsfaktor Tourismus. Der Beitrag des Tourismus zur regionalen Entwicklung und lokalen Wertschöpfung in Entwicklungs- und Schwellenländern*, versión íntegra, Berlín.

BURGHARDT, Peter (2014), «Der Tod kommt mit dem Wind», en: *Süddeutsche Zeitung Magazin* 47, 21 de noviembre, pp. 10-18.

— (2016), «In der Erde, im Menschen», en: *Süddeutsche Zeitung*, 21-22 de mayo, p. 29.

- BUTLER, Judith (2013) [ed. orig. ingl.: 1993], *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Barcelona, Paidós.
- CALHOUN, Craig (2014), «Was den Kapitalismus heute bedroht», en: Immanuel WALLERSTEIN, Randall COLLINS, Michael MANN, Georgi DERLUGUIAN y Craig CALHOUN, *Stirbt der Kapitalismus? Fünf Szenarien für das 21. Jahrhundert*, Frankfurt del Meno–Nueva York, Campus, pp. 163–202.
- CASTRO, Nazaret, Aurora MORENO ALCOJOR y Laura VILLADIEGO, (2016), *Uno de dos. El aceite de palma en tu vida diaria*, Carro de Combate. Puede consultarse en: [greenwire.greenpeace.org](http://greenwire.greenpeace.org).
- CHAKRABARTY, Dipesh (2000), *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press.
- CHAPAGAIN, Ashok, Arjen HOEKSTRA, Hubert SAVENIJE Y R. GAUTAM (2005), *The Water Footprint of Cotton Consumption*, Delft, UNESCO-IHE (Value of Water Research Report Series 18). Puede consultarse en: [waterfootprint.org](http://waterfootprint.org).
- COMAROFF, Jean y John L. COMAROFF (2012), «Theory from the South: Or, How Euro–America is Evolving Toward Africa», en: *Anthropological Forum* 22 (2), pp. 113–131.
- COSTA, Sérgio (2011), *Researching Entangled Inequalities in Latin America. The Role of Historical, Social, and Transregional Interdependencies*, Berlín, [desiguALdades.net](http://desiguALdades.net) (Working Paper Series 9).
- DANNORITZER, Cosima (2015), «Giftige Geschäfte mit alten Geräten», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 86–89.
- DEATON, Angus (2013), *The Great Escape. Health, Wealth, and the Origins of Inequality*, Princeton, Princeton University Press [ed. cast.: *El gran escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*, México, FCE, 2013].
- DEUTSCHMANN, Christoph (1996), «Marx, Schumpeter und Mythen ökonomischer Rationalität», en: *Leviathan* 24 (3), pp. 323–338.
- DÖRRE, Klaus (2009), «Die neue Landnahme. Dynamiken und Grenzen des Finanzmarktkapitalismus», en: *ID.*, Stephan LESSENICH y Hartmut ROSA, *Soziologie - Kapitalismus - Kritik. Eine Debatte*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, pp. 21–86.
- (2015), «Social Capitalism and Crisis: From the Internal to the External Landnahme», en: *ID.*, Stephan LESSENICH y Hartmut ROSA, *Sociology*,

- Capitalism, Critique*, Londres, Verso, pp. 247- 279.
- EBMEYER, Michael (2016), «Der schauerliche Traum von einer europäischen Festung», en: [www.zeit.de/freitext](http://www.zeit.de/freitext), 12 de enero.
- EHRENREICH, Barbara y Arlie HOCHSCHILD (2002), *Global Woman, Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Henry Holt.
- ELIAS, Norbert (2009) [ed. orig.: 1970], *Was ist Soziologie?*, Weinheim-Múnich, Beltz Juventa.
- ENCINAS-FRANCO, Jean (2010), «The State and the Globalisation of Care: The Philippines and the Export of Nurses», en: Kirsten SCHEIWE y Johanna KRAWIETZ (eds.), *Transnationale Sorgearbeit. Rechtliche Rahmenbedingungen und gesellschaftliche Praxis*, Wiesbaden, vs Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 289-308.
- FINK, Andreas (2015), «Die Killerbohne», en: *Terra Mater* 4, pp. 76-98.
- FRATZSCHER, Marcel (2016), *Verteilungskampf. Warum Deutschland immer ungleicher wird*, Múnich, Piper.
- FRITSCH, Michael (2011), *Marktversagen und Wirtschaftspolitik. Mikroökonomische Grundlagen staatlichen Handelns*, 8.<sup>a</sup> ed., Múnich, Vahlen.
- FÜCKS, Ralf (2013), *Intelligent wachsen. Die grüne Revolution*, Múnich, Carl Hanser.
- FUEST, Clemens (2016), «Zehn Thesen zur Ungleichheitsdebatte», en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 12 de febrero, p. 16.
- FULCHER, James (2007), *Kapitalismus*, Stuttgart, Reclam [ed. cast.: *El capitalismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2009].
- GALEANO, Eduardo (2015) [ed. orig.: 1971], *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GALTUNG, Johan (1969), «Violence, Peace, and Peace Research», en: *Journal of Peace Research* 6 (3), pp. 167-191.
- GOTTSCHALL, Karin y Manuela SCHWARZKOPF (2010), *Irreguläre Arbeit in Privathaushalten*, documento de trabajo 217, Düsseldorf, Hans-Böckler-Stiftung.
- GREFFRATH, Mathias (2015), «Wider die globale Unvernunft», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 11-13.
- HABERMAS, Jürgen (1981), *Theorie des kommunikativen Handelns*, vol. 2, Frankfurt del Meno, Suhrkamp [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa. II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Trotta, 2009].

- (1985), «Die Neue Unübersichtlichkeit. Die Krise des Wohlfahrtsstaates und die Erschöpfung utopischer Energien», en: *Merkur* 39 (1), cuaderno 431, pp. 1-14.
- HANK, Rainer (2016), «Ein Lob der Ungleichheit», en: *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 21 de febrero, [www.faz.net](http://www.faz.net).
- HARTMANN, Evi (2016a), *Wie viele Sklaven halten Sie? Über Globalisierung und Moral*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus.
- (2016b), «Wir Sklavenhalter. Warum die Globalisierung keine Moral kennt», en: *Blätter für deutsche und internationale Politik* 61 (3), pp. 41-49.
- HARTMANN, Kathrin (2009), *Ende der Märchenstunde. Wie die Industrie die Lohas und Lifestyle-Ökos vereinnahmt*, Múnich, Blessing.
- (2015), «Grüne Märchen», en: *Süddeutsche Zeitung*, 29-30 de agosto, p. 45.
- HERRE, Roman (2015), «Landgrabbing in Europa», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 94-95.
- HESS, Sabine (2001), «Transnationale Überlebensstrategien von Frauen - Geschlecht und neuere Konzepte der Transkulturalität», en: Steffi HOBUSS et al. (eds.), *Die andere Hälfte der Globalisierung. Menschenrechte, Ökonomie und Medialität aus feministischer Sicht*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus, pp. 197-225.
- HESSEL, Stéphane (2011) [ed. orig. fr.: 2010], *¡Indignaos!*, Barcelona, Destino.
- HIRST, Paul, y Grahame THOMPSON (1996), *Globalization in Question. The International Economy and the Possibilities of Governance*, Cambridge, Polity Press.
- HORKHEIMER, Max y Theodor W. ADORNO (1984) [ed. orig.: 1947], *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Frankfurt del Meno, Fischer [ed. cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007].
- HOTTINGER, Johann Jakob (1821), *Theophrast's Characterschilderungen*, Múnich, Thienemann.
- JENSEN, Annette (2015), «Textilien für die Welt», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 63-67.
- JORGENSON, Andrew K. y James RICE (2005), «Structural Dynamics of International Trade and Material Consumption: A Cross-National Study of the Ecological Footprints of Less-Developed Countries», en: *Journal of World-Systems Research* 11 (1), pp. 57-77.



- KANT, Immanuel (2015) [ed. orig.: 1784], *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung? Drei Essays*, Berlín [ed. cast.: *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid, Alianza, 2013].
- KLINGER, Cornelia, Gudrun-Axeli KNAPP y Birgit SAUER [eds.] (2007), *Achsen der Ungleichheit. Zum Verhältnis von Klasse, Geschlecht, und Ethnizität*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus.
- KNAPP, Gudrun-Axeli y Angelika WETTERER [eds.] (2003), *Achsen der Differenz*, Münster, Westfälisches Dampfboot.
- KNIGHT, Kyle W., y Eugene A. ROSA (2011), «The Environmental Efficiency of Well-Being: A Cross-National Analysis», en: *Social Science Research* 40 (3), pp. 931-949.
- KNÖBL, Wolfgang (2001), *Spielräume der Modernisierung. Das Ende der Eindeutigkeit*, Weilerswist, Velbrueck.
- KOCH, Egmont R. y Fritz VAHRENHOLT (1978), *Seveso ist überall. Die tödlichen Risiken der Chemie*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch.
- KORZENIEWICZ, Roberto Patricio (2011), *Inequality. On Some of the Implications of a World-Historical Perspective*, Berlín, desiguALdades.net (Working Paper Series 3).
- y Timothy Patrick MORAN (2009), *Unveiling Inequality: A World-Historical Perspective*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- KRÄMER, Walter (2000), *Armut in der Bundesrepublik. Zur Theorie und Praxis eines überforderten Begriffs*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus.
- KRECKEL, Reinhard (2004), *Politische Soziologie der sozialen Ungleichheit*, 3.<sup>a</sup> ed., Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus.
- KRÖHNERT, Steffen, Simon MÜLLER, Florian SIEVERS y Reiner KLINGHOLZ (2012), *Fünf Löwen auf dem Sprung? Wirtschaftliche und demografische Potenziale der aufstrebenden Länder Afrikas*, Berlín, Berlin-Institut für Bevölkerung und Entwicklung.
- KROH, Martin, Hannes NELS, Lars KROLL y Thomas LAMPERT (2012), «Menschen mit hohem Einkommen leben länger», en: *diw Wochenbericht* 38/2012, pp. 3-15.
- LENIN, Vladímir I. (2012) [ed. orig. rus.: 1917], *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*, Barcelona, Taurus.
- LEWIS, Jane (2001), «The Decline of the Male Breadwinner Model: Implications for Work and Care», en: *Social Politics* 8 (2), pp. 152-169.
- LOSADA, Sebastián y Paloma COLMENAREJO (2003), *La huella del consumo*

- español de langostinos de cultivo*, Greenpeace, [es.greenpeace.org](http://es.greenpeace.org).
- LUHMANN, Niklas (2011) [ed. orig.: 1981], *Politische Theorie im Wohlfahrtsstaat*, Múnich, Olzog [ed. cast.: *Teoría política en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza, 2007].
- LUTZ, Helma (2007), *Vom Weltmarkt in den Privathaushalt. Die neuen Dienstmädchen im Zeitalter der Globalisierung*, Opladen, Budrich.
- MACKENZIE, Hugh, Hans MESSINGER y Rick SMITH (2008), *Size Matters. Canada's Ecological Footprint, By Income*, Toronto, Canadian Centre for Policy Alternatives.
- MADDISON, Angus (2001), *The World Economy. A Millennial Perspective*, París, OECD.
- MAHNKOPF, Birgit (2014), «“Peak Capitalism”? Wachstumsgrenzen als Grenzen des Kapitalismus», en: *wsi-Mitteilungen* 67 (7), pp. 505-512.
- (2015), «“Peak Everything”, das gefährliche Maximum», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 62-63.
- MANN, Michael (2014), «Das Ende ist vielleicht nah - aber für wen?», en: Immanuel WALLERSEIN, Randall COLLINS, Michael MANN, Georgi DERLUGUIAN y Craig CALHOUN, *Stirbt der Kapitalismus? Fünf Szenarien für das 21. Jahrhundert*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus, pp. 89-122.
- MARSHALL, Thomas H. (1963) [ed. orig.: 1949], «Citizenship and Social Class», en: *id.*, *Sociology at the Crossroads and Other Essays*, Londres, Heinemann, pp. 67-127.
- MARX, Karl y Friedrich ENGELS (1959) [ed. orig.: 1848], *Manifest der Kommunistischen Partei*, en: *id.*, *Werke*, vol. 4, Berlín, Dietz, pp. 459-493 [ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017].
- MARX, Karl y Friedrich ENGELS (1969) [ed. orig.: 1845-1846], *Werke*, vol. 3, Berlín, Dietz.
- MASON, Paul (2016) [ed. orig. ingl.: 2015], *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Barcelona, Paidós.
- MAU, Steffen (2016), «Alte Grenzen, neue Grenzen», en: *Süddeutsche Zeitung*, 9 de mayo, p. 2.
- , Heike BRABANDT, Lena LAUBE y Christof ROOS (2012), *Liberal States and the Freedom of Movement. Selective Borders, Unequal Mobility*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- , Fabian GÜLZAU, Lena LAUBE y Natascha ZAUN (2015), «The Global

- Mobility Divide: How Visa Policies Have Evolved over Time», en: *Journal of Ethnic and Migration Studies* 41 (8), pp. 1192-1213.
- MEADOWS, Dennis, Donella MEADOWS, Erich ZAHN y Peter MILLING (1972), *Die Grenzen des Wachstums. Bericht des Club of Rome zur Lage der Menschheit*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.
- METZ, Michaela (2015), «Der Süße Fluss vor der Katastrophe», en: *Süddeutsche Zeitung*, 23 de diciembre, p. 14.
- MIGNOLO, Walter D. (2011), *The Darker Side of Western Modernity. Global Futures, Decolonial Options*, Durham, Duke University Press.
- MILLS, Charles Wright (2004) [ed. orig. ingl.: 1959], *La imaginación sociológica*, México, FCE.
- MITCHELL, Timothy (2011), *Carbon Democracy. Political Power in the Age of Oil*, Londres, Verso.
- MOORE, Jason (2015), *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*, Londres, Verso.
- MORAN, Timothy Patrick (2015), «It's Good to Be Rich: Piketty's Capital in the Twenty-First Century», en: *Sociological Forum* 30 (3), pp. 865-869.
- MÜLLER, Heiner (2001) [ed. orig.: 1977-1979], «Die Hamletmaschine», en: *id.*, *Werke*, vol. 4: *Die Stücke 2*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, pp. 543-554 [ed. cast.: *Máquina Hamlet. Cuarteto. Medeamaterial*, Buenos Aires, Losada, 2017].
- NASSEHI, Armin (2012), «Ökonomisierung als Optionssteigerung. Eine differenzierungstheoretische Perspektive», en: *Soziale Welt* 63 (4), pp. 401-418.
- NEUMAYER, Eric (2006), *Unequal Access to Foreign Spaces: How States Use Visa Restrictions to Regulate Mobility in a Globalized World*, Londres, LSE Research Online.
- NIXON, Rob (2011), *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Cambridge, Harvard University Press.
- OPIELKA, Michael (2016), «Soziale Nachhaltigkeit aus soziologischer Sicht», en: *Soziologie* 45 (1), pp. 33-46.
- OULIOS, Miltiadis (2015), *Blackbox Abschiebung. Geschichte, Theorie und Praxis der deutschen Migrationspolitik*, Berlín, Suhrkamp.
- OXFAM (2015), *Wealth: Having It All and Wanting More*, Oxford, Oxfam Issue Briefing, enero.
- (2016), *Ein Wirtschaftssystem für die Superreichen. Wie ein unfaires*

- Steuersystem und Steueroasen die soziale Ungleichheit verschärfen*, Berlín.
- PARKIN, Frank (1983), «Strategien sozialer Schließung und Klassenbildung», en: Reinhard KRECKEL (ed.), *Soziale Ungleichheiten, Soziale Welt - Sonderband 2*, Gotinga, Otto Schwartz & Co., pp. 133-135.
- PEREIRA, Kiran (2015), «Sand, ein knappes Gut», en: LE MONDE DIPLOMATIQUE y KOLLEG POSTWACHSTUMSGESELLSCHAFTEN (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr*, Berlín, TAZ, pp. 72-75.
- PIKETTY, Thomas (2014) [ed. orig. fr.: 2013], *El capital en el siglo xxi*, México, FCE.
- PINILLA, Vicente y Luis Antonio SÁEZ (2017), *La despoblación rural en España: génesis de un problema y políticas innovadoras*, Zaragoza, CEDDAR, [ceddar.org](http://ceddar.org).
- POE, Edgar Allan (2006) [ed. orig. ingl.: 1842], *Narraciones extraordinarias*, Madrid, Alianza.
- POLANYI, Karl (2016) [ed. orig. ingl.: 1944], *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Barcelona, Virus.
- POPPER, Karl (2017) [ed. orig. ingl.: 1945], *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós.
- PRISCHING, Manfred (1986), *Krisen. Eine soziologische Untersuchung*, Viena, Böhlau.
- QUIJANO, Aníbal (2010), «Coloniality and Modernity/Rationality», en: Walter D. MIGNOLO y Arturo ESCOBAR (eds.), *Globalization and the Decolonial Option*, Londres-Nueva York, Routledge, pp. 22-32.
- RANDERS, Jorgen (2012), *2052: Der neue Bericht an den Club of Rome. Eine globale Prognose für die nächsten 40 Jahre*, Múnich, oekom.
- RAU, Milo (2016), «Betroffenheit reicht nicht», en: *Die Zeit* 2, 7 de enero, p. 41.
- RAWLS, John (2012) [ed. orig. ingl.: 1971], *Teoría de la justicia*, México, FCE.
- RICARDO, David (2015) [ed. orig. ingl.: 1817], *Principios de economía política y tributación*, México, FCE.
- RIFKIN, Jeremy (2014), *La sociedad de coste marginal cero. El Internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo*, Barcelona, Paidós.
- RILLING, Rainer (2014), «Transformation als Futuring», en: Michael BRIE (ed.), *Futuring. Perspektiven der Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus*, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 12-48.
- ROCKSTRÖM, Johan y Mattias KLUM (2012), *The Human Quest. Prospering Within Planetary Boundaries*, Estocolmo, Bokforlaget Max Strom.

- ROTBURG, Robert I. [ed.] (2003), *When States Fail. Causes and Consequences*, Princeton, Princeton University Press.
- SAID, Edward W. (2016) [ed. orig. ingl.: 1978], *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.
- SANYAL, Kalyan (2007), *Rethinking Capitalist Development. Primitive Accumulation, Governmentality & Post-colonial Capitalism*, Nueva Delhi, Routledge.
- SCHLÜTER, Nadja (2016), «... und nebenan wird abgeschoben», en: *jetzt* 2/16, pp. 8-13.
- SCHMALZ, Stefan (2015), *Machtverschiebung im Weltsystem: Der Aufstieg Chinas im Kontext der globalen Finanz- und Wirtschaftskrise seit 2008*, tesis de habilitación, Universidad Friedrich-Schiller, Jena.
- SCHMELZER, Matthias, y Alexis PASSADAKIS (2011), *Postwachstum*, Hamburgo, VSA (AttacBasisTexte 36).
- SCHURR, Carolin (2014), «Retortenbabys aus der Retortenstadt», en: *Die Wochenzeitung* 35, 28 de agosto, [www.woz.ch](http://www.woz.ch).
- SHACHAR, Ayelet (2009), *The Birthright Lottery. Citizenship and Global Inequality*, Cambridge, Harvard University Press.
- SHAMIR, Ronen (2005), «Without Borders? Notes on Globalization as a Mobility Regime», en: *Sociological Theory* 23 (2), pp. 197-217.
- SMITH, Adam (2011) [ed. orig. ingl.: 1776], *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza.
- SOMMER, Bernd, y Harald WELZER (2014), *Transformationsdesign. Wege in eine zukunftsfähige Moderne*, Múnich, oekom.
- SUCHANEK, Norbert (2013), *Argentinien im Sojafieber. Dossier*, Forum Umwelt und Entwicklung, [www.forumue.de](http://www.forumue.de).
- THERBORN, Göran (2013), *The Killing Fields of Inequality*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *La desigualdad mata*, Madrid, Alianza, 2015].
- TILLY, Charles (1998), *Durable Inequality*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000].
- (2001), «Relational Origins of Inequality», en: *Anthropological Theory* 1 (3), pp. 355-372.
- TORPEY, John (1997), «Coming and Going: On the State Monopolization of the Legitimate “Means of Movement”», en: *Sociological Theory* 16 (3), pp. 239-259.
- UNHCR (2015), *unhcr Mid-Year Trends 2015*, Ginebra, Alto Comisionado de

- las Naciones Unidas para los Refugiados.
- VINNAI, Gerhard (2013), «Geldsubjekt und Psychoanalyse», en: *psychosozial* 36 (2), cuaderno 132, pp. 107-120.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2003), «Citizens All? Citizens Some! The Making of the Citizen», en: *Comparative Studies in Society and History* 45 (4), pp. 650-679.
- (2004), *World-Systems Analysis. An Introduction*, Durham, Duke University Press [ed. cast.: *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Madrid, Akal, 2004].
- (2014), «Die strukturelle Krise oder Warum der Kapitalismus sich nicht mehr rentieren könnte», en: *id.*, Randall COLLINS, Michael MANN, Georgi DERLUGUIAN y Craig CALHOUN, *Stirbt der Kapitalismus? Fünf Szenarien für das 21. Jahrhundert*, Frankfurt del Meno-Nueva York, Campus, pp. 17-47.
- WEBER, Max (1988a) [ed. orig.: 1920], *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, 9.<sup>a</sup> ed., Tubinga, utb [ed. cast.: *Sociología de la religión*, Madrid, Akal, 2012].
- (1988b) [ed. orig.: 1904], «Die “Objektivität” sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis», en: *id.*, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 7.<sup>a</sup> ed., Tubinga, utb, pp. 146-214.
- WEHLING, Peter (2006), *Im Schatten des Wissens? Perspektiven der Soziologie des Nichtwissens*, Constanza, UVK.
- WELZER, Harald (2011), *Mentale Infrastrukturen. Wie das Wachstum in die Welt und in die Seelen kam*, Berlín, Heinrich-Böll-Stiftung (Schriften zur Ökologie 14).
- WIMMER, Andreas y Nina GLICK SCHILLER (2002), «Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences», en: *Global Networks* 2 (4), pp. 301-334.
- WINDOLF, Paul [ed.] (2005), *Finanzmarkt-Kapitalismus. Analysen zum Wandel von Produktionsregimen*, Wiesbaden, vs Verlag (Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie, n.º especial 45).
- WISSEN, Markus (2016), «Jenseits der *carbon democracy*. Zur Demokratisierung der gesellschaftlichen Naturverhältnisse», en: Alex DEMIROVIC´ (ed.), *Transformation der Demokratie – demokratische Transformation*, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 45-66.
- WRIGHT, Erik Olin (2006), «Compass Points. Towards a Socialist Alternative», en: *New Left Review* 41, pp. 93-124.

- WWF DEUTSCHLAND (2009), *Der touristische Klima-Fußabdruck. wwf-Bericht über die Umweltauswirkungen von Urlaub und Reisen*, Frankfurt del Meno.
- (2014), *Living Planet Report 2014. Kurzfassung*, Berlín.
- WWF INTERNATIONAL (2014), *El crecimiento de la soja. Impactos y soluciones*, Gland. Puede consultarse en: [vidasilvestre.org.ar](http://vidasilvestre.org.ar).
- ZICK, Tobias (2016), «Sklaven des Gifts», en: *Süddeutsche Zeitung*, 18-19 de junio, p. 38.
- ZIELCKE, Andreas (2016), «Staaten sind keine Unternehmen», en: *Süddeutsche Zeitung*, 9 de mayo, p. 11.

## Información adicional

Tenerlo todo y querer aún más, preservar el propio bienestar a costa de denegárselo a otros: esta es la máxima de las sociedades desarrolladas, aunque se intente disimular en el ámbito público. En efecto, Occidente externaliza sistemáticamente los efectos negativos generados en pos de nuestro modo de vida sobre los países más pobres de otras regiones del mundo. A diferencia del ideal que querríamos creer, si nos va bien es porque desplazamos sistemáticamente muchos de los problemas que genera nuestro estilo de vida sobre los más desfavorecidos.

Esta obra presenta un riguroso y mordaz análisis de las relaciones de dependencia y explotación en el mundo globalizado. Frente a las poderosas fuerzas que quieren obviar u ocultar los trasfondos y los efectos secundarios del capitalismo, hace falta asumir y aumentar la responsabilidad individual y colectiva con los demás para acabar con la pobreza y la explotación, la violencia y la devastación natural. Este libro contribuye a ello.

STEPHAN LESSENICH (Stuttgart, 1965), es catedrático de Sociología en la Universidad Ludwig Maximilians de Múnich. Entre 2013 y 2017 fue presidente de la Sociedad Alemana de Sociología. Su campo de investigación abarca la sociología política, la desigualdad social, la teoría del estado del bienestar, la macro sociología comparativa y la sociología de las edades.

### OTROS TÍTULOS

Michael Reder

[\*Globalización y filosofía\*](#)

Hans Küng

[\*¿Por qué una ética mundial? Religión y ética en tiempos de globalización.\*](#)



Conversaciones con Jürgen Hoeren

Antonio Campillo

Tierra de nadie. Cómo pensar (en) la sociedad global

Mundo, nosotros, yo. Ensayos cosmopolíticos

El concepto de lo político en la sociedad global

Wendy Brown

Estados amurallados, soberanía en declive. Prólogo de Étienne Balibar

Stephan Lessenich

# LA SOCIEDAD DE LA EXTERNALIZACIÓN



Herder